


El mal camino

SÉBASTIEN JAPRISOT


gatopardo ediciones 



EL MAL CAMINO

SÉBASTIEN JAPRISOT

Traducción de Teresa Clavel

gatopardo ediciones 

Título original: *Les Mal Partis*

Copyright © Robert Laffont, 1950,

© by Éditions Denoel, 2000

© de la traducción: Teresa Clavel, 2020

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U, 2020

Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: marzo de 2020

Diseño de la colección y cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: *Snake (albino python) and red apple*

© Buena Vista Images

Imagen de interior: Sébastien Japrisot en 1970. De autor desconocido.

Sin restricciones conocidas de derechos de autor

Imagen de la solapa: de autor desconocido.

Sin restricciones conocidas de derechos de autor

eISBN: 978-84-17109-96-7

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



El escritor francés Sébastien Japrisot en 1970.

*A Germaine Huart,
a Pierre Sempe
y a mí mismo.*

«Si puedes, cree en tu Dios,
pero sobre todo cree en tu vida.
Si tu vida olvida a tu Dios, conserva tu vida.
Si tu Dios te impide vivir, abandona a tu Dios.
Tu vida es única
y, seas quien seas, tu Dios no es el mío.»

CAPÍTULO 1

Era el año en que Denis empezaba cuarto curso.[1]

Durante las vacaciones habían pintado los edificios y arreglado los patios. Las contraventanas eran verdes y brillaban. Los cristales estaban limpios. En el locutorio había sillones nuevos, y en los pisos donde se hallaban las dependencias de los vigilantes, tarjetas con su nombre en las puertas. Pero los alumnos no se fijaban en todas esas novedades. Había bancos y pupitres nuevos con un agradable olor a limpio, pero los alumnos tampoco se fijaban en eso. Lo único que les interesaba a la vuelta de las vacaciones eran los nuevos vigilantes.

Aquel año había uno en cada división. Encorvados y con semblante serio, miraban a los alumnos cuando los tenían cerca. Les habían dado una gran hoja con los nombres de todos, indicando la fila y el asiento que ocupaba cada uno en la sala de estudio. Incluso habían marcado con una cruz roja el nombre de los que no eran buenos alumnos, aquellos a los que llamaban «las lumbreras».

Antes de la primera hora de estudio del día, Denis fue a mirar la hoja. Subió solo. Era la hora del recreo y los demás estaban en el patio. No encontró a nadie ni en el vestíbulo ni en la escalera. Tal como esperaba, en la hoja que estaba sobre la cátedra vio una cruz roja junto a su nombre. También había una junto al nombre de Pierrot. Se encogió de hombros y bajó al patio.

Pierrot estaba jugando con los demás.

—Tienes una cruz —dijo Denis corriendo hacia él.

—Lo sabía —dijo Pierrot—. Todos los años la tengo. ¿Tú también?

—Desde luego —contestó Denis—. Por suerte.

Miraron al vigilante. Andaba despacio por el patio, empujando piedras con la punta del pie. Era joven, bajito, de tez rosada y mofletudo. No levantaba los ojos del suelo y paseaba, aburrido.

—¿Cómo se llama? —preguntó Pierrot.

—No tengo ni idea —dijo Denis—. Como no lo sabemos, le pondremos un nombre.

—No parece que sea un hueso.

—Nunca parecen serlo, y lo son.

—Ya veremos —dijo Pierrot.

Y se puso a correr de nuevo, con los demás, tras el balón. Denis se quedó en medio del patio, esperando el aviso del final del recreo. El vigilante seguía empujando piedras mientras caminaba. Por debajo de la sotana se le veían los calcetines, negros y zurcidos. Cuando pasó junto a Denis, levantó la cabeza y sonrió. Se detuvo y miró el cielo. Denis también miró el cielo. Sabía eso desde hacía mucho. Cuando ellos levantan la cabeza, hay que levantar la cabeza. Cuando ellos la

bajan, hay que bajarla. Es preciso hacer lo que ellos hacen. Es la manera de conseguir que no se sientan bien. De incomodarlos. Solo se sienten cómodos con los que no hacen lo mismo que ellos, como Prieffin, por ejemplo. En cuanto ellos levantan la cabeza, Prieffin baja la suya y mira al suelo en actitud sumisa. Prieffin era una mosquita muerta, pensaba Denis. Seguro que no había una cruz junto a su nombre.

—¿Usted es Leterrand? —preguntó el vigilante en un tono reposado.

—Sí —respondió Denis—, soy yo.

El vigilante asintió con la cabeza y se fue.

—Vale, ¿y...? —dijo Denis muy bajito.

Los primeros días siempre son así.

En el patio, el vigilante pasea, y a veces se detiene junto a un chico para preguntarle su nombre. El chico se limpia las manos en los pantalones y responde sonriendo. Después, va a decirles a los demás que el vigilante no parece un hueso y que aquel curso las cosas irán bien.

Durante la hora de estudio, los alumnos están tranquilos y no hablan entre ellos. Si uno le pide algo a su vecino, en voz baja, con una mano delante de la boca, los demás levantan el tono y dicen «Chisss..., ¡ya está bien!...», como si realmente los importunaran tanto que les resultara imposible concentrarse en su tarea. Después miran al vigilante para cerciorarse de si se ha dado cuenta de que están importunándolos.

Al bajar a clase, en la escalera, los chicos van en fila y no hacen ruido con los pies. Cuando llegan al vestíbulo, se santiguan de manera ostensible al pasar por delante de la Virgen. Y bajan con devoción la mirada.

En las aulas reina la calma. Es principio de curso y hay libros nuevos. Los alumnos esperan en el economato a que los llamen. Cuando uno de ellos oye su nombre, se levanta y baja a buscar sus libros. El encargado del economato pregunta si los quiere de segunda mano. Entonces él mira a los demás con aires de superioridad y dice que los quiere nuevos. Cuando alguien pide libros usados, los demás esbozan una sonrisa falsamente comprensiva y, si es nuevo, fingen que no ven el parche en el fondillo de los pantalones. Y ya con su botín a cuestas, los alumnos creen que dejarán boquiabiertos a sus padres cuando les cuenten que para ese curso tienen más de veinte libros. Regresan a clase y miran las páginas donde hay fotos. Pero no las miran todas, para que queden algunas por descubrir a lo largo del curso, cuando uno no tiene ganas de hacer la traducción impuesta y no sabe en qué ocupar el tiempo durante la hora de estudio.

Los profesores pasan lista varias veces al día, y los chicos se pelean para conseguir los sitios que están más cerca de la cátedra. El mejor es el que está junto a la puerta. El que se sienta ahí es el encargado de hacer una lista de los alumnos que faltan ese día. Puede levantarse, presentarle la hoja al profesor para que la firme, salir, colocarla junto a la puerta y volver sonriendo a los demás. Pase lo que pase, es un alumno importante: hace la lista de los que faltan, es prácticamente el jefe de la clase.

Todavía no estudiamos. A partir del tercer día empieza el retiro. Dura cuatro días y no es agobiante. Hay recreos de dos horas después de misa y de las oraciones. Los sermones son interesantes, a menudo te enteras de historias curiosas. Lo más pesado es la adoración eucarística, cuando la noche ha caído sobre el colegio. A esas horas estamos hartos de iglesia y nos duelen las rodillas de tanto apoyarnos en ellas. Así que fingimos que prestamos atención y nos arrodillamos, pero en realidad pensamos en aquel chico que se rompió una pierna esquiando sobre hierba, y nos

sentamos en el borde del banco para descansar. Cuando hay que cantar, abrimos la boca y no cantamos. Si pasa el vigilante, subimos el tono más que los otros, afinando la voz para estar en el coro.

Porque se selecciona a los chicos que formarán parte del coro. El prefecto viene al patio y llama a grupos de alumnos para llevarlos al pequeño comedor. Allí, les hace cantar las escalas de uno en uno para identificar las buenas voces. Algunos chicos no quieren formar parte del coro y desentonan adrede. Pero el prefecto reconoce las buenas voces y, a pesar de eso, escoge a los que la tienen.

Estar en el coro del colegio no es tan malo. Se ensayan los cánticos tres días por semana. Y esos días no se va a la sala de estudio hasta después de las cinco, cuando los demás ya llevan mucho rato estudiando. Estos te miran con envidia y tú te diriges a tu banco dándote aires de importancia.

Aparte de eso, cada uno les dice a los demás que es el «ojito derecho» del vigilante. Cada uno de ellos se cree el «ojito derecho» y piensa que los demás no lo son.

Los primeros días siempre son así.

Había hojas secas que cubrían los márgenes de los paseos. Había un cielo grisáceo y grandes nubes en el cielo. Las nubes eran bajas y podíamos verlas por las ventanas de la sala de estudio. Siempre es un consuelo pensar que estarás todo el curso cerca de una ventana. Las tardes de invierno se hacen interminables en la sala de estudio. Así que levantas la cabeza y miras por encima de las ramas. Durante unos minutos paseas por el cielo, pensando en no se sabe qué. Sienta bien. Luego regresas a tu banco y continúas hojeando el diccionario de griego con resignación.

Los que no están cerca de las ventanas buscan otras maneras de interrumpir el trabajo. Algunos, hacia las seis, sacan silenciosamente terrones de azúcar de debajo del escritorio y los mordisquean mientras simulan que buscan una palabra difícil. El azúcar endulza la boca, por eso se deja que se deshaga muy poco a poco en su interior. Después se suspira profundamente y se reanuda la tarea.

No todos los alumnos tienen terrones de azúcar o una ventana cerca para perderse en el cielo, aunque todos encuentran la manera de perderse en alguna parte. Hay quienes miran fotos que llevan en su cartera. Hay quienes leen las historias de las traducciones inversas en el libro de latín. Hay quienes dibujan caras en un trozo de papel. Otros, por último, se levantan y van hacia la cátedra del vigilante con indolencia. Piden permiso para ir al servicio o para pedir prestado un libro. Si el vigilante está de buen humor, pueden salir un momento o pasearse entre las mesas.

—Ah, eres tú —dicen los otros—. ¿Qué quieres?

—Nada, pero pásame un lápiz para que parezca que te pido algo. Pero sin prisa, que tengamos tiempo de hablar.

Y charlan frente a frente, en voz baja, entre risas sofocadas. No hace falta mucho para ser feliz en esos momentos. Al final, el vigilante carraspea levantando la cabeza para que el alumno vuelva a su sitio y otros intentan lo mismo.

Denis estaba contento. Aquel curso le había tocado un buen sitio. Tenía a Pierrot detrás de él. Pierrot podía inclinarse sobre su escritorio y hablarle. Cuando el vigilante leía o miraba para otro lado, Denis contestaba. Al lado de Pierrot, estaba Tréville. Tréville era un chico estupendo. Siempre estaba contento y todos pensaban que era un chico estupendo. Además de ellos, Ramon tampoco se sentaba lejos, solo dos bancos delante de Denis, en la fila de la derecha. A Jacky le

había correspondido un sitio junto a la ventana, a la izquierda. Sin duda Denis estaba bien situado aquel curso.

Después de la hora de estudio, al final de la tarde, delante del patio de entrada del colegio se creaba un ambiente bullicioso. Había chicas que iban a esperar a los de la primera división, los del último curso. Chicas con zapatos de tacón y los labios pintados. Los demás se burlaban de los mayores que cogían a las chicas del brazo. Los mayores se iban con una sonrisa ufana, ajustándose el nudo de la corbata. Por fin todos podían gritar a pleno pulmón, y, en la puerta iluminada, los vigilantes hablaban entre sí con una vivacidad inimaginable en ellos durante el día.

Pierrot acompañaba a Denis hasta la parada del tranvía.

Se quedaban mucho rato charlando y no se separaban hasta que a Denis ya se le había hecho tarde. Denis montaba en el primer coche, el que accionaba el resto del vehículo, y se despedía de Pierrot. Miraba por la ventanilla a su amigo mientras este se alejaba con la cartera bajo el brazo, la cabeza inclinada y el pelo rizado. El tranvía lo llevaba al centro de la ciudad y Denis recorría luego un largo bulevar para llegar hasta casa, corriendo sobre las hojas secas de los plátanos, que crujían bajo sus pies.

CAPÍTULO 2

Denis había leído que hacia los trece años es cuando las cosas empiezan realmente a cambiar. Él tenía casi catorce. Sin embargo, no se había producido ningún cambio. Todo era igual que los cursos anteriores. Las cosas no deberían ser como hasta entonces, pero Denis las veía igual que las había visto siempre. Continuaba siendo el alumno más alborotador de la tercera división y todos los miércoles por la tarde el prefecto dejaba un papel sobre su escritorio, en la sala de estudio. Un papel en el que ponía que el prefecto «lamentaba informar al señor Tal de que su hijo Cual...». Y todos los jueves, Denis se quedaba dos horas castigado. No se había producido ningún cambio.

En sexto, «tiempo atrás», como suele decirse, Denis era un buen alumno. Siempre era de los primeros en redacción, con buenas notas en las traducciones de latín y en los deberes de lengua. El curso siguiente fue igual, o más o menos igual. Este curso, Denis no estudiaba nada en absoluto. Era incapaz de ponerse a estudiar. El prefecto insistía en decir que, si se esforzara un poco, Denis sería uno de los mejores alumnos, si no el mejor. Pero eso era imposible. El esfuerzo y Denis nunca habían ido de la mano. No obstante, sin que se supiera muy bien por qué, sin que él mismo lo supiera, seguía siendo de los primeros en redacción. No se había producido ningún cambio.

El prefecto era un hombre voluminoso, bajo y corpulento. Tenía la cara tremendamente ancha, muy enrojecida y de expresión severa. Cuando hablaban de él, no decían «el prefecto», o «el padre prefecto». Lo de «padre prefecto» era para los padres. Los alumnos lo llamaban Gargantúa. El prefecto estaba en el colegio desde hacía más de quince años, antes incluso de que Denis naciera. Y desde hacía más de quince años era Gargantúa. Cuando un antiguo alumno iba de visita al colegio, decía:

—¿Gargantúa sigue siendo un hueso?

Seguía siéndolo. No había cambiado nada.

Denis tenía el colegio. Fuera del colegio, tenía a sus padres. Pero el colegio había sido siempre lo principal en su vida. Aquel año, Denis pensaba que quizá vería las cosas de otro modo. Los primeros días se confesó de sus grandes pecados cometidos en vacaciones. El colegio volvió a ocupar el papel principal en su vida. A las ocho de la mañana estaba allí. A las siete de la tarde se marchaba. Entonces se iba a casa y dormía. Los jueves se quedaba más tiempo en el colegio, castigado. Los domingos iba al coro. Eso era todo. No se había producido ningún cambio.

A la vuelta de las vacaciones, esperó. Por la noche, en su cama, Denis soñaba con los ojos abiertos. En una cama se piensan montones de cosas. Denis pensaba a veces en las chicas. Cuando le venían esas ideas a la mente, Denis se santiguaba y, tal como el padre espiritual le había dicho, rezaba tres avemarías seguidas. Después intentaba pensar en otra cosa.

En la cama, Denis pensaba en el bachillerato. Repetía la palabra «bachillerato» en voz baja y esta le causaba cierta impresión. En sexto, parecía algo increíble, tremendo y lejano. En quinto también. En cuarto, aquel curso, seguía siendo increíble, tremendo y lejano. No se había producido ningún cambio.

Lo importante era Dios. Denis pensaba que eso era lo importante. Fuera de Dios, nada es nada. Denis rezaba sus oraciones, apartaba de su mente los malos pensamientos sobre las chicas y las cosas que las chicas hacen con los chicos, comulgaba tres veces a la semana, los días de misa, y se confesaba cada ocho días. Dios lo amaba, él amaba a Dios. No se había producido ningún cambio.

La madre de Denis era alta y fuerte, y llevaba el pelo recogido en la nuca. Hablaba poco y era muy activa. No paraba de frotar el parqué y de encerar los muebles, y, para que todo se conservara limpio, la familia se confinaba en la cocina.

El padre de Denis era frío, alto también y tranquilo. No tenía ideas propias sobre nada y hacía números. Cuando no hacía números, continuaba pensando en números. Nunca había sido un hombre de ideas, ni tampoco de mujeres. Era un hombre de números.

Los dos eran buenos con Denis. Era su único hijo. Firmaban las notificaciones de castigo sin decir nada. Si Denis intentaba pedir algo que no fuera chocolate, una manta o un par de zapatos nuevos, se perdía cada uno en sus sueños. La señora de la casa soñaba con su comedor siempre limpio y silencioso, el señor de la casa soñaba con sus números.

En varias ocasiones, Denis había intentado hablar con su madre de cosas que no comprendía. Su madre lo miraba estupefacta:

—Esas cosas no son propias de tu edad, Denis. No pienses en ellas. Cuando llegue el momento las comprenderás.

Y volvía a soñar con sus encerados.

En varias ocasiones, Denis le había pedido a su padre libros de los que oía hablar. Su padre lo miraba y se quitaba las gafas:

—¿Se puede saber qué te pasa, Denis? Esas cosas no son propias de tu edad. Lo único que te pedimos es que estudies, y para eso no hace falta leer tonterías. —Y añadía la frase ritual—: Además, acuérdate del sermón del rector.

A continuación, volvía a su periódico y a sus números.

Los padres de Denis eran realmente muy buenos. Pero su madre solo se quitaba el delantal para asistir a la misa del domingo, y su padre era inspector de Hacienda: así era y así sería siempre. No se había producido ningún cambio.

No obstante, estaba Pierrot. Pierrot, un compañero magnífico, no había un amigo mejor que él. Era un chico bien proporcionado, de cara unas veces seria y otras risueña, y pelo muy rizado. Andaba con las piernas un poco separadas y le gustaba mucho el fútbol. Pierrot también era hijo único. Sus padres tenían un chalé en la costa, en la playa. Pierrot prestaba atención en clase y apreciaba mucho a Denis. Cuando ponían deberes, era Pierrot quien lo anotaba en el cuaderno de textos de Denis. Cuando Denis se olvidaba el almuerzo en el tranvía, Pierrot compartía el suyo con él y, al día siguiente, llevaba al colegio la mochila perdida.

Denis y Pierrot hablaban de deportes. Pierrot era un apasionado de los deportes y le enseñaba

a Denis los periódicos del lunes con los resultados de los encuentros deportivos. Denis acababa interesándose también por los deportes. Cuando el equipo de la ciudad ganaba un partido del campeonato de fútbol, Pierrot estaba contento. Le contaba el partido a Denis, y a Denis le gustaba escucharlo.

Cuando Denis se peleaba en el patio, Pierrot sujetaba los libros de Denis. Cuando Denis se enfrentaba a varios adversarios, Pierrot acudía inmediatamente para echarle una mano. A Denis le gustaba pelear. No buscaba ocasiones para hacerlo, pero, en cuanto podía, se peleaba. Denis era delgado y alto para su edad. Siempre se le había dado bien dar puñetazos. Por eso los alumnos no solían pelearse con él. Obedecían a Denis, y Denis sonreía con aires de superioridad. Al inicio del curso, los alumnos nuevos que no lo conocían perdían los nervios. Entonces Denis se peleaba con ellos, y eso le gustaba porque sabía que era el más fuerte. Una vez que la pelea había terminado, siempre hacía las paces con el adversario magullado. También en esos casos era Pierrot quien sacaba una chocolatina del bolsillo para que Denis se reconciliara con el alumno al que acababa de pegar.

Denis se había prometido que aquel curso no se metería con nadie y no alardearía de tipo duro que está continuamente buscando pelea con unos u otros. Pero seguía peleándose y los alumnos le temían cuando se enfadaba. Si, pese a todo, apreciaban a Denis, era porque hacía el ganso durante la hora de estudio y armaba barullo despreocupadamente cuando se quedaban castigados.

Así transcurrió el primer trimestre. Los árboles estaban en su lugar. Las calles estaban en su lugar. Todo era igual que los cursos anteriores. Denis esperaba. Tenía esperanzas. Pero no se había producido ningún cambio.

CAPÍTULO 3

Fue a finales de enero cuando empezó. Los alumnos seguían hablando de las vacaciones de Navidad y los regalos. El tiempo era claro y frío. Los grandes plátanos de los paseos estaban descarnados y negros bajo el cielo blanco. La tierra estaba dura y fría como la nieve. Pero no había nieve. Los alumnos pronosticaban todos los días que muy pronto nevaría, pero no nevaba. Así que observaban el cielo con melancolía y pensaban en las batallas de bolas de nieve de los cursos anteriores.

Antes de las fiestas, el vigilante había organizado una serie de visitas a un hospital. A lo largo de todo el mes de diciembre se habían amontonado regalos sobre una gran mesa, al fondo de la sala de estudio. Todas las mañanas, antes de sentarse en su banco, los alumnos iban allí a depositar ostensiblemente lo que habían llevado. Algunas veces eran juguetes, otras eran galletas o cigarrillos. En ocasiones, incluso paquetes de caramelos o frutas confitadas. Pero lo más habitual eran libros muy deteriorados, novelas viejas sin tapas de las que los padres estaban encantados de desprenderse. Después de haber depositado su ofrenda, los alumnos iban a sentarse a su sitio con aires de falsa indiferencia y se sumergían en el estudio en espera de la hora de entrar en clase. No levantaban la cabeza para observar la reacción de los demás.

Durante las vacaciones, los alumnos habían visitado en pequeños grupos a los enfermos y les habían llevado los regalos. Pero aquel año Denis no había ido al hospital.

Los primeros días de enero, a la vuelta de clase, prosiguió la donación de regalos, así como continuaron también las visitas. Denis no dio su nombre al vigilante para participar en ellas como los demás. Jacky Renaud hizo un gran dibujo en una cartulina que representaba a un niño de aspecto trágico, con la cara verdosa y profundas ojeras, en una cama de hospital. Debajo, en grandes letras, Jacky escribió con tinta china:

Aportad, aportad,
los enfermos os necesitan.
Aportad, aportad,
los tenéis que ayudar.

Habían colgado el dibujo en la puerta de la sala de estudio, pero Denis no dio su nombre.

Un viernes por la mañana, al salir de la capilla después de misa, el vigilante retuvo a Denis en la escalera y dejó que los demás se dirigieran en fila hacia el patio.

—No he visto su nombre en la lista para ir al hospital —dijo el vigilante.

—No se lo he dado —dijo Denis.

El vigilante no era más alto que él. Sonreía para que Denis se sintiera cómodo, y aquello hinchaba aún más su rostro rosado de pepona. Llevaba su pelo negro aplastado sobre el enorme cráneo. Recogió una piedra en lo alto de la escalera y la lanzó hacia el patio.

—¿Por qué no ha ido durante las vacaciones?

—No había aportado nada —dijo Denis.

—No era indispensable.

—Creía que sí.

El vigilante se pasó una mano por la sotana para quitarse un poco de polvo. La sotana estaba vieja y brillaba a la altura de los codos y las rodillas.

—No era indispensable —repitió el vigilante—. Podría haber ido como los demás. ¿Por qué no va el jueves que viene?

Denis se encogió de hombros y miró fijamente una nube. La nube estaba inmóvil en el cielo blanco.

—Sabe de sobra que todos los jueves estoy castigado.

—¿Y por qué no hace un esfuerzo para portarse bien?

—Hago muchos esfuerzos —dijo Denis—. Sabe perfectamente que los hago. Lo que pasa es que usted no quiere verlos.

—Yo no veo nada —dijo el vigilante—. Si usted hiciera un esfuerzo, lo vería.

Dejó al chico plantado y bajó la escalera. Denis se quedó mirando fijamente la nube. Siempre sucede lo mismo. De pronto te dejan plantado, sin que sepas qué piensan. Nunca se sabe lo que piensan. Te quedas solo con una impresión de vacío, como si te hubieran quitado algo. No parece que te quiten nada, y, pese a todo, se van y te dejan absolutamente vacío, esperando algo que no llega.

El miércoles siguiente, al acabar la hora de estudio de la tarde, el prefecto entró en la sala para repartir las notificaciones de castigo. Denis no levantó la cabeza. Hojeaba el diccionario sin verlo, mientras aguardaba el pequeño sobresalto. Oyó a Ramon proferir una exclamación indignada: estaba castigado. Cada alumno que recibía una notificación profería una exclamación indignada. Denis oyó a Lacroix y luego a Cossonier. El prefecto fue hacia él y pasó de largo. No había dejado ningún papel sobre su pupitre. Cuando llegó al fondo de la sala, Denis levantó los ojos hacia el reloj de pared sin ver la hora.

—¿No estás castigado? —susurró Pierrot a su espalda, contento.

—No. ¿Y tú?

—Tampoco.

—Si no vuelve, claro...

—No —dijo Pierrot—, no vuelve nunca.

El prefecto abrió la puerta de la sala de estudio y los alumnos se pusieron en pie. El prefecto salió y los alumnos se sentaron de nuevo. Algunos expresaron en voz alta su alegría por el hecho de que no les hubiera dejado una notificación.

Como todos los miércoles, se oyó un inmenso y largo suspiro. Luego volvió a reinar el silencio sobre las cabezas inclinadas.

En la puerta del hospital no había nadie. Pierrot debía de haber subido junto con los demás.

Denis los encontraría a todos arriba. El suelo de las alamedas estaba cubierto de un césped exiguo y aplastado. Hacía frío y Denis pisaba fuerte al caminar. Solo oía el ruido de sus pasos. El gran edificio estaba silencioso, una capa de vaho empañaba todos los cristales.

Al entrar en el vestíbulo notó una vaharada de calor en la cara. Cerró la puerta. Detrás de un cristal vio a un hombre corpulento hablando por teléfono. Esperó que acudiera otra persona, pero no apareció nadie.

Así pues, se adentró en un pasillo y, al final de este, encontró una sala abierta. Una gran sala vacía, sin muebles, abandonada. Fue en ella donde Denis vio a una monja con velo blanco que estaba mirando el cielo por una ventana.

La veía de espaldas. Era bastante alta. Estaba completamente inmóvil y el velo bajaba sobre sus hombros en pliegues limpios y rectos. Denis entró en la habitación, vaciló y, con un gesto irreflexivo, se apartó un mechón de pelo lacio de la frente. Llevaba un paquete bajo el brazo derecho. La monja no lo había oído y continuaba mirando el cielo con sus blancas manos apoyadas en el cristal.

—Hermana...

Ella bajó instintivamente las manos, como si por un brevísimo instante se hubiera sentido pillada en falta, y después se dio la vuelta. A contraluz, Denis no distinguía bien sus facciones, pero vio su sonrisa. Él sonrió también y ella se acercó.

—¿Busca a sus amigos?

Su voz era amable, una de esas voces que son o demasiado dulces o demasiado tristes. Sus ojos eran azules y oscuros, muy grandes. Denis los miraba sin responder.

—¿Busca a sus amigos? —insistió la monja, erguida bajo su larga túnica blanca.

Denis se enredó en una frase incomprensible. Ella frunció amablemente el entrecejo para indicar que no le entendía.

—Soy del colegio Saint-François —dijo Denis.

—Sus amigos están arriba, en la sala ocho.

—¿En la sala ocho?

—Venga, le enseñaré el camino.

Pasó delante de él y él la siguió. Regresaron al vestíbulo. Después tomaron otro pasillo. Al final, había una escalera.

—Sus amigos están en el segundo piso —dijo la religiosa deteniéndose—. La sala ocho es la primera a la derecha. No se pierda.

Sonrió, bajó la cabeza y se marchó.

Él la observó mientras se alejaba por el pasillo. Se sentía estúpido. Subió y se reunió con los demás. La visita duró casi dos horas. Los chicos charlaban con viejos que fumaban y babeaban entre calada y calada. Denis estaba con Pierrot junto a un hombre delgado, con los ojos hundidos, que acababa de ser intervenido y les contaba su enfermedad, sin dejar de repetir que sus intestinos medían apenas unos centímetros. Era su cuarta operación. No podía fumar, y Pierrot le había dado una caja de bombones y una novela policíaca. Pierrot, con expresión atenta y la cabeza en otra parte, hacía crujir los huesos de sus manos. Denis permanecía de pie junto a una ventana y pensaba que la monja debía de haberlo tomado por un imbécil al oírle balbucear.

¿Qué edad podía tener? Le parecía muy joven, pero Denis siempre se equivocaba cuando intentaba calcular la edad de una persona desconocida. Además, ¿por qué era monja? No ponía en

duda que fuera piadosa y buena, pero ¿por qué era monja si tenía una cara tan bonita? Normalmente, las monjas no son muy guapas. Sus facciones poseen cierta dulzura y pensamos que lo son, pero no lo son en realidad. Ramon solía decir que se hacen monjas las que son unos adesios, porque no encuentran novio. Si Ramon estaba en lo cierto, aquella cara bonita debería haber encontrado uno. Denis pensó de repente que, en cualquier caso, prefería que aquella cara bonita fuera de una monja. No sabía por qué, pero así lo sentía.

Al anochecer, después de haberles estrechado la mano a los enfermos, salieron de la sala todos juntos. Otra religiosa, de más edad, les dio las gracias en la escalera, y bajaron corriendo.

En el vestíbulo, la cara bonita estaba hablando con una mujer que llevaba a una niña mal vestida cogida de la mano.

—¡Adiós, sor Clotilde! —exclamaron los chicos al pasar junto a ella.

Sor Clotilde se volvió hacia ellos para decirles que hicieran menos ruido.

Denis dejó que salieran los demás y se quedó un momento en la puerta. La cara bonita se había inclinado de nuevo hacia la niña y hablaba en voz baja. Cuando la mujer y la niña se fueron, la monja se percató de la presencia de Denis.

—¿Los encontró?

—Sí, gracias —respondió Denis.

—¿Es la primera vez que viene? No lo había visto nunca. A los demás sí que los conozco.

—Sí —dijo Denis—, es la primera vez.

Le entraron ganas de añadir que iría más veces, pero no sabía cómo decirlo y, además, era una idiotez, así que se despidió y abrió la puerta. Ella sonreía. Había metido las manos dentro de las anchas mangas de su túnica.

—¿Va bien en los estudios? —preguntó.

A Denis se le ensombreció el semblante.

—Regular.

Le pareció que no había nada que añadir. Se subió el cuello del chaquetón. Fuera, la lluvia caía sobre los peldaños de piedra. Se despidió de nuevo y salió sin volverse. Echó a correr para alcanzar a los demás, con la cabeza gacha bajo la lluvia y una presión extraña en el pecho.

CAPÍTULO 4

Primero intentó averiguar algo a través de Pierrot. Pierrot respondió que no sabía nada. Fue al día siguiente —o quizá dos días más tarde—, durante la hora de estudio de las once. Denis se puso de nuevo a trabajar con desgana, una desgana contagiosa que acababa afectando a los demás. Había estado cavilando toda la mañana, durante la clase de latín.

—¿Por qué lo preguntas? —susurró Pierrot a su espalda.

Tréville, sentado junto a Pierrot, escuchaba.

—Por saber.

—Pero ¿por qué quieres saber?

—Cosas mías. Por saber.

—Oye, yo no puedo decirte nada, solo he ido una vez antes que tú. Se llama sor Clotilde. Es lo único que sé.

—No pasa nada —dijo Denis.

Miró hacia la cátedra. El vigilante leía, con la mirada baja. Denis se dio la vuelta ligeramente y Pierrot se inclinó sobre el escritorio al ver que Denis se volvía.

—La pepona no mira —dijo Denis—. Pregúntale a Prieffin. Él se pasa la vida metido en el hospital, debe de saber algo.

—Espera —dijo Pierrot.

Denis fingió que se concentraba en el trabajo, observando al vigilante con el rabillo del ojo. El vigilante no se movía. Denis oyó que Pierrot se levantaba despacio. Prieffin estaba tres bancos más atrás. Cuando el vigilante levantó la cabeza, Pierrot ya había vuelto a su sitio.

—Bueno, ¿qué? —susurró Denis, garabateando en el libro con aire ausente.

—Va al hospital los jueves. Es profesora en un internado de chicas.

—¿Todos los jueves?

—Todos los jueves.

—Vale, déjalo ya —dijo Denis.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Te he dicho que lo dejes.

—Podrías...

—Déjalo ya —repitió Denis—. Vas a conseguir que nos pillen.

—¡Pues sí que estamos bien! —exclamó Pierrot—. ¡Ahora resulta que voy a tener yo la culpa!

Denis cogió una hoja de papel en blanco y la expresión de desgana desapareció de su rostro. Empezó a hacer los deberes sorbiendo un poco por la nariz.

—¿Estás trabajando? —preguntó Pierrot en un tono de incredulidad.
—Déjalo ya de una vez, te digo —insistió Denis—. Olvídame.
Pierrot miró a Tréville y arqueó las cejas. Tréville hizo lo mismo.
—Está chalado —le dijo Pierrot—. No hay que hacerle caso, está chalado.

A lo largo de toda la semana, Denis se portó bien. En clase no se lo oía. Guardaba silencio. En la hora de estudio, resultaba imposible implicarlo para armar jaleo. El vigilante lo miraba con cara de preguntarse qué estaba tramando contra él, pero Denis bajaba la cabeza sobre sus deberes sin rechistar.

Sin embargo, el miércoles por la tarde sucedió algo que puso fin a ese estado de calma. Al volver del coro con algunos más, Denis oyó un griterío que llegaba hasta la escalera.

—Es nuestra clase —dijo Ramon echando a correr.

Los demás lo siguieron. Denis llegó el primero a la puerta de la sala de estudio y la abrió. Los alumnos estaban de pie y gritaban. Algunos rascaban las baldosas con las suelas claveteadas de sus zapatos y otros incluso se lanzaban las sobrecubiertas de los libros unos a otros. El vigilante caminaba deprisa entre los pupitres intentando que los chicos se callaran.

—¡Pepona! ¡Pepona! —gritó Ramon.

—¡Rebbia! ¡El jueves se quedará castigado! —replicó el vigilante.

—¡Pepona, en la puerta! —repitió Ramon, aún más fuerte.

En medio del desorden y las risas, Denis observó que Prieffin, sin dejar de trabajar, mantenía inclinado su rostro afeminado sobre un gran diccionario de griego. Denis se acercó.

—Mosquita muerta —dijo.

Prieffin no le oyó.

—¡Mosquita muerta! —gritó Denis.

Sus palabras sonaron altas y claras en medio de un pavoroso silencio. Se volvió, estupefacto. Vio que los demás estaban sentados en su sitio, repentinamente callados, y que lo miraban azorados. El prefecto estaba en el umbral, severo y erguido con su barrigón.

—¿Qué pasa, Leterrand?

Denis bajó la cabeza y fue a sentarse a su banco. El prefecto se acercó a la cátedra.

—No consiento estas escandaleras —continuó, dirigiéndose a los allí presentes—. Esta división es la peor de todas. Los pequeños se comportan mejor que ustedes. A partir de hoy, empezaré a expulsar, y hablo muy en serio.

Abarcó al auditorio con la mirada. Todo el mundo había agachado la cabeza y mantenía la boca cerrada. Avanzó por el pasillo y, cuando llegó a la puerta, añadió:

—Rebbia, Cossonier y Leterrand, a la salida pasen por mi despacho.

El pequeño sobresalto. Como lágrimas que suben por el pecho en forma de gruesa bola. Denis no se inmutó. Oyó a Jacky Renaud rezongar a su izquierda.

—¿Qué pasa, Renaud? —preguntó el prefecto volviendo sobre sus pasos.

—Nada —dijo Renaud.

—Le he oído decir algo. ¿No está usted conforme?

—Sí —dijo Renaud. Pero enseguida levantó la cabeza para añadir, con las mejillas coloradas—: Pero Leterrand no ha hecho nada, acababa de entrar.

—¿Por qué se mete en esto? ¿Acaso le incumbe?

—No —dijo Renaud.

—Entonces, guárdese sus apreciaciones personales. Pase usted también por mi despacho esta tarde.

Renaud no contestó. Cuando el prefecto hubo salido, oyó que los demás susurraban «¡Bravo, Jacky!», y se encogió de hombros. Se volvió hacia Denis y Denis se volvió hacia él. Se encogió de hombros otra vez y se puso a hacer los deberes como un enloquecido. Denis se quedó mirándolo y notó que el pequeño sobresalto se mitigaba.

Los cuatro alumnos entraron en el despacho del prefecto custodiados por el vigilante. A Ramon, el más pequeño, se le había congelado la sonrisa. Cossonier, cabellos negros y gafas con montura, tenía las manos cruzadas tras la espalda. Jacky estaba junto a Denis, y los dos permanecían apartados, con la mirada fija en Gargantúa.

—Aquí tenemos a los díscolos —dijo el prefecto.

Se sentó a su mesa y tenía el semblante severo. Cogió un abrecartas y se golpeó con él la palma de la mano.

—¿Le parece esto divertido? —preguntó al ver sonreír a Ramon.

—No, padre.

—Entonces, deje de hacer el payaso —dijo el prefecto.

Cogió unas hojas que estaban sobre su mesa y se las tendió al vigilante. Este repartió una a cada uno de los alumnos, excepto a Denis. La hoja de Denis se la quedó él. Eran notificaciones de castigo. Cuatro horas por «armar alboroto durante la hora de estudio». Denis esperó, y los demás salieron sin que el prefecto hubiera pronunciado una sola palabra más. Los otros tres no estaban contentos. Sonreían, pese a todo, pero no estaban contentos.

Una vez cerrada la puerta, el prefecto se levantó.

—Desearía que en el caso de Leterrand se olvidara el incidente —dijo Pepona rompiendo el silencio—. Ha hecho grandes esfuerzos durante la semana.

—Lo sé —dijo el prefecto, sirviéndose un vaso de agua.

En un rincón de la habitación había una mesita, y, encima, una botella larga y estrecha con un vaso. El prefecto dejó el vaso con cuidado después de haber bebido.

—Lo sé —repitió—. El padre Bellon me lo ha contado. Por una vez, está esforzándose.

—Sí —dijo el vigilante, poniendo la mano sobre un hombro de Denis—. Se ha portado bien desde el jueves.

El prefecto alargó la mano hacia la notificación de castigo y la cogió. La agitó un momento ante la cara de Denis, que pudo leer su nombre escrito con tinta negra. El vigilante había retirado la mano de su hombro, y al menos eso ya era algo.

—¿Va a entrar un poco de razón en ese cerebro? —preguntó el prefecto con una sonrisa irónica.

Denis se limitó a bajar la cabeza. Se balanceaba sobre sus largas piernas, observando la botella de encima de la mesita.

—¿Y cuál es el motivo de esos esfuerzos? —continuó preguntando el prefecto.

—No quiero que me castiguen —dijo Denis.

—Así que le fastidian los castigos, ¿eh?

Denis siguió mirando fijamente la botella, que aún estaba medio llena. Deseaba salir a toda costa para ir corriendo a los grifos del patio.

—Fui al hospital —dijo—. Vi a un enfermo al que me gustaría ver otra vez el jueves que viene. No quiero que me castiguen.

El prefecto rasgó la hoja. Pasó la mano por el pelo del muchacho y lo empujó hacia la puerta.

—Gracias —dijo Denis con dificultad.

—Pórtese bien en el futuro —dijo el prefecto, de nuevo con semblante severo.

Denis salió. El vigilante salió con él, y Denis notó su presencia muy cerca mientras cogía los libros que había dejado en el banco del vestíbulo.

—Buenas noches, padre —dijo Denis.

—Buenas noches, hijo.

Denis se apresuró a salir al patio con una sensación de derrota que preferiría no dejar que se trasluciera delante de Pierrot. Este lo esperaba delante de la puerta de entrada. Denis fue primero hacia los grifos. No salía agua. Se encogió de hombros y se reunió con su amigo.

—¿Estás castigado? —preguntó Pierrot.

—No —dijo Denis.

—¿No estás castigado?

—No.

—¿Es una broma?

Denis lo condujo a la calle.

—Se me hace tarde —dijo—. Te lo cuento en la parada del tranvía.

Corrieron por la acera en medio de la noche y pasaron por delante de un chico alto del colegio. El chico estaba de pie en el vano de una puerta, con una chica. La tenía cogida por la cintura y la besaba.

—¿Quién es? —preguntó Pierrot sin dejar de correr.

—Un «primera división». Lo conozco. ¿Has visto a la chica?

—Demasiado gorda —dijo Pierrot.

Cuando llegaron a la parada del tranvía, le preguntó a Denis:

—¿Cómo ha ido?

Había algunas personas haciendo cola para subir al siguiente tranvía. Denis se puso al final.

—Ha sido divertido. Pepona le ha dicho a Gargantúa que estaba haciendo grandes esfuerzos.

—Eso es verdad —dijo Pierrot—. Ya no sabe uno en qué te estás convirtiendo. Bueno, ¿y qué más?

—Entonces Gargantúa ha preguntado: «¿Y cuál es el motivo de esos esfuerzos?». Yo presentía que iba a romper la notificación.

—¿La notificación estaba hecha?

—Por supuesto.

—¿Y la ha roto?

—Exacto. Porque le he dicho que no quería que me castigaran.

—¿Has dicho eso?

—Sí. Y me ha preguntado por qué, claro. Sabe bien que me tienen sin cuidado todos los castigos del mundo.

—Sigue...

—Pues le he contestado: «Para poder ir al hospital a visitar a un enfermo». No veas lo orgulloso que estaba.

—¿Y ha roto la notificación?

—Exacto.

Cerca de ellos había un hombre flaco y viejo. Iba mal vestido, pero se mantenía muy erguido.

—Ahora eres igual de jesuita que ellos —dijo.

Denis miró a Pierrot.

—¿Me habla a mí?

—No sé —contestó Pierrot.

—Pues claro que es a ti —dijo el hombre.

Se encogió de hombros y les volvió la espalda. Entonces empezó a llover.

CAPÍTULO 5

Hacía menos frío que el jueves anterior y el cielo estaba claro. Pequeñas nubes sobre las casas de la calle. Un viento fresco que arremolinaba papeles en la acera.

En el cuarto donde una semana antes el hombre hablaba por teléfono, un gato se desperezaba sobre una mesa. Denis se bajó el cuello del chaquetón y se adentró en el pasillo. La sala del fondo seguía igual de abandonada. La monja no estaba allí. Denis se acercó a la ventana y miró el jardín. Vio a un jardinero que removía la tierra en una extensión de césped. Se oían voces en las otras salas y Denis prestó atención con el fin de identificar la de sor Clotilde. No lo consiguió. El jardinero, fuera, removía la tierra con gestos medidos y pausados. Llevaba la cabeza descubierta, tenía el pelo blanco. Denis pensó que lo mejor era ir con los demás. El jardinero no le interesaba.

Cuando subió la escalera y llegó al primer piso, oyó la voz. La de la cara bonita. Oía también la de Prieffin.

—Es un hombre justo —decía Prieffin—. Es muy raro que nos castigue, y si nos castiga, es que lo merecemos.

«Sigue, anda —pensaba Denis—, acabarás por ahogarte con tanto blablablá.»

Se sentía malo y mortificado por culpa de Prieffin. Poder pegarle en la cara y dejarlo atontado a fuerza de golpes, tirado en el suelo, sin aliento, sin blablablá. Quizá porque era Prieffin, o simplemente porque era el Prieffin que charlaba con la cara bonita, Denis no lo sabía. Caminaba a paso lento hacia ellos, sin hacer ruido, con el mechón de pelo lacio sobre la frente. Ellos dos estaban de pie en un recodo del pasillo, Prieffin apoyado en la pared. Ella le daba la espalda a Denis.

—Hola —dijo Prieffin.

Denis no contestó. Prieffin le tendió la mano. Él no se la estrechó. Él miraba a la monja, que le sonreía, indiferente, callada, quizá sin reconocerlo. Inclino la cabeza para saludarla:

—¿Cómo está?

—Bien. Ha vuelto a llegar tarde.

Sor Clotilde lo observaba con sus ojos azules, fijando la mirada en el mechón que él apartaba en vano.

—No sabía que debía venir a una hora determinada —dijo Denis—. Vengo cuando puedo.

El tono de su respuesta la desconcertó y Denis vio como si cayera un velo sobre su sonrisa. No encontraba las frases que había preparado. Se las había dejado en casa, o bien abajo, en la gran sala vacía. De no ser por la presencia de Prieffin, tal vez habría intentado decirle que había vuelto solo para verla y que se había pasado toda la semana confiando en tener la oportunidad de

hablar con ella como lo hacía Mosquita Muerta en aquel momento. Pero no podía, no podría nunca. Él era el alumno díscolo, ese al que se deja pasar de largo sin intentar siquiera retenerlo.

Pasó de largo. Entró en una sala donde Pierrot estaba sentado junto a un enfermo dormido.

—No corras —dijo—. Llevo media hora esperándote.

—¿Y qué? —replicó Denis mirando por una ventana.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Pierrot se levantó y se acercó.

—Estás insoportable, ¿sabes? He venido por ti. Si crees que me divierte pasarme la vida en el hospital...

—Yo no te he pedido que vengas, ¿o sí?

—Pensaba que querías, caray... ¡Pero eres un cabrito! Siempre acaba saliendo tu mal carácter.

—¡Déjame en paz! —dijo Denis subiendo el tono.

Se apartó de la ventana y empujó una silla al pasar.

—¿Adónde vas?

—Me voy.

—Vete al infierno —dijo Pierrot.

Prieffin avanzaba solo por el pasillo.

—¿Adónde vas? —dijo.

—¿Acaso es cosa tuya?

—¿Qué te pasa?

—Déjame en paz —dijo Denis.

Pasó de largo. Prieffin lo miraba con los brazos caídos y una sonrisita irónica. Abajo, unas enfermeras salieron de una sala con unas cajas metálicas y entraron en otra. Denis se acercó a la habitación del teléfono. El hombre estaba allí fumando.

—¿Qué desea?

—¿Dónde está sor Clotilde?

—¿Sor Clotilde? —dijo el hombre—. No está. Se ha marchado.

—Gracias —dijo Denis—. Muchas gracias.

Bajó apresuradamente la escalera y echó a correr por la alameda. Prieffin acababa de separarse de ella en el pasillo. No podía estar lejos. La alcanzó en la verja de entrada. Dejó de correr unos metros detrás de ella, recobró el aliento y la adelantó con un aire indiferente.

—¿Se va? —dijo ella.

Denis se volvió y se acercó a ella con la penosa sensación de que exageraba la sorpresa y de que sor Clotilde no se dejaba engañar por sus artimañas.

—Sí, me voy.

—¿Se va nada más llegar?

—Tengo que ir al centro a hacer un recado. Si quiere, puedo acompañarla un rato.

Ella debió de percibir que decía aquello muy deprisa, que había preparado largamente la frase, pero no contestó y caminaron por la avenida. Él se esforzaba para que se le ocurriera algo que decir, pero no se le ocurría nada. La joven tenía el rostro más bello que había visto nunca — más bello y dulce aún que el que él había intentado reproducir mentalmente durante la semana—,

pero eso no era algo apropiado para decírselo a una religiosa. Y que se alegrara de haberla alcanzado y de poder estar a su lado tampoco era algo apropiado para decírselo a una religiosa. Lamentó que no fuera una de sus tías o una amiga de su madre. En tal caso, quizá se habría atrevido a decírselo. O quizá no. En definitiva, fue ella quien habló:

—Me alegro de que quiera acompañarme. Parecía estar de muy mal humor.

Denis reía, pero su risa le parecía una risa tonta, así que callaba. Miraba los plátanos de la avenida y a la gente que pasaba junto a los plátanos. Solo la veía a ella, que llevaba un abrigo con capucha blanco, como su hábito, una ancha alianza plateada en la mano izquierda y una crucecita de madera negra sobre el pecho.

—¿No coge el tranvía? —preguntó sor Clotilde tras un embarazoso silencio.

—No, me gusta mucho andar. ¿Usted coge el tranvía en Saint-François? ¿Va al centro?

—Sí. Tengo que dar una clase en el internado. ¿Sabe que estoy en un internado?

—Sí —dijo Denis—, se lo pregunté a Prieffin.

—Me ha contado que se lo preguntó a través de un intermediario durante la hora de estudio. ¿Tanto le interesaba?

—Tenía ganas de saber algo de usted —dijo Denis. Y, como un desesperado que se arroja al agua tratando de no pensar en lo que sucederá después, añadió—: Me pareció muy amable, de ahí mi interés.

—Usted también es muy amable. Pero me había quedado con la sensación de que el otro día le aburrí.

—¡Oh, no! —dijo Denis con rotundidad.

Sus ojos de niño, aquella precipitación en sus palabras, aquella expansión en todos sus gestos: ahora era ella quien reía, con una risa clara, inesperada. Denis jamás habría pensado que una monja pudiera reír así.

—¿De qué da clases? —preguntó inmediatamente.

—De latín y de lengua francesa. ¿Le gustan esas materias?

—Sí —dijo Denis—. Son las únicas que me gustan. Las demás son terroríficas.

Se sintió muy orgulloso de haber dicho aquello, tal vez a causa de la palabra «terroríficas».

—Tengo entendido que es usted un buen alumno, según me ha dicho Prieffin. Un buen alumno alborotador.

—No sé —dijo Denis.

Ella debió de notar el cambio en su expresión, pues añadió enseguida:

—A mí me gustan los alumnos alborotadores. Tengo en mi clase a una alumna que es un demonio, pero la prefiero a las demás.

—A mí no me tienen mucho aprecio en el colegio.

—Debe de ser usted terrible, Denis.

—Se equivoca de todas todas, soy todavía peor.

Se echó a reír, esta vez sin sentirse tonto. Acababa de descubrir una cosa maravillosa: ella sabía su nombre, sin duda porque Prieffin se lo había dicho, pero ¿por qué Prieffin iba a decírselo sin que ella se lo hubiera preguntado?

Se separaron en el cruce de Saint-François. Ella montó en un tranvía y le hizo una pequeña seña amistosa cuando el vehículo arrancó. Él se quedó de pie en la acera, con una alegría serena en el fondo del corazón, mirando cómo la manchita blanca se alejaba.

Lo primero que pensaba hacer era ir a rezar una oración a la capilla del colegio. Dios era bueno, lo había ayudado. Ya no estaba solo en la vida. Su vida ya no le pertenecía. Le asustó sentir de una manera confusa que su vida tampoco le pertenecía a Dios. La manchita blanca se había adueñado de todo en unos minutos y ya no quedaba nada, ni para él ni para Dios.

Cuando el tranvía hubo desaparecido al final de la avenida que él podía vislumbrar desde donde se hallaba, se sintió vacío y un poco triste.

Cruzó la calle y se dirigió de nuevo hacia el hospital. Cuando no quedaba nada, seguía estando Pierrot.

CAPÍTULO 6

Las semanas se volvieron espantosamente largas en espera del jueves. En el colegio, durante el día, no le faltaban recursos para pensar en algo que no fuera su amistad con sor Clotilde. De noche, entre las cuatro paredes de su habitación, le resultaba imposible.

El dormitorio era pequeño y cuadrado. Una mesa bajo la lámpara y un armario contra una de las paredes empapeladas en azul constituían el único mobiliario y hacían que la habitación resultara más angosta. Si no hubiera sido por el desorden que reinaba en sus cosas, Denis habría pensado que no había nada que le perteneciera por entero, nada por lo que sintiera el apego suficiente para considerarlo realmente suyo. No le gustaba la colección de sellos que había reunido su padre, ni las conchas metidas en la vieja caja de puros. ¿Qué entusiasmo pueden despertar unas conchas que has cogido simplemente para matar el tiempo en una playa cualquiera, trivial incluso en su fealdad? No le gustaban ni las conchas ni las dos novelas de Francis Finn que conocía al dedillo, esas que llevaban la etiqueta de la biblioteca del colegio y cuyos títulos eran *Una sola vez* y *Percy Wynn*. No le gustaban las fotos del Almanaque de los Juegos Olímpicos de 1936. ¿Y puede gustarte un lagarto disecado que ha estado siempre en esa habitación y sigue ahí sin ser tuyo? Denis cerraba los ojos para dejar de ver la ventana, que le recordaba otras ventanas, las calles, la ciudad, todas las calles de la ciudad, y los pasos por las aceras, los tranvías, los autobuses y los vendedores de periódicos voceando, un mundo rebosante de ruidos y luces que él no conocería hasta que pasaran unos cuantos años.

Afortunadamente, por la noche los padres de Denis no entraban en su habitación. Él leía el periódico y pensaba en sus números. Ella preparaba la cena y comprobaba si su comedor estaba en orden. Denis estaba solo en su cama, con la lámpara apagada, y soñaba. Oía la radio que su padre ponía para escuchar las noticias. A veces, su padre sintonizaba Radio Londres y comentaba las noticias con su esposa. Un año antes, la noche que anunciaron que los alemanes empezaban a replegarse en Stalingrado, entró, exultante, con el batín abierto, en la habitación de Denis.

—Los rusos van a aplastarlos —dijo—. Es inminente. Los *boches* no pueden hacer otra cosa que irse.

Pero, al percatarse del escaso interés que el acontecimiento despertaba en Denis, añadió algo como «Pobre Francia» y volvió al salón, a su periódico y a sus números.

Aquella fue la única noche que Denis se vio interrumpido en sus pensamientos. Los *boches*, de todas formas, no hicieron amago de irse y Denis continuó viendo cómo se paseaban por la ciudad, con sus uniformes de color verde sucio y un aspecto indiferente y cansado.

En clase, los esfuerzos de Denis eran agua pasada. Una inquietud descontrolada volvió a

adueñarse de él. Tanto más cuanto que, en las semanas que siguieron a su segundo encuentro con sor Clotilde, la mayoría de los alumnos, como si se hubieran pasado una consigna, eran presa también de las mismas ansias de reír, de alborotar.

El profesor principal —lengua francesa, latín y griego— era un hombrecillo orondo, padre jesuita como los demás, que llevaba una vieja sotana y calcetines caídos en forma de acordeón sobre los tobillos. Recorría los pasillos despacio, con la cabeza alta y la mano sobre el pecho, metida entre dos botones del hábito. Los alumnos le habían puesto el halagüeño apodo de Napoleón. Sus andares eran los de un Napoleón tímido, un Bonaparte barrigón predestinado a ser cabo de por vida. Además, tenía un tic: en la mejilla derecha se le formaba continuamente una bola de aire. Al menos eso es lo que los chicos aseguraban. Puede que Napoleón colocara la lengua contra la mejilla para formar esa prominencia en su rostro, pero todo el mundo pensaba que era una bola de aire. Uno tenía constantemente la impresión de que el bondadoso, afable, adorable reverendo padre Raymond Bellon, de la Compañía de Jesús, llevaba tabaco de mascar en la boca.

Todos los años se repetían las mismas bromas y los mismos desórdenes durante sus clases. A veces, el padre Bellon perdía la paciencia y adoptaba ostentosamente medidas que, en su bondad, consideraba terribles, pero cualquier alumno que en su clase era objeto de castigo no tenía más que ir a verlo a la hora del recreo para ser absuelto de inmediato de todas sus faltas.

El alboroto era sensacional. El aula se convertía en ring de boxeo, en corredor intercontinental para aviones de papel, en campo de tiro, en mercado de sellos, en pista de patinaje. Cuando resultaba imposible hacerse oír, Napoleón se levantaba de repente y —craso error de estrategia— la emprendía con el más exaltado:

—¡Rebbia, salga inmediatamente!

Rebbia se levantaba con una sonrisa cínica en los labios:

—No, padre.

Y los demás:

—¡Bravo, Ramon!

—¡Rebbia, fuera!

El bondadoso padre tragaba saliva, tabaco de mascar; el enfado le hacía tragárselo todo.

—No, padre.

Y los demás, en largos murmullos:

—No ha hecho nada, es injusto.

—¡Usted, Leterrand, salga también!

Rebbia:

—Él no ha hecho nada, es injusto.

El padre, volviéndose hacia Ramon:

—A usted ya le he dicho que salga.

Jacky, levantándose, con su aire indolente:

—No ha hecho nada, es injusto.

El sacerdote:

—¡Salga usted también!

Jacky:

—¿Por qué? Yo no he hecho nada. Es injusto.

El padre:

—Ha hablado.

Jacky, con las dos manos sobre el pecho:

—¿Quién? ¿Yo? ¡Pero bueno! ¡Era lo que faltaba!

Los demás:

—¡No ha sido él! ¡Ha sido Prieffin!

El padre:

—¡Cállense! ¡Prieffin, salga usted también!

Y Prieffin, con lágrimas en los ojos:

—¡Pero si yo no he hecho nada! ¡Es injusto!

Los demás:

—¡Ha sido él! ¡Ha sido él!

El padre:

—¡Prieffin!, ¿va a rebelarse? ¡Salga inmediatamente!

Prieffin se sentaba con la cabeza entre las manos, desconsolado:

—Yo no he hecho nada, es injusto.

El padre prestaba oídos a los demás, a todos los demás, por fin calmados, e incluso se ponía de su parte.

—Vamos, Prieffin, salga.

—Pero es que...

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Tendrá noticias mías!

Nadie tuvo jamás noticias del padre Bellon. Todos los alumnos estaban contentos. Guardaban silencio. Cada uno ocupaba su sitio, el sacerdote reanudaba la clase y, unos minutos más tarde, aquello volvía a empezar, de la misma forma o de otra distinta.

Durante las horas de estudio, Pepona era más duro. Castigaba y no había manera de que levantara los castigos. Pero, como decía Cossonier, «el pipí merecía la diversión». Había un centenar de alumnos. Así que, cuando los de la tercera división alborotaban de verdad, todo el colegio se enteraba.

Antes de entrar en la sala de estudio, al final del recreo de las cuatro, una orden procedente de no se sabía dónde corría entre los grupos. Era una orden tajante.

—A las cinco, Denis levanta un pañuelo: rascad el suelo con los pies y abrid los pupitres. Después, todos los diccionarios encima de la mesa.

Subían a la sala de estudio en silencio. Hasta las cinco —después de la oración y de la lectura por parte del vigilante de unas páginas de una novela de Finn—, en la gran sala reinaba la calma.

Los alumnos estaban eufóricos e impacientes. Levantaban de vez en cuando la cabeza hacia el reloj de pared e intercambiaban sonrisas de complicidad. Denis miraba a Pierrot y Pierrot sonreía también. Tréville se mordía las uñas. Ramon se volvía hacia Milhaud y le guiñaba un ojo. Renaud miraba por la ventana y pasaba las páginas de un libro sin mirarlo.

El último minuto era interminable y transcurría en el más absoluto silencio. A las cinco, Denis sacaba un pañuelo, se levantaba despacio y aquello empezaba de golpe.

No se restablecía el orden hasta que la hora de estudio tocaba a su fin. Los alumnos sin

excepción rascaban el suelo con los pies y amontonaban sus libros para dejarlos caer sobre las baldosas con un estruendo espantoso. Bolitas de pasta de papel empapadas de tinta roja salían disparadas de todas partes hacia todas partes, entre las mesas se formaban trincheras que había que defender a toda costa, y Pepona, de pie, gritando, fuera de juego, enternecedor en su ira vana, repartía los castigos al tuntún, evitando —él sí— que recayeran en los excesivamente exaltados para no arriesgarse a que le plantaran cara.

Todo esto le permitía a Denis pensar en otras cosas durante el día.

CAPÍTULO 7

Los jueves de febrero no concedieron a Denis más que diez minutos para charlar con sor Clotilde. Pero al menos esos diez minutos, uno tras otro, eran suyos. La veía en el jardín del hospital, al salir del colegio. Los miércoles por la tarde no cogía la notificación del prefecto, ni siquiera la miraba cuando la dejaban sobre su mesa de estudio. La notificación no tenía importancia, puesto que podía ver a sor Clotilde después del castigo.

Corriendo por las aceras, llegaba a la verja del hospital exhausto y jadeando. Resultaba agradable, después de eso, esperar a que saliera la religiosa mientras recobraba el aliento sentado en un banco rodeado de césped. Olvidaba todos los pensamientos de la semana cuando ella aparecía en el jardín buscándolo con los ojos y se acercaba a él como si fuera ya una costumbre arraigada.

El banco preferido de Denis se encontraba apartado de los demás, detrás de los edificios, de manera que ella debía dar un rodeo para llegar, y la idea de ese rodeo complacía confusamente a Denis. Además, desde las ventanas no podían verlos, y hacía demasiado frío para que los convalecientes del hospital salieran a pasear al jardín. Denis se sentía más cómodo allí. No obstante, cuando sor Clotilde estaba a su lado, se contenía en exceso, hablaba demasiado bajo o atropelladamente, no acertaba a decir las palabras adecuadas. Después se pasaba toda la semana reprochándose su torpeza. Fue en esa época cuando adquirió la mala costumbre de morderse las uñas. Al cabo de unos días incluso llegaba a hacerse sangre.

Ella tenía que volver al internado antes de que cayera la noche. Denis no había reparado hasta entonces en lo pronto que se pone el sol en febrero. Le quedaba el placer de acompañarla, pero no era lo mismo, porque iba con ellos otra religiosa, sor Marthe. Se separaban en el tranvía con un «Pórtese bien en clase» y una mirada en la que él habría querido encontrar Dios sabe qué y que siempre le decepcionaba. Además, aquel tranvía, del que no podía bajar, como mínimo, hasta la siguiente parada, no era el que le llevaba a casa: cuando ella le había preguntado en qué barrio vivía, él mintió para poder acompañarla.

Ella le preguntaba:

—¿Qué quiere hacer más adelante?

—Uf, no sé. Más adelante queda lejos todavía.

—Habrá alguna cosa que le guste...

—Muchísimas.

—Por ejemplo...

Él resoplaba, se devanaba los sesos, no se le ocurría nada.

—Montones de cosas.

—¿El fútbol y las fresas con nata?

Él reía, se encogía de hombros, jugueteaba con un puñado de gravilla. Silencio. Y de repente, allá que te va, sálvese quien pueda, voz chillona, gestos desmañados, palabras atropelladas, la huida hacia delante:

—¿Sabe lo que me gusta? ¿Quiere saberlo? ¡Me gusta lo que va deprisa! ¡Brrruuum! ¡Todo lo que va deprisa! Los aviones en el cielo —decía, imitando su vuelo con la mano—, los coches —añadía, haciendo el gesto de manejar un volante—, los caballos, las motos, los..., ¡qué sé yo! ¡Todo! ¡Todo lo que va deprisa!

—Ya entiendo: quiere ser conductor de tren.

Él movía la cabeza, avergonzado.

—No, no, no quiero ser nada de nada. Me gusta la velocidad y ya está.

—¿Y qué más?

—Pues el fútbol y las fresas con nata.

Ella le preguntaba también:

—Y a las personas que le rodean, ¿las quiere?

—A todas. Las quiero a todas.

—Pues son muchas, ¿no?

—No tantas. —Denis contaba con los dedos—: Mi madre, mi padre, Pierrot, Tréville, Ramon, Jacky y usted. Siete en total. Los quiero a todos.

—¿Se lleva bien con su padre?

—Regular.

—Y él, ¿qué dice?

—¿De qué?

—De usted, de sus estudios. De usted.

La pregunta le desconcertaba:

—No dice nada. No sé.

—¿Habla con él de vez en cuando?

—¿Con quién? ¿Con mi padre? ¿Usted hablaba con sus padres?

Ahora era ella quien enmudecía. Lo miraba, asentía vagamente con la cabeza, luego negaba, y al final acababa por decir:

—Conmigo sí que habla.

—No es lo mismo.

—¿Por qué?

—Ellos nunca me han preguntado si hablo con alguien.

Sor Clotilde tenía veintiséis años, o más bien los cumpliría en abril. Había nacido en una pequeña ciudad llamada La Voulte, cerca de Orleans, que él buscó en el mapa desplegable de su libro de geografía y luego en la guía Michelin de su padre: «Loir-et-Cher, capital de cantón, 3.220 hab., iglesia s. xv, río Verte Chanson». Arrancó la página y la clavó con chinchetas bajo la tapa de

su pupitre, y cada vez que la levantaba para coger un libro, era lo primero que veía.

Ella también le dijo que una parte de su familia, cuyo apellido era Bryas, vivía en Lyon y otra en Italia, y que aquella guerra suponía para ella un desgarró. No tenía ni hermanos ni hermanas, pero sí varias primas con las que había pasado las vacaciones de su infancia en La Voulte. Denis retuvo sus nombres para poder hablar de ellas como si también las conociera de toda la vida: Lou, que era la mayor, Isabelle, Angélica, Sandra, Camille, Tina y Michaelina, la más pequeña, que había nacido ciega, tenía la edad de Denis y vivía en Nápoles.

—¿Sus padres son ricos?

Ella se echó a reír.

—¿Por qué me pregunta eso?

—Para hacerme una idea. El otro día mencionó a un ama de llaves, y habló de una gran casa y de criados.

—Yo soy pobre.

—La casa de sus padres, en La Voulte, ¿está lejos del Verte Chanson?

Ella lo miró sorprendida:

—¿Conoce La Voulte? ¿Cómo sabe el nombre del río?

—Lo he buscado en un libro.

Sor Clotilde necesitó unos segundos para recuperarse. Después movió la cabeza haciendo crujir el velo y rió.

—Sí, está bastante lejos. Pero es frecuente ir allí. Hay un viejo puente de piedra y cuando lo cruzas..., bueno..., tienes que escupir al agua..., sí, escupir, y cuando oyes el ruido..., el pluf, quiero decir..., tienes siete meses de buena suerte, o siete años...

Él descubrió que ella también podía sonrojarse y, de repente, como si la vida de alguien dependiera de ello, concentrarse en la observación de una astilla de madera del banco, de su cruz vuelta del revés sobre el pecho, de cualquier cosa antes que mirarlo.

—¿Y qué más?

—Nada más. No sé por qué he dicho eso. Yo era muy pequeña. Entré en el convento a los ocho años. Quiero decir que, una vez en el convento, ya no era lo mismo, ni siquiera en vacaciones. Cursé allí todos mis estudios.

—¿Y luego?

—¿Luego? —Ella lo miró de nuevo—. Me quedé allí.

—¿Era lo que querían sus padres?

—¿Si querían qué? —Ella leyó en sus ojos lo que sin duda estaba convencida de que iba a encontrar, aunque no exactamente, y respondió en tono firme—: Es lo que quería yo. Aunque es verdad que mis padres también lo deseaban.

Tenía unas pestañas muy largas que sombreaban sus ojos azules, unas cejas que permitían suponer a Denis que sus cabellos eran claros, nariz corta y recta y dientes blanquísimos, los dos superiores de delante ligeramente separados. Por la noche, en su habitación, cuando quería recordar su rostro, empezaba por ese detalle y su sonrisa se le aparecía de inmediato, y también su mirada atenta, y aquel gesto característico que hacía al hablar, el de enmarcar con las manos, en el vacío, algo preciso, exacto.

En el colegio, Prieffin, para pavonearse y demostrarle a Denis que estaba más al corriente que

él, le dijo que la familia de sor Clotilde daba nombre, desde hacía tres generaciones, a una gran marca de aperitivo italiano.

—Sí, ya lo sé —dijo Denis.

—¡Y yo que me lo voy a creer! —replicó Prieffin—. Tú no sabes nada de nada.

Denis se encogió de hombros, pero, mientras bajaban al patio para el recreo de las cuatro, se colocó en la escalera detrás de Mosquita Muerta y le puso la zancadilla. Mosquita Muerta cayó rodando una decena de peldaños boca abajo. Cuando se levantó, tenía la barbilla y un brazo despellejados. No se atrevió a denunciar a Denis al vigilante porque toda la pandilla de Denis se lo habría hecho pagar a la salida, pero el jueves siguiente se lo contó a sor Clotilde.

Cuando Denis la vio aquella tarde, no en el jardín, como de costumbre, sino en una especie de lavandería, apilando con sor Marthe unas sábanas que acababan de planchar, estaba, más que contrariada, que también, como asustada por el incidente. Denis, que ya lo había olvidado, no comprendía por qué le hablaba de mala gana, sin mirarlo siquiera. Sor Clotilde esperó a que se quedaran solos unos minutos para decírselo. Denis contestó que Prieffin era un hijo de la gran..., y que era una verdadera lástima que no se hubiera partido la crisma. Ella reaccionó con un ímpetu y una virulencia que él jamás habría imaginado.

—¡Cállese! ¡Vaya a lavarse la boca! ¡Márchese! ¡No se habla así de un compañero! ¡Márchese!

Con los ojos desorbitados, rojo de humillación y de rabia, Denis creyó realmente que el corazón le iba a estallar cuando ella lo agarró por un hombro y lo empujó hacia la puerta.

—¡Pero yo no quería hacerle daño!

—Entonces, explíquese.

—¡Lo hice sin pensar! ¡Quería impedirle que hablara de usted, simplemente eso!

—¡Pues no lo entiendo! ¿Por qué?

—¡Por qué! ¡Por qué! ¡Todo el mundo pregunta por qué! Quería impedirselo, solo eso. Quería..., ¡no sé lo que quería!

Se desasió de ella y se quedó a cierta distancia de la puerta. Sor Clotilde no apartaba de él los ojos, en los que se distinguía algo que parecía miedo. Él no pudo soportar aquella mirada, se volvió hacia una ventana y levantó varias veces los hombros mirando el exterior sin ver nada. Tras un largo silencio, dijo con voz trémula:

—¡Y la toma conmigo, claro! ¡Mosquita Muerta tiene razón! ¡Él es amigo suyo, yo no! ¡Sor Clotilde es de su propiedad!... ¡No puedo más! ¡No puedo más!

Se produjo otro silencio antes de que él la oyera acercarse y notara que le tocaba un brazo. Sor Clotilde se había calmado.

—Vamos, vamos, usted también es amigo mío, igual que Prieffin. En realidad, paso mucho más tiempo charlando con usted que con él, fíjese lo que le digo.

Denis se volvió y reparó en que ella sonreía. Se percató de que su comportamiento le parecía pueril y que, en cierto modo, eso la aliviaba. Le hablaba como lo haría un vigilante del colegio.

—Bueno, ya ha pasado. Debe ser menos soberbio, Denis, y más amable con sus compañeros.

Aquello lo mortificó todavía más.

—¿Es amiga mía? ¿De verdad es amiga mía? Muy bien, pues eso se puede demostrar. ¡Demuéstremelo! —dijo, tendiéndole la mano derecha.

Ella miraba su mano sin comprender, de nuevo con el semblante serio e inquieta al verlo tan

alterado.

—Deme la mano, si es amiga mía.

Ella le dio la mano, dubitativa, una mano tibia y suave que él tocó por primera vez, que estrechó muy fuerte, con una resistencia inesperada cuando percibió que, instintivamente, ella quería retirarla.

—Voy a decirle algo, algo que me resulta difícil decir, y si de verdad es amiga mía, no apartará la mano. ¿De acuerdo?

Ella lo miró, desconcertada, y movió la cabeza para decir que no, varias veces, con una especie de desasosiego. Él cerró los ojos y, ya sin verla, dijo gravemente en la oscuridad:

—Cuando me preguntó dónde vivía, le mentí para poder coger el mismo tranvía que usted. Vivo al lado de la estación. El botón que le faltaba el otro día en el abrigo, fui yo quien lo arrancó. Lo llevo siempre encima, incluso por la noche. Antes de dormirme, le hablo. Y si Prieffin sigue pinchándome, aunque solo pronuncie su nombre delante de mí, le pegaré y le pegaré hasta matarlo.

Sor Clotilde no había retirado la mano. Cuando él la miró, vio que estaba como petrificada, con el miedo pintado en los ojos y los labios temblorosos. En aquel momento, sor Marthe abrió la puerta cargada con sábanas blancas y al verlos allí a los dos, con las manos cogidas, se quedó en silencio en el umbral.

Pasó la semana siguiente creyendo que lo había estropeado todo, que no volvería a verla. El jueves, siguiendo su costumbre, montó en el tranvía que tomaban sor Clotilde y sor Marthe para regresar al internado, pero ella no lo miró ni una sola vez en todo el trayecto. A través de las ventanillas, la vio alejarse por la acera mientras se decía: «Va a volverse, tiene que volverse, si no se vuelve, no iré nunca más a mi casa, me marcharé lejos, donde sea, me da igual». Ella no se volvió. Él regresó a su casa a pie. Tardó dos horas en llegar, fantaseando con la idea de que se moría de una enfermedad fulminante y sor Clotilde se arrojaba llorando sobre su tumba, entre gritos y lamentos desgarradores.

El jueves siguiente, cuando llegó al hospital, la encontró ya en el jardín. Estaba sentada, cosiendo, en el banco preferido de Denis. Hacía un sol espléndido, flores blancas y malva habían crecido sobre la hierba; era marzo. La joven lo vio venir desde muy lejos y levantó la mano, creyendo que Denis no había reparado en su presencia. Cuando el muchacho estuvo ante ella, sin aliento porque había ido corriendo desde la parada del tranvía de Saint-François, hizo que se inclinara y lo besó fugazmente en la mejilla. No sonreía. Tenía las facciones tensas, los ojos tristes, una voz demudada, vacilante, que él no reconocía. Le dijo, mirándolo a la cara, poniendo con delicadeza una mano sobre su brazo, que le pedía perdón, que se había hecho muchos reproches durante toda la semana, porque él estaba ávido de amistad y ella se había mostrado insensible y egoísta, porque debemos dar mucho cuando se nos pide mucho y cosas así. Le dijo que toda la culpa la tenía ella. Él no se había sentido tan avergonzado en toda su vida; debió de sonrojarse hasta la raíz del pelo.

Se quedaron poco rato en el jardín. Ella había dejado de coser. No decía nada. Él le contó — aunque era mentira — que había hecho las paces con Prieffin. Tuvo la impresión de que ella iba a encogerse de hombros, pero se sobrepuso, dijo que eso estaba muy bien, y luego se levantó bruscamente.

Aquella tarde, sor Marthe no estaba. Caminaron por la avenida los dos solos. Denis le dijo

que era como el día de su segundo encuentro. Ella asintió con la cabeza. Él andaba por el borde de la acera, saltando las líneas entre baldosas unidas con cemento. Se sentía mal y al mismo tiempo nunca había estado tan bien. Antes de llegar a la parada del tranvía, ella le dijo de sopetón:

—Esta vez, usted cogerá su tranvía y yo el mío.

—¡No, no! Yo tengo tiempo, quiero acompañarla.

—Por favor —dijo sor Clotilde—. Por favor.

Lo dejó en la parada.

Él estaba de pie en la acera; ella, sentada junto a la ventanilla, sin mirarlo, en un tranvía que demoraba su partida. En el momento en que el tranvía arrancó, él golpeó el cristal con los nudillos para que no creyera que ya se había ido, pero ella sabía perfectamente que estaba allí, solo que no quería mirarlo, no quería.

Más adelante, semanas, meses después, cuando todo se normalizó, ella le contaría que, en aquel periodo, al entrar un día en una papelería para comprar material, cuando estuvo delante de la dependienta fue incapaz de acordarse de lo que quería. Tenía un gran vacío en la cabeza. Intentó recuperar el control de su mente. No pudo. Así que, para no parecer idiota, eligió una postal de la ciudad de un expositor giratorio.

Al salir de la tienda, apoyada en el carrito de la compra del internado, escribió en el reverso de la postal: «Mamá». Y debajo, con una letra que de pronto le parecía ajena: «Escríbeme, te lo ruego».

No firmó. No echó la postal al correo. Veinte pasos más allá, la rompió y la tiró al arroyo.

Se decía a sí misma: es una prueba, una de esas cosas que pasan, de las que uno oye hablar de vez en cuando, una prueba. No crees que pueda pasarte a ti, «no, a mí no», y un buen día una puerta se abre y se cierra, y te encuentras dentro.

¿Dónde lo conocí? Es un niño, madre. Me preguntó si mis padres eran ricos. Me preguntó si el río estaba cerca de nuestra casa. ¿Dónde lo conocí? En una habitación vacía, una tarde lluviosa. No me creerá, pero encontré a este niño en una habitación vacía y lo reconocí por la sonrisa. Veintiséis años después, madre. Tal como se lo digo.

Le pidió consejo a su confesor. No atinó en la elección de las palabras apropiadas. Él no la entendió. Consideró absurdos y feos sus temores, y dijo que el mal solo existe en nosotros. El mal era esa desazón que había sentido cuando Denis le cogió la mano. Le aconsejó que volviera a ver al niño, tal como estaba previsto, a fin de no trastornarlo en ningún sentido, y luego espaciar sus encuentros y rezar por él.

Volvió a ver a Denis. Se dio cuenta de que había hecho corriendo el camino para ir a su encuentro. Tenía los ojos más bonitos, más negros que nunca, y rebosaban de una felicidad desconcertante. Todo se tornó confuso, le pidió perdón, lo besó en la mejilla. Y durante el breve segundo en que sus labios tocaron su piel, supo que era verdad, que el mal estaba en ella, que no debía volver a verlo, ni ver su sonrisa, ni oír su voz, ni recordar siquiera ese beso o la suavidad de su mano.

Durante el trayecto de vuelta al internado, imaginándolo en otro tranvía, triste porque no lo había mirado cuando golpeó el cristal con los nudillos, repitió la misma plegaria una y otra vez:

Dios mío, quisiera que fueras yo, tan solo un día, tan solo una hora, quisiera que pusieses la vida en orden por mí, y no recordar nada nunca más.

Solicitó entrevistarse con la madre superiora. La superiora la conocía desde siempre. La había cuidado en los momentos de enfermedad cuando era una niña, había llorado el día que tomó el hábito al verla con los brazos en cruz sobre las baldosas de una capilla.

En el despacho de la superiora había un caballo de tiovivo, de madera, un caballo de tiovivo de verdad, con la pintura desconchada, que sostenía una lámpara y cuya presencia en aquel lugar resultaba incomprensible. Sor Clotilde, aunque a lo largo de diez años nunca lo había hecho, ese día preguntó por qué estaba allí.

—Era de mi padre —respondió la superiora—. De joven, él y sus hermanos tenían un tiovivo que montaban en las ferias.

Sor Clotilde no se atrevió a contarle nada. No se atrevió a decirle que algo le pasaba, que estaba sola y tenía miedo de no poder, de no saber defenderse. Se limitó a pedir permiso para no continuar yendo los jueves al hospital, porque quería sustituir a una de sus compañeras en la limpieza de las aulas.

Pensaba: no ha pasado nada, ya está. El jueves te tapparás los oídos, te tapparás el corazón, permanecerás en la oscuridad mientras aún haya tiempo de verlo. Él subirá y bajará las escaleras, abrirá todas las puertas, se entristecerá un poco, volverá a sus juegos. No ha pasado nada.

El segundo jueves de marzo, Denis no encontró a la religiosa en el jardín. La primavera lo invadía todo. Los brotes salpicaban las ramas de los árboles. El cielo sereno, profundo, tenía el color del mar.

Cuando hubo pasado la hora en que ella solía aparecer, Denis subió la escalera de la entrada corriendo. Había gente en el vestíbulo, pero él pasó sin fijarse en nadie. Recorrió pasillos fríos que olían a éter. Abrió las puertas una a una, y una a una las cerró, con la sensación de que se había quedado sin sangre en el cuerpo, dudando de lo que estaba viviendo, dudando de todo.

Tampoco había nadie en los pisos superiores. Abrió otras puertas y las cerró. La campana que anunciaba el final de la hora de visita empezó a sonar mientras él regresaba hacia la escalera de entrada. Bajó tres peldaños y se detuvo: sor Clotilde estaba allí, jadeando, inmóvil frente a él, mirándolo con unos ojos inmensos, como liberada.

—¿Qué susto me has dado! —dijo ella.

—¿Yo? ¡La he buscado por todas partes! ¿Por qué no estaba en el jardín? ¡Creí que ya no vendría!

Los dos hablaban en un tono que denotaba precipitación, un tono como de discusión.

—No puedo seguir viniendo —dijo sor Clotilde—, ya te lo explicaré. Me sustituye sor Geneviève.

—¿Sor Geneviève? ¿Quién es sor Geneviève? ¿Usted no vendrá más?

Permanecían inmóviles, separados uno de otro por unos peldaños, con la mano sobre la barandilla.

—Ya te lo explicaré —dijo sor Clotilde—. He sido yo quien lo he pedido.

—¿Pedir qué?

—No seguir viniendo.

—¿Usted? —dijo Denis con voz neutra, estupefacto—. ¿Por qué? No tiene sentido.

—No. No tiene sentido.

La campana había dejado de sonar. Los interrumpieron unos visitantes que se dirigían a la salida hablando de enfermedades, de cirujanos, de la vida que pasa.

—Anda, ven —dijo sor Clotilde—, no podemos quedarnos aquí.

No se movió ninguno de los dos. Denis intentaba comprender en vano.

—¿No quiere volver a verme? ¿Se ha enfadado? ¿Se aburre conmigo?

—Claro que no. No seas tonto.

—No lo entiendo.

Ella subió dos peldaños para acercarse a él, le cogió la mano que tenía apoyada en la barandilla.

—Ya me resultaría imposible dejar de verte —le dijo en voz más baja, lentamente, sin mirarlo. Y, levantando los ojos, se apresuró a añadir en un tono jovial para no darle tiempo a que reaccionara—: ¿A qué hora sales del colegio mañana?

—A las seis y media, ¿por qué?

—Ven al internado.

—¿Al de las chicas? —dijo Denis, desconcertado.

—Sí. —Ella movía la cabeza en sentido afirmativo, sonriendo—. Sí, al de las chicas. Preguntas abajo dónde está mi clase. Dame el número de teléfono de tus padres para que les informe. Y tráete los libros de latín, para que vea qué nivel tienes.

Denis, sin saber qué pensar, hurgó en sus bolsillos en busca de un papel. No tenía ninguno. Ella tampoco. Lo único que encontró donde apuntar el número fue un billete de cinco francos. Cogió el bolígrafo que ella le tendía y se sentó en un escalón para escribir.

—En casa no tenemos teléfono. Hay que llamar a casa de la vecina.

—Me las arreglaré.

Sor Clotilde estaba inclinada hacia él, mirando cómo escribía. Le puso una mano sobre la cabeza. Él se avergonzaba de sus uñas mordidas, se avergonzaba de su letra, sentía los latidos de su corazón. Le tendió el billete sin levantar los ojos y ella dijo, riendo un poco, que era el primer dinero que ganaba en su vida.

Por la noche, en la cama, tocándose los cabellos cortos, que le recordaban a los de Denis, se preguntó: ¿qué razón había para tener tanto miedo? ¿Acaso ha prohibido Dios alguna vez corresponder al afecto de un niño? ¿En qué de lo que nos hemos dicho, de lo que hemos hecho, he podido ver baja?

Dios mío, perdóname si he sembrado el desasosiego en su alma. Dios mío, perdóname si le he hecho daño sin saberlo. Concédeme quererlo ahora como si fuese mi hermano, como si fuese mi hijo. Concédeme poder besar su rostro sin temor, y mantenerme pura en mis pensamientos como lo era cuando vine a Ti. La vida habría podido darme un hermano pequeño como Denis, o un hijo como él, un hijo totalmente mío, que habría ardido del mismo amor que yo. Dios mío, quiero amarlo así, lo amo así.

Luego, en la oscuridad del dormitorio, le apareció con claridad el rostro de Denis tal como lo había visto por la tarde, su rostro alterado, después aliviado, luego abrumado de nuevo. Se durmió repitiéndose una frase: «Denis, Denis, Denis, pequeño mío, ángel mío». Siempre la misma frase

en la oscuridad, con los labios contra el lado fresco de la almohada: «Denis, Denis, Denis, pequeño mío, ángel mío».

CAPÍTULO 8

Al día siguiente, en el colegio, Denis se mostró apático, indiferente, aunque en su interior bullía de impaciencia y, de vez en cuando, lo asaltaban repentinamente unas extrañas ganas de llorar. Pierrot debía de estar enfermo, porque no había ido. Los demás seguían armando el alboroto habitual. Durante la clase de Napoleón, Ramon se volvió hacia Denis y le dio un empujón.

—¿Qué te pasa hoy? ¿No quieres saber nada de nosotros?

—No —dijo Denis.

—¿No tienes ganas de divertirme?

—No.

—¿Te estás volviendo un pelota?

—No.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—¡Vete a paseo!

Cuando la clase hubo acabado, bajó al patio con los demás e intentó seguir con interés un partido de fútbol. Pero no podía apartar de su mente la imagen de sor Clotilde. En la hora de estudio, estuvo tranquilo y concentrado en el trabajo. Aquella tarde no hubo alboroto. Hacía calor y el vigilante ordenó abrir las ventanas. Denis acabó de hacer los deberes mucho antes que los demás y después cruzó los brazos por detrás de la cabeza e intentó no pensar en nada. Desde la calle se oían llegar los innumerables ruidos del anochecer. Una campana lejana, una canción, pasos sobre la acera, un ladrido, el chirrido de unos frenos. Sonidos que acunaban palabras.

Caía la noche cuando llegó al internado con los libros bajo el brazo. El bedel lo detuvo para preguntarle qué quería. Era un hombre bajo y deforme. Parecía bobo. Denis respondió que iba a una clase de latín con sor Clotilde.

—Segundo piso a la derecha —dijo—, pero vaya antes a ver a la superiora. En la planta baja.

Denis cruzó un patio rodeado de castaños parecido al del colegio y se adentró en el primer pasillo que vio. Sus pasos retumbaban como en una iglesia. En el primer piso se encontró con una religiosa a la que había visto en el hospital. Ella le indicó cuál era la clase de sor Clotilde. Antes de llamar a la puerta, Denis miró su reflejo en una cristalera, se retocó el pelo con la palma de la mano y se frotó los dientes con el dedo índice.

Cuando entró, sor Clotilde estaba sentada tras su mesa, corrigiendo. Al fondo de la clase vacía, una alumna, una chica con gafas de más o menos la misma edad que él, estaba haciendo un ejercicio. Solo estaba encendida una lámpara. La religiosa, sin levantarse, le hizo una seña a Denis para que se acercase. Mostraba una sonrisa relajada, tranquila, como el primer día. Cuando

el muchacho estuvo delante de ella, lo miró unos segundos y dijo con una voz dulce:

—Buenas tardes, portento.

—Buenas tardes, hermana. Si quiere, puedo esperar fuera...

—No, siéntate. ¿Has visto a la madre superiora, abajo?

Se levantó para indicarle un banco de la primera fila, y él, obediente, se sentó y dejó los libros sobre el pupitre. Ella hablaba en voz baja para no molestar a la alumna, que se había concentrado de nuevo en su trabajo, al fondo de la clase.

—Le he preguntado a una monja que me he encontrado en el pasillo —dijo Denis.

—La próxima vez, ve a presentarte a la superiora. Le extrañaría que no fueses a verla.

Era ella la que estaba ahora de pie delante de él. Lo miró de nuevo unos segundos en silencio y de pronto se echó a reír. Cogió uno de los libros de Denis —el Curso de lengua latina de Debeauvais— y lo hojeó. Vio que en los márgenes había dibujado muñequitos.

—¿Ha llamado a mi casa? —preguntó Denis.

—¡Oh! —Se tapó la boca con la mano para sofocar la risa y dijo—: ¿Sabes qué? Esta mañana he ido a hacer un recado y he pagado con tu billete, donde estaba el número apuntado. ¡No sé dónde tenía la cabeza!

Al llegar al final de la frase, se sonrojó mirando a Denis a los ojos. Se puso precipitadamente a hojear de nuevo el Debeauvais. Fue la alumna de las gafas quien, al cabo de un momento, rompió el silencio:

—Hermana, ya he terminado.

—Muy bien, Françoise. Deje el ejercicio en mi mesa.

Antes de salir, Françoise cogió un abrigo azul marino que estaba colgado junto a la puerta. Al pasar por delante de Denis, le sonrió como a un compañero de presidio e hizo un gesto de complicidad con los ojos dirigiendo la mirada hacia sor Clotilde, que le daba la espalda.

Cuando se quedaron solos, la monja rodeó el banco, hojeando todavía el libro, y se sentó a su lado. Alisó una página con la palma de la mano.

—¿Intentamos traducir este texto?

Denis hizo una mueca de desagrado.

—He estado hasta ahora mismo traduciendo.

Ella cerró el libro, resignada. Con los brazos sobre el banco y mirándose las manos, le preguntó qué había hecho a lo largo del día.

—He pensado en usted.

Ella se esforzó en reír, sin mirarlo aún.

—¡No habrá sido todo el tiempo!

—Sí, todo el tiempo —dijo Denis.

Sor Clotilde lo miró por fin, una mirada que se mostró vacilante al toparse con la suya.

—Eso no está bien —dijo.

—¿Usted no piensa nunca en mí?

—Sí, pero..., claro que sí —respondió ella con lasitud.

—¿Qué piensa?

—Pienso en lo que haces, en lo que dices. No sé.

—¿Digo muchas tonterías?

Ella se encogió ligeramente de hombros, sentada junto a él, erguida, con su túnica blanca y el velo de pliegues impecables.

—No, no me lo parece. No me he fijado.

Volvió a desviar la mirada. Denis se sentía cohibido, siempre estaba incómodo cuando permanecía inmóvil. Como no se le ocurría nada que decir, se inclinó hacia ella para apoyar la frente en su hombro, pero sor Clotilde se apartó rápidamente, como si hubiera previsto ese gesto y lo temiera. Sin embargo, inmediatamente después, al mirarlo, lamentó su brusquedad. Fue ella quien atrajo hacia sí el rostro de Denis, le acarició el pelo y la mejilla con dulzura, sin decir nada. Cuando él volvió la cabeza para besarle la palma de la mano, ella no la retiró, pero Denis la oyó susurrar en tono de súplica algo que no entendió.

Sor Clotilde se apartó y se levantó. Intentaba sonreír. Para recobrar la compostura, fue hasta el interruptor que estaba junto a la puerta y encendió las otras luces del aula. Cuando se volvió hacia Denis, se miraron largo rato a plena luz, a unos pasos el uno del otro, sin que mediara palabra entre ellos.

Más adelante le contó que aquella tarde, en su dormitorio del internado, después de haber rezado y llorado mucho, cogió una regla metálica y se dio con todas sus fuerzas un golpe en la palma de la mano izquierda, precisamente la que él había besado.

Bajo los efectos del dolor, dominada por una especie de vértigo, se acercó instintivamente la mano a la boca. Entonces se dio cuenta de que estaba tocando con sus labios lo que habían tocado los labios de Denis y, antes de sobreponerse, besó su propia mano como si fuera la boca de Denis.

Cuando llegó a casa, sus padres estaban preocupados y tuvo que darles varias veces la misma explicación. Sor Clotilde le daba clases particulares.

—Ah, ¿y quién es sor Clotilde? —dijo su madre.

—Una monja del internado Sainte-Jeanne d'Arc. La conocí en el hospital.

—Bien —dijo su padre—, pero ¿cuánto cobra por las clases?

—¿Cuánto?

—Sí, ¿a cuánto cobra la hora?

—No cobra nada.

—¿Nada de nada?

—No.

—Entonces es un buen negocio —dijo su padre, y volvió a sumergirse en la lectura del periódico.

Denis fue a refugiarse en su habitación. No quería que se trasluciera la inmensa felicidad que lo invadía. Sor Clotilde era amiga suya para siempre. Podía besarla, estar a su lado. Podría verla con tanta frecuencia como deseara. Ya no tendría que esperar. Mañana sería un día interminable, eso sí. Realmente interminable.

Veamos, mañana toca Bellon. Y como todo el mundo sabe, Bellon se alarga un montón. Después de Bellon, estudio. Cosas peores se han visto. Después, almuerzo. Después, recreo. ¡Paciencia! Después, inglés. Y a continuación, mates. Eso será duro. Luego, recreo. Paciencia de nuevo. Y otra vez estudio. Dos horas y media de estudio. ¡Pero armaremos una buena escandalera! Y después, enseguida, ella.

Le diré cuánto pienso en ella. Se lo diré todo. Le diré que me gusta que esté junto a mí. Le diré...

No, no. No le diré nada. La besaré, la besaré y no le diré nada de nada.

El día siguiente. La clase de griego. Al menos eso dicen, que es una clase de griego. En realidad, no es una verdadera clase. Solo hay pupitres, la cátedra y el profesor, de pie con su vieja sotana, un puñado de demonios y un tremendo jaleo.

—¿Ya vuelves a estar con nosotros? —pregunta Ramon.

—Sí —responde Denis.

—Pareces contento.

—Sí.

—¿Ayer no lo estabas?

—Sí.

—¿Y entonces?...

—¿Y entonces qué?

Ramon se pelea con Denis en broma. Pierrot lanza pelotas de papel contra la pizarra.

—¡Rebbia y Leterrand, salgan!

Los dos, a voz en grito:

—No, padre.

—Tendréis noticias mías.

El padre Bellon manda callar a los demás. Lo intenta. Los demás no se callan. Al fondo de la sala está Jacky.

—¿Quién juega a tres en raya? —grita Jacky.

—¡Renaud, salga!

—No, padre.

Y los demás:

—¡No ha hecho nada, es injusto!

El padre Bellon, rojo como la grana, traga saliva y la bola de aire.

—Renaud, salga o salgo yo.

—Tiene mi permiso, padre —dice Renaud con magnanimidad.

Un estruendo de carcajadas y el jolgorio continúa.

—¿Estuviste ayer con ella? —le pregunta Pierrot en voz baja.

—Sí, en el internado —dice Denis.

—Parece que estés enamorado.

Denis se pone el índice en la sien:

—¿A ti te falta un tornillo?... ¡Enamorado de una monja!

—Pues lo parece.

—Es muy simpática.

—Ya. También me lo ha dicho Prieffin.

—¿Prieffin?

—Sí.

Denis se pone en pie y se dirige con decisión a la ventana junto a la que Prieffin está sentado. Prieffin contempla el caos con una sonrisita.

—¡Eh, tú!

—¿Qué?

Un par de sopapos. Prieffin se levanta y empuja tímidamente a Denis. Otro par de sopapos.

—¡Prieffin está recibiendo! —grita Ramon.

Los demás se ponen a golpear el suelo con los pies.

—¿Qué he hecho? —gimotea Prieffin.

—Absolutamente nada —dice Denis.

Un par de sopapos más. El padre Bellon agarra a Denis y lo aparta.

—¡Asesino! ¡Asesino! —gritan todos.

Denis se desase, da un salto de boxeador delante del sacerdote y recibe la orden ritual:

—¡Leterrand, salga!

Todos los demás:

—¡No, padre!

Denis regresa tranquilamente a su sitio.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunta Pierrot entre el caos y las risas.

—No es cosa tuya.

—No, pero eres un cabrito.

—Que se aparte de ella. Es mía. Además, me divierte zurrarle a Mosquita Muerta.

—¿Quién es tuya? —pregunta Cossonier, adelantándose a la réplica de Pierrot.

—Tú ocúpate de tus asuntos.

—Solo era por saber.

—Déjalo —dice Pierrot—. No es cosa tuya.

En ese momento, Gavenian aparece en la puerta:

—¡Veintidós! ¡Gargantúa!

Silencio. El padre Bellon regresa a la cátedra.

—Página veintidós —dice.

Los alumnos abren el libro por esa página y el padre Bellon sonríe satisfecho.

El día se hizo largo pese a los incidentes durante las horas de estudio. A Cossonier se le había ocurrido la idea de meter una moneda de dos francos en el interruptor de la luz. Cuando el vigilante le ordenó a Prieffin que la encendiera, se oyó un clic, pero la luz no se encendió. Prieffin se encogió de hombros y volvió a su sitio.

La noche cae poco a poco y las sombras invaden la sala de estudio. Se elevan murmullos. Pepona, subido a una mesa, comprueba las bombillas repitiendo, nervioso: «Un poco de paciencia, debe de haber sido un cortocircuito». Cuando oscurece del todo, unos encienden cerillas y otros se desplazan entre los pupitres para pellizcar a sus enemigos. Finalmente van a buscar al prefecto, que conoce el juegucito desde hace mil años y extrae la moneda del mecanismo. Imposible averiguar quién es el culpable, por supuesto. Así que castigan a todo el mundo. Tres días sin recreo. Se quedarán en la sala de estudio. Pero eso no quita que Cossonier haya tenido una buena idea.

Al salir, Denis se marchó corriendo sin esperar a Pierrot. Hacía buen tiempo, casi veraniego. Se oía el murmullo producido por un débil borboteo en el arroyo que corría junto a la acera. Mucho tiempo después, Denis recordaría ese detalle sin importancia con una precisión asombrosa. Recordaría que un anochecer se detuvo en su carrera contra el tiempo, con el corazón rebosante de impaciencia, y perdió unos segundos preciosos contemplando el borboteo en el arroyo.

CAPÍTULO 9

Denis ya no pensaba en otra cosa más que en el momento de encontrarse con sor Clotilde a la salida del colegio. La ciudad estaba inundada de sol. Inundada de sol y de chicas que llevaban vestidos ligeros. Los chicos se sentaban en las terrazas de las cafeterías para leer las noticias de deportes y charlar con los amigos. Al final de las avenidas, en el puerto, el mar extendía deslumbrantes reflejos oleosos entre los muelles.

Todo parecía amodorrado en medio de aquella cálida luminosidad. Incluso las agujas de los relojes recorrían al ralenti la pista de atletismo de sus esferas.

Pero finalmente, al término del día, llegaba el momento. Ella se sentaba al lado de Denis y, con su rostro entre las manos, le hablaba despacio. Él no pedía más. Tan solo escucharla y mirarla. Cuando le hablaba, su voz era acariciadora y tierna. Denis habría querido decirle también lo que pensaba, con toda sencillez, como ella, pero, en vista de que no lo conseguía, optaba por quedarse en silencio, aunque ese silencio ya no lo incomodaba. Apoyaba la cabeza en el hombro de la religiosa y dejaba que sus manos blancas le acariciaran la mejilla, domaran algunos mechones rebeldes de su pelo.

Cuando tenían que separarse, eso no suponía una interrupción. Nada cesaba. Ella no dejaba de pensar en él. Por la noche, los remordimientos la atormentaban hasta que conciliaba un sueño agitado, sin que la oración le proporcionara consuelo alguno. Nunca más le pasó por la mente la idea de dejar de verlo. Su primavera era demasiado intensa, demasiado ardiente, demasiado súbita, demasiado devoradora. Su primavera empezaba a ser para ella más necesaria que la vida. Rezaba, y él estaba en sus oraciones. Lo invadía todo. Lo quiero como si fuera mi hijo, se decía, lo quiero como una madre quiere a su hijo. Pero no se convencía a sí misma, no se tranquilizaba.

Y él, sin interrupción tampoco, sin deseo, o quizá simplemente sin comprender su deseo, esperaba el final de la noche y después el final del día. Pero la espera no interrumpía nada, no alteraba nada. La vida no existía en el día. No existía en la noche. La vida no era sino ese momento del anochecer, en un aula vacía, cuando dos manos le acariciaban el rostro maternalmente. No era sino esa túnica blanca, el frufú de esa túnica cuando sor Clotilde caminaba, la tibieza de un hombro, una fragancia de mujer.

Al señor y la señora Leterrand les inquietaban un poco los repentinos retrasos de su hijo, pero se alegraban de los esfuerzos que hacía para preparar los exámenes. Era imposible notar la más mínima mejora en las notas de Denis, pero el señor Leterrand decía que era una cuestión de tiempo. Así pues, Denis estaba tranquilo. Día sí y día no, iba al internado al anochecer y pasaba media hora, siempre demasiado breve, con ella.

La tía de Denis encontró a su sobrino cambiado cuando, un jueves por la tarde, fue a tomar café a casa de su hermana.

—¿En qué lo encuentras diferente? —preguntó la señora Leterrand, sorprendida.

—Para empezar, se está haciendo mayor.

—Sí, claro, eso es evidente.

—Pero, además, hay algo en el fondo de sus ojos.

—Ah.

—Quizá sea la primavera, está en la edad.

La señora Leterrand abrió los ojos como platos, escandalizada. ¡La primavera!

—Denis no ha cumplido aún catorce años, ¡no piensa en esas bobadas! Estás loca.

—Te aseguro que está cambiando. Tú no te das cuenta porque lo ves todos los días. Por poner un ejemplo, no habla como era habitual en él.

—¿Qué dices!

—¿Que sí. Habla más despacio, en un tono de voz más calmado. No sé, hay algo distinto en él. Estoy segura.

—Está creciendo, eso es todo.

La señora Leterrand se levantó y llamó a Denis, que se había refugiado en su habitación. Él acudió con los brazos colgando, laxos, a ambos lados del cuerpo y una sonrisa forzada en los labios.

—¿No quieres galletas, cariño?

—Sí.

Le hizo sentarse.

—¿Te van bien los estudios? —preguntó su tía, una mujer morena y un poco robusta.

—Más o menos —respondió Denis—. El latín no lo llevo mal.

—Y el coro, ¿qué tal?

—Bien. Cantaremos en la iglesia de Saint-Joseph el domingo por la mañana.

—Estupendo, a lo mejor voy a escucharos.

Denis se comió unas galletas y se levantó, sonriendo.

—Me voy a mi cuarto —dijo—. Tengo que acabar los deberes.

—Claro, cariño, ve a estudiar.

Denis se marchó. Su madre se quedó pensativa, como muda por efecto de la sorpresa.

—Es verdad —dijo al cabo de un momento—. No le presto suficiente atención. Realmente le ha cambiado la voz, como si alguien le hubiera dado otra. Espero que no esté incubando una enfermedad.

—A esta edad hay que estar pendientes de su salud —dijo la tía de Denis—. Es una etapa delicada.

—Sí —dijo la señora Leterrand—. Voy a darle un jarabe reconstituyente.

Y ahí acabó la cosa.

A mediados de marzo, los alemanes ocuparon el edificio del colegio donde estaban los comedores. A partir de aquel momento, a los alumnos les sirvieron las comidas en una antigua sala de estudio. Cuando las diferentes divisiones bajaban al patio, los alumnos no miraban a los

soldados de uniforme. Durante el recreo contaban historias atroces sobre las crueldades que cometían los alemanes. En esto, Cossonier se llevaba la palma. Sabía montones de historias y los demás le pedían que las contara una y otra vez. Sin embargo, en el colegio los soldados no parecían tan feroces como los de las historias. Denis los observaba por la ventana de la sala de estudio, antes de bajar al patio para el recreo. Hablaban en pequeños grupos en el umbral del edificio ocupado. Vestían camisas de manga corta, pero llevaban unas botas muy pesadas que debían de darles muchísimo calor. Una bandera con la cruz gamada ondeaba encima de la puerta de entrada.

—*Boches* de mierda —murmuraba Denis.

No tenía nada en contra de aquellos soldados alemanes en particular. El hecho de que se hubieran instalado en el colegio constituía una diversión para los alumnos. Eso había que agradecerse. Iban a lo suyo y no molestaban a nadie. Pero Denis recordaba lo que decía su padre cuando estaban sentados a la mesa, después de escuchar Radio Londres. Seguro que los americanos y los rusos liberarían muy pronto Francia. Con la ayuda de los ingleses. Los *boches* no seguirían mucho más tiempo en nuestras calles, en nuestros bares, con nuestras chicas. Los *boches* se irían y Francia sería libre, como en los buenos tiempos. Habría paz. Ah, muy bien. Pero ¿qué significaría eso? A Denis le parecía que siempre había vivido en estado de guerra. Y esa guerra no tenía nada de desagradable, aparte de que mamá hablaba continuamente del precio de las cosas en el mercado negro. En cualquier caso, al infierno la guerra, se decía Denis, después de todo es un asunto de los mayores. Que se las apañen ellos. Y bajaba con sus compañeros, en fila, evitando mirar a los soldados como hacían los demás.

A finales de mes, las caras de los alemanes cambiaron. Un nuevo grupo había relevado al que ocupaba hasta entonces el edificio.

—¿Alguien sabe adónde han ido los otros? —preguntó Pierrot.

—Ni idea —dijo Denis—. A otro sitio.

—Han ido a Rusia a que los maten —dijo Ramon—. Y no quedarán decepcionados. Han ido simplemente a que los maten.

Denis percibía que algo no encajaba. Sor Clotilde pensaba que, si la guerra se reducía a matar, sin duda era lamentable que se hubieran ido, aunque fueran *boches*, mientras que él no podía de ninguna manera estar de acuerdo con eso. Que acabaran matándolos no era realmente lamentable; al contrario, mejor que mejor. Su padre siempre lo había dicho.

Y como se sentía incómodo con aquello, intentó pensar en otra cosa.

Sor Clotilde no tenía alumnas muy alborotadoras. Eran chicas de entre quince y diecisiete años.

Ella daba sus clases y después ayudaba a sus compañeras en las pequeñas tareas del internado. Su mente se alejaba continuamente de lo que estaba haciendo para desplazarse hacia el muchacho. Cuanto más intentaba apartarlo de sus pensamientos, más volvía, acompañado de una angustia que poco a poco iba en aumento.

Por la tarde, hacia las siete, subía a su aula y esperaba a Denis. Ahora Denis podía verla sin tener que pedir permiso a nadie. Sor Clotilde había telefonado a los Leterrand y la madre superiora también estaba informada. Esta última había manifestado cierta reticencia, porque, si bien varias monjas daban clase a estudiantes que no estaban en el internado, Denis era el único chico, pero ahí había quedado la cosa.

Sor Clotilde oía acercarse sus pasos por el pasillo. Siempre abría la puerta antes de que él

llamara. Lo recibía con unas ganas locas de abrazarlo y cubrirlo de besos. Denis tenía una sonrisa de una espontaneidad que la dejaba desarmada, y hablaba poniendo un ligero énfasis en las palabras, con aire serio y decidido. A ella le daba la impresión de que no terminaba nunca las frases. Entreabría los labios húmedos y callaba, buscando la continuación, con sus ojos soñadores y serenos, en el vacío de la clase.

El miedo se desvanecía, se perdía en la mirada de Denis, y una especie de sopor los invadía a ambos, sentados uno junto a otro, sin atreverse a hacer el menor movimiento. Y aquel deseo aumentaba de día en día. El deseo de rodearlo con sus brazos, de saberlo suyo, totalmente suyo.

No obstante, seguía comulgando. No se sentía culpable. Solo era culpable de haberlo conocido, a él y no a otro. Si lo hubiera conocido antes, si hubieran tenido la misma edad, habría habido alguna posibilidad de oponerse a la voluntad de una gran familia de que una de sus hijas se hiciera monja. ¿Se habría puesto el cielo contra ellos?

Sacudía la cabeza para apartar aquellos pensamientos absurdos y reavivar unos remordimientos que ya no sentía. Su mente ya se dedicaba a buscar el modo de verlo más a menudo. Se sorprendía ideando posibles soluciones. Los parques, las calles de la zona de la playa o el piso desocupado de Madeleine, una vieja amiga. Conseguiría darle a Madeleine una razón convincente y ella aceptaría. En cualquier caso, era preciso que Denis dejara de ir con tanta frecuencia al internado. Debía de llevar pintado en el rostro el miedo a ser descubierta. Todas sus compañeras debían de haberse dado cuenta de las fantasías a las que se abandonaba. Era preciso tomar medidas.

En todas estas elucubraciones, los remordimientos no tenían ningún papel. Pero se complacía en su zozobra y se reprochaba complacerse en ella, rebosante el ánimo de desasosiego, y de felicidad el corazón.

CAPÍTULO 10

Fue en esa época cuando llegó el nuevo. Entró en clase y todos los alumnos volvieron la cabeza a la vez para mirarlo. Lo acompañaba el prefecto.

—Este es el joven Arthur Debaucourt —le dijo este al padre Bellon desde la puerta, antes de cerrarla y marcharse.

El nuevo se acercó a la cátedra.

—Deletree su apellido —dijo el padre Bellon, cogiendo su libreta de notas.

El nuevo deletreó su apellido y el sacerdote lo escribió en su cuaderno. A continuación, le dijo a Ramon que cambiara de pupitre y al nuevo que fuera a sentarse al lado de Denis, en el sitio de Ramon.

—Solo faltaría eso —dijo Ramon.

—Vamos —dijo el sacerdote—. Haga lo que se le dice.

—Ni hablar —replicó Ramon.

El nuevo avanzó hacia él. Era alto y bien proporcionado. Sus cabellos negros le cubrían la frente. Tenía una sonrisa irónica y persistente.

—Lárgate —le dijo a Ramon—, déjame el sitio.

—¿A ti no te han atizado nunca? —dijo Denis.

El nuevo se volvió hacia Denis.

—No —dijo.

—Entonces, prepárate, porque no vas a tardar en saber lo que es eso.

Ramon permanecía sentado, tamborileando en la mesa con aire desafiante.

—Venga, Ramon —dijo Denis—. Déjale tu sitio a este idiota.

El padre Bellon, paciente, miraba fijamente sus libros.

—Cuando hayan terminado —dijo sin levantar los ojos—, quizá podamos continuar.

Ramon cogió sus cuadernos y se fue hacia el fondo del aula. El nuevo se sentó al lado de Denis y apoyó los brazos en el pupitre mientras el padre Bellon reanudaba la clase.

A las cuatro, lo esperaron. Sabían que no iba a evitarlos. Lo veían ir de un grupo a otro, fingiendo que examinaba el patio. Llevaba unos pantalones largos y bien planchados. La raya caía recta e impecable sobre sus zapatos.

—Está fortachón —dijo Cossonier.

—No te metas —dijo Denis—. Esto es cosa mía.

Pierrot se acercó a Denis frotándose la nariz. El nuevo avanzaba imperceptiblemente hacia ellos.

—Se lo toma con calma —dijo Ramon.

—Empieza a andar con el pie derecho —dijo Pierrot—. Es zurdo.

Eran seis los que lo esperaban, los que lo miraban avanzar sonriendo. Denis se volvió hacia Pierrot y este hizo una mueca.

—Lo tienes mal —dijo.

—No te preocupes —dijo Rezaix, que lo había oído—. Denis va a partirle la cara.

El nuevo llegó hasta donde estaban ellos.

—¿Qué tal? —preguntó Ramon.

—Bien —respondió el nuevo.

—¿Por qué me has quitado el sitio esta mañana?

—He hecho lo que me han dicho.

—Déjalo —le dijo Pierrot a Ramon, y se plantó delante del nuevo—. Debaucourt no es un apellido como Dios manda. Es de niña.

—Ah, ¿sí? ¿Y Leterrand? —replicó este último sin arredrarse.

Denis apartó a Pierrot.

—¿Qué pasa con Leterrand? —dijo—. Leterrand soy yo.

—Ya lo sé —dijo el nuevo, que seguía sin amilanarse.

—Así que no te han atizado nunca, ¿eh?

—No —dijo Debaucourt mirando a Denis de abajo arriba. Denis era más alto que él, pero mucho menos robusto—. No —repitió—, y no vas a ser tú quien me atice.

—Me gustaría intentarlo —dijo Denis.

—No quiero pelearme.

—Tonterías. —Denis le dio un fuerte empujón en el pecho y el nuevo retrocedió sin perder la sonrisa—. ¿Qué dices ahora?

No recibió respuesta. Debaucourt dio un salto con una rapidez pasmosa y le propinó a Denis un puñetazo en cada ojo. Este retrocedió, tambaleándose, y acabó en los brazos de Pierrot. Enseguida se recuperó y se abalanzó hacia el nuevo, que ya había dado media vuelta y corría en dirección a los lavabos.

—¡El muy cabrito! —gritó Ramon—. ¡Cogedlo!

Echaron a correr, y, como era de suponer, Jacky fue el primero en alcanzarlo. Jacky corría increíblemente deprisa. Agarró al nuevo por el cuello y lo retuvo hasta que llegaron los demás y le ayudaron a inmovilizarlo. Denis fue hasta allí a paso lento. Tenía los dos ojos hinchados y enrojecidos. Se le nublaba la vista y Pierrot intentó ayudarlo, pero él se apartó bruscamente. Acudían alumnos desde todos los rincones del patio para presenciar la pelea.

—Soltadlo —dijo Denis—. Es cosa mía.

No podía contener la rabia.

—Mantén la calma —le dijo Pierrot—. Si quieres hacer las cosas bien, mantén la calma.

Los otros soltaron a Debaucourt y lo rodearon para que no pudiese escapar.

—Vas a pagar caro esto —dijo Denis.

Debaucourt levantó los puños para defenderse, pero treinta segundos después ya había renunciado a hacerlo. Denis continuaba pegándole y los demás lo detuvieron cuando el vigilante llegó corriendo.

—¡Se quedará castigado cuatro horas! —le dijo a Denis—. ¡Vaya al despacho del prefecto inmediatamente!

El nuevo estaba apoyado en un árbol, llorando y sangrando por la nariz. Denis se encogió de hombros, recibió algunos apretones de mano y echó a andar hacia las instalaciones escolares. En el patio de entrada, un soldado lo miró con curiosidad.

—Has quedado mal parado —dijo en francés.

—Si viera en qué estado ha quedado el otro... —replicó Denis.

El soldado se puso a reír y llamó a unos compañeros que estaban ocupados con el motor de un coche. Los otros también rieron y Denis prosiguió su camino con la cabeza bien alta.

Al salir, Denis no se marchó corriendo como las otras tardes. Esperó a Pierrot. Fueron hasta el cruce de Saint-François sin decir una sola palabra, dando puntapiés, por turnos, a una caja de cerillas vacía. En la parada no había mucha gente esperando el tranvía. Los dos muchachos se sentaron en las cadenas que colgaban entre los bolardos.

—¿Te han caído cuatro horas? —preguntó Pierrot.

—Sí, cuatro horas mañana. El jueves ya tenía el castigo que me puso Renoux.

—Cuatro horas un domingo es una faena.

—Si solo fuera eso...

—¿Qué más hay?

—¿Me has visto los ojos?

—¿Qué pasa?

—Me fastidia tenerlos así.

—No te preocupes, dentro de cuatro o cinco días ya no tendrás nada.

—De todas formas, me fastidia —dijo Denis.

El tranvía estaba a punto de arrancar. Subió a la plataforma posterior.

—Adiós —dijo Pierrot—. Hasta el lunes.

—Adiós —dijo Denis—. Le he dado una buena paliza, eso es lo que cuenta.

—Desde luego, lo has vapuleado a base de bien.

—Pelea como un canalla. No me gustan los tipos como él.

—Parece que se ha calmado.

—Ya veremos —dijo Denis—, pero los tipos como él no me gustan nada.

El tranvía se puso en marcha. Pierrot se alejó saludándolo con la mano. Denis respondió al saludo, pero en realidad no hacía más que pensar en sor Clotilde. Se sentó en un asiento aislado, junto a la ventanilla, y durante todo el trayecto reflexionó. No podía ir al internado. No podía presentarse con ese aspecto. Pero tenía que verla, tenía que verla sin falta.

Lo mejor era no decirle que se había peleado. Si lo hacía, se burlaría de él, como si fuera un niño. Se pasó un dedo por los ojos, hinchados y tirantes. Se puso a pensar qué podía contarle. Al llegar al centro de la ciudad se le ocurrió. Le diría simplemente que había bajado del tranvía en marcha y, con el ímpetu del salto, había chocado contra el poste de la parada. Sonaría un poco ridículo y reirían juntos. Era una buena historia.

Miró las luces de la ciudad a través de la ventanilla, esperando con impaciencia a que el tranvía llegara al paseo donde estaba el internado. Se levantó un poco antes de llegar a la parada,

se puso los libros bajo el brazo y salió a la plataforma. El vehículo circulaba deprisa. Denis pensó que era más tarde de lo habitual. Antes de que el tranvía se detuviera, saltó a la acera.

El poste estaba duro. Notó el impacto como una presencia bochornosa, con la sensación de algo enormemente absurdo. La acera también estaba dura cuando su espalda se estrelló contra ella. Tuvo que hacer un esfuerzo para levantarse. Una anciana lo ayudó y se marchó sin decir una palabra.

Le sangraba la nariz y notaba una sensación en la cara como si la tuviera aplastada y despellejada. Recogió los libros, que habían quedado esparcidos por el suelo. Se dirigió, todavía aturdido, a una tienda de plumas estilográficas para mirarse en el cristal del escaparate. Estaba exactamente como se sentía: ensangrentado, grotesco, con la cara abotargada y sucia.

Dios ha querido castigarme, se dijo. No debía haber planeado contar una mentira. Dios no es nada comprensivo.

Se sintió diminuto y abatido.

No puedo ir a verla, se dijo, no puedo ir a verla así.

Y, casi al borde de las lágrimas, dio media vuelta para volver a casa, donde sus padres lo esperaban.

CAPÍTULO 11

Al día siguiente, Denis fue al colegio para cumplir el castigo. Los colores de la tarde, lluviosa y tristona, sintonizaban con los de su estado de ánimo. Unas gotas de lluvia acribillaban de forma intermitente las primeras hojas de los árboles. Denis contempló un instante los árboles del patio y escuchó el ruido seco que hacían las gotas al caer sobre las hojas antes de entrar en el despacho del prefecto.

—Aquí está nuestro matón —dijo el sacerdote.

Cogió una llave de un panel y, sin añadir una palabra, empezó a subir la escalera seguido de Denis. Subieron juntos al segundo piso. Mientras recorrían el pasillo, Denis echó un vistazo al interior de las aulas. Había cristales en las puertas y podían verse los bancos vacíos. Las cátedras también estaban vacías. Era un colegio muy distinto del de los demás días. Como no veía a ningún alumno en las aulas, Denis pensó que era el único que estaba castigado aquel domingo. Sin embargo, pese a que la norma era no castigar demasiado pronto a los nuevos, Debaucourt también tendría que haber estado allí. Pierrot se lo había dicho en la hora de estudio, alargando el brazo hacia atrás para señalar a Debaucourt, que estaba al fondo de la sala:

—Está castigado mañana.

—¿Tú crees?

—He visto la notificación.

—¿Y por qué no el jueves?

—Ni idea. A lo mejor él ha preferido que sea mañana, o tal vez haya sido por otro motivo. En cualquier caso, es mañana.

Tras este intercambio de frases, Pierrot había inclinado su cabeza rubia sobre el cuaderno.

Si Pierrot había dicho que Debaucourt estaba castigado, tenía que estarlo. Puede que estuviera en el tercer piso. Los domingos te dejan solo en un aula vacía y te ponen a hacer una traducción. De este modo no hay ninguna necesidad de que alguien te vigile. Te quedas con los pupitres y la cátedra por toda compañía. No hay ninguna necesidad de que alguien te vigile.

Denis no vio a Debaucourt a través de los cristales. El prefecto le hizo entrar en un aula silenciosa, al final del pasillo, y abrió un libro de latín para indicarle el texto que debía traducir. El prefecto tenía poco pelo. Mientras estaba inclinado sobre el pupitre, pasando las páginas una a una, Denis le veía la piel enrojecida de la cabeza entre los cabellos.

—Traduzca este —dijo al cabo de un momento.

—Sí, padre.

El prefecto se incorporó.

—Y trate de esforzarse. Si no, volverá el domingo que viene.

—De acuerdo —dijo Denis.

—¿En qué está de acuerdo?

—En que me esforzaré, padre.

El prefecto masculló unas palabras incomprensibles y salió dignamente. Cerró la puerta del aula y Denis permaneció a la escucha para saber si hacía girar la llave en la cerradura. No lo hizo. Denis respiró aliviado, se desprecizó y fue hacia la pizarra. Solo había un trocito de tiza. Lo cogió y dibujó la cara de un hombre en el encerado negro. Pretendía ser la del prefecto, pero no se le parecía, así que Denis escribió «Gargantúa» en mayúsculas debajo del dibujo. Había gastado prácticamente toda la tiza y tiró lo que quedaba a la papelera. Miró de nuevo su dibujo.

—No es nada del otro mundo —dijo una voz a su espalda.

Denis no se volvió. No era la voz del prefecto. Era la voz de un alumno. Quizá la de Debaucourt. El alumno estaba en la puerta y Denis no lo había oído entrar.

—No haces ruido al andar —constató Denis sin dejar de mirar la pizarra.

—Es una costumbre que tengo —dijo Debaucourt.

Denis se volvió. Debaucourt estaba apoyado en un banco, con las piernas cruzadas y las manos en los bolsillos del pantalón. Tenía el pelo muy negro y lo llevaba engominado sobre la frente. Se le veían en la cara las marcas de los golpes del día anterior.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Denis.

—Lo mismo que tú.

—¿Estás castigado?

—Sí.

—¿Por la pelea de ayer?

Debaucourt no contestó. Se acercaron el uno al otro.

—Bueno, amigo —dijo Denis—, ya no podrás decir que nunca te han atizado.

Debaucourt lo admitió de buen grado.

—¿Fui yo quien te hizo eso? —preguntó, atónito.

—No —respondió Denis—. Solo lo de los ojos.

—Sí, yo siempre pego en los ojos.

Su sonrisa, extrañamente dura, persistía. Debía de costarle sonreír con la cara tan hinchada, pero, incluso así, lo hacía.

—Entonces, ¿qué? —le dijo Denis—. ¿Hacemos las paces?

—Claro. Ahora podemos ser amigos. Después de una pelea es normal hacerse amigos.

—Es verdad.

Y se estrecharon la mano.

—A mí me han llevado al tercer piso —dijo después Debaucourt—. Estaba en el rellano cuando subiste tú con el cura. He esperado a que bajara para venir a verte.

—Ha sido una buena idea —dijo Denis.

Se sentaron juntos en un pupitre. Debaucourt sacó unas monedas de uno de sus bolsillos y empezó a lanzarlas al aire para recogerlas con la mano.

—No me has dicho quién te ha puesto la cara así.

—A ver si lo adivinas —dijo Denis.

—Un teutón.

—Mucho peor.

—Un cura.

—Peor aún.

—¿Peor que un cura? No se me ocurre.

Denis le cogió las monedas y se puso a jugar con ellas. Las monedas producían un tintineo seco y metálico al caer en su mano.

—Venga, ¿quién te ha atizado?

—Un poste —dijo Denis.

—¿Un poste?

—Sí, el poste de una farola.

—¿Me tomas el pelo?

—No, en absoluto —dijo Denis—. Me di de morros contra él.

—¿Cómo fue?

—Pues nada, estiré el cuello así y acabé dándome de morros contra él.

—¿Ibas muy deprisa?

—A sesenta por hora —dijo Denis.

Se echaron a reír y Denis le contó su aventura del día anterior. A Debaucourt le pareció muy divertido y contó varias historias del mismo tipo.

—¿Te han puesto una traducción para hacer durante el castigo? —preguntó después, mientras Denis le devolvía las monedas.

—Sí —dijo Denis—, menudo rollo.

—¿Y hay que hacerla?

—¡Claro! Si no, el domingo que viene volvemos a estar aquí.

—Maldito cura —dijo Debaucourt en un tono entre iracundo y satisfecho, y se dispuso a guardar las monedas en el bolsillo.

—Parece que no te gustan mucho los jesuitas —observó Denis.

—No me gustan los curas, sean jesuitas o sean cualquier otra cosa.

—¿Por qué? ¿No eres católico?

—Sí —dijo Debaucourt—. En fin, por decirlo de algún modo.

—¿Y no te gustan los sacerdotes?

—No. No soporto a los reprimidos.

—¿Los reprimidos?

—Sí, esos que en la cama piensan sin parar en miles de cosas y no se atreven a hacerse una paja. Esos son los reprimidos.

—No entiendo nada —dijo Denis.

Intuía más o menos lo que quería decir Debaucourt, pero no tenía una idea del todo clara. Desvió la mirada hacia una ventana. Veía un rincón de patio y un poco de cielo gris sobre él.

—¿Qué es lo que no entiendes? —preguntó Debaucourt, sorprendido.

—Nada. ¿Qué es «hacerse una paja»?

La carcajada de Debaucourt le hizo avergonzarse. Debaucourt se burlaba de él abiertamente.

—¿No sabes lo que quiere decir?

—Bueno, no del todo.

Debaucourt continuó riéndose.

—¡Mira que eres raro! —dijo.

—No se puede saber todo.

—¡Ya, pero eso!... Pues bueno, es... es... hacer el amor uno solo. No irás a decirme que no lo haces nunca.

Denis guardó silencio. Le habría dado vergüenza decirle a Debaucourt que temía pecar.

—¿Te molesta que te hable de esto?

No se atrevió a hacer el ridículo otra vez. El día anterior había conseguido impresionar a Debaucourt con la pelea. No quería que ahora ganase terreno. Era consciente de que en esa materia Debaucourt siempre llevaría ventaja y adoptó una expresión tranquila para responder.

—Lo que ocurre es que no me interesa —dijo—, eso es todo.

—Bueno, di más bien que tienes miedo. Sí, eso es, tienes miedo.

—En absoluto —aseguró Denis.

—Estoy seguro de que te confiesas un día sí y otro también, ¿a que no me equivoco?

—¿Y qué, si así fuera? —replicó Denis.

Pensó que Debaucourt se burlaría de él si le contaba que no se atrevía ni a mirar los carteles de cine para evitar los malos pensamientos relacionados con las chicas. En algunos carteles aparecían mujeres que enseñaban las piernas, y en esos casos Denis desviaba la mirada procurando pensar en otra cosa.

—Eso demuestra que tú también eres un reprimido —continuó Debaucourt—. Reprimido y virgen.

Denis se esforzó en vano en desentrañar el significado de aquella palabra, pero Debaucourt se encargó inmediatamente de aclarárselo.

—A ver, ¿has estado alguna vez con una chica?

—¡Vaya pregunta! —dijo Denis—. ¡No serás tú quien me enseñe algo de eso, puedes estar seguro!

Se encogió de hombros marcando mucho el gesto y sonrió irónicamente. Debaucourt pareció sorprendido.

—Pareces tan cándido. De hecho, no sabe uno qué pensar —dijo.

—Me divierte hacerme el tonto.

Debaucourt sonrió también.

—Lo sabía. Un tipo como tú, no podía ser... Adelante, cuenta.

—¿Que cuente qué? —dijo Denis en un tono estudiado.

—Pues... tus..., ya sabes, tus amores. Seguro que tienes una amante.

—Déjalo ya, anda —dijo Denis.

—¡Venga, hombre! Somos amigos, ¿no?

—Sí —dijo Denis—, pero esas cosas no se cuentan.

Debaucourt se acercó.

—¿No confías en mí? —dijo.

—Sí, claro que confío. Pero no tengo ganas de hablar de eso.

—Como quieras. Pero, si yo me encontrara en el mismo caso que tú, no me haría de rogar.

—¿No te encuentras en el mismo caso que yo?

—Por el momento, no.

Debaucourt volvió a sentarse y, poniendo las manos sobre el borde del pupitre, miró fijamente a Denis.

—Por el momento, no —repitió.

Había confesado su posición de inferioridad. Denis sonrió ampliamente y una oleada de satisfacción hizo que se sonrojara.

—Es cuestión de tiempo, ya verás. Antes o después, todos nos encontramos en esa situación.

—Por el momento, no —dijo Debaucourt por tercera vez.

Denis tomó conciencia de su fuerza y del prestigio que debía de estar adquiriendo a los ojos de aquel chico moreno y bien proporcionado. Le dio una palmada amistosa en el hombro.

—¿Hace mucho que la conoces? —preguntó Debaucourt.

—No demasiado —respondió Denis un poco precipitadamente, sin saber muy bien lo que decía.

—Seguro que ayer por la tarde ibas a una cita con ella. ¿A que sí? Cuando te diste de lleno con un poste. Me has dicho que tenías prisa. ¿Era porque ibas a verla?

—Sí —dijo Denis—, era por eso.

—¿Es guapa?

—Muy guapa —dijo Denis—. Tiene unos ojos impresionantes.

—Ah, los ojos...

Debaucourt le dirigió una sonrisita de complicidad y Denis se la devolvió. Denis se sentía arrastrado por un éxito creciente.

—El resto también es impresionante —dijo.

—¿Es cachonda?

—¿Qué?

—Deja de hacerte el idiota. ¿Le gusta hacerlo?

—Claro que le gusta hacerlo.

—¡Debes de pasártelo en grande!

Denis fue hacia la ventana. La lluvia había empezado a azotar súbitamente el cristal. El prefecto corría por el patio hacia los edificios. Un soldado alemán, sentado delante de la puerta del antiguo comedor, lo miraba correr fumando un cigarrillo.

—Estoy disgustado —dijo Denis.

—¿Por qué?

Debaucourt se acercó a él, ante la ventana.

—Ayer no fui a verla porque tenía un aspecto lamentable. Quién sabe qué pensará. A lo mejor se olvida de todo.

—Te querrá más, no te preocupes. A las mujeres les gustan los tipos que les dan plantones. ¿Es una chica o una mujer?

—Una mujer —dijo Denis, con la mirada perdida en la lluvia.

—¿Joven?

—Bastante.

—Pero ¿no demasiado?

—No.

—Perfecto —dijo Debaucourt—. Las mujeres un poco maduras son las mejores. ¿Cómo se llama?

—Clotilde —dijo Denis. Y, sin poder contenerse más, añadió—: Si te digo una cosa, ¿no la contarás?

—Te lo prometo. ¿Qué?

—¿No se lo contarás a nadie?

—Yo no soy de los que van por ahí contando las confidencias de los amigos.

—Está bien. Es una monja.

La expresión de Debaucourt fue más de curiosidad que de sorpresa.

—¿La sor Clotilde de la que habla Prieffin?

—¿Conoces a Prieffin?

—Lo vi ayer. Habló de sor Clotilde. ¿Es ella?

—Sí, es ella —dijo Denis.

—¿Es tu amante?

—Claro —dijo Denis—. ¿Qué quieres que sea?

La lluvia, que golpeaba el cristal, arreció y luego amainó bruscamente. Una gran calma invadió a Denis. Una gran calma y un frío intenso. Se sentía como después de haber roto algo, pero no sabía qué. No había podido resistirse a la tentación de impresionar al nuevo, y ahora se sentía mal.

—¡Menuda suerte tienes! —dijo Debaucourt.

El cristal estaba mojado. A través de las gotas que se deslizaban por la ventana, el patio se veía borroso. Los árboles eran siluetas imprecisas y tristes bajo el cielo. En el umbral del antiguo comedor, el soldado continuaba fumando. La lluvia había cesado de golpe.

—Ya no llueve —dijo Denis.

CAPÍTULO 12

Sor Clotilde esperó a Denis en vano el sábado y el domingo. Estuvo en su aula, sentada junto a la puerta, con un libro cerrado en las manos. Aguardó pacientemente hasta las ocho y se levantó para dejar el libro en su sitio. Antes de bajar para reunirse con sus compañeras, apagó la luz y se quedó un rato sentada en la oscuridad.

Denis era todavía un niño. Seguramente había vuelto a sus juegos. En su vida, la amistad desnaturalizada de una pánfila como ella no debía de contar demasiado. Era preferible así. Se había encariñado tanto con él en tan poco tiempo que era mejor para los dos. Si hubiera seguido viniendo todas las tardes como estaba haciendo, ni su fe ni su razón habrían sido lo bastante fuertes para impedir que lo amara cada vez más. Sor Clotilde pensaba eso y se sentía como vacía. Ahora que Denis se había ido, no le quedaba nada ni nadie. Volvía a ser la verdadera sor Clotilde, una comparsa, una marioneta.

Pensó en todas las demás monjas del internado. Algunas también debían de sentirse vacías. Algunas también debían de sentirse muertas. Otras quizá tenían su vida. Hace falta muy poco para construir una vida. Por ejemplo, sor Marie-Madeleine, que era madrina de guerra de un huérfano, prisionero en Alemania. O la superiora, que rezaba continuamente. O sor Marthe, que tenía un hermano. E incluso ella misma, que tenía a Denis.

Denis es quien me hace vivir. Mi madre no me dio la vida. Me trajo al mundo y yo me quedé formando parte del decorado junto a montones y montones de personas más, mirando el escenario sin comprender nada. Después tuve que elegir. Pero no fui yo quien eligió. Fue mi propia inexistencia la que eligió por mí. Yo no había nacido aún. Es ahora, a mis veintiséis años, cuando de pronto me doy cuenta de que estoy echando a andar, de que veo la luz al final del túnel.

Ha sucedido algo. Denis está aquí. Lo quiero. Lo quiero. Ya no sé cómo, ni por qué, ni cuánto lo quiero. Pero lo quiero. Existo. Me siento bien. Me siento mal. Me considero buena o me considero mala, pero existo. ¿Sabía lo que eran los remordimientos antes de conocer a Denis? Quiero mis remordimientos, son algo bueno, como mi amor.

No. Dios mío, perdóname, no sé qué me pasa. Dios mío, haz que vuelva. No, no. Dios mío, perdóname una vez más, estoy cansada, muy cansada.

Pero ¿por qué no viene? ¿Por qué me deja así? ¿Acaso la superiora le ha prohibido que venga tan a menudo? No, no puede ser eso. Encontraré una solución para verlo fuera del internado. Pero ¿por qué no viene? Denis, por favor, te lo ruego, ven.

No. Dios mío, estoy loca.

Quiero que venga. ¿Vendrá esta tarde? ¿Mañana? ¿Volverá a venir algún día? ¿Qué le impide venir? ¿Sus padres? ¿Está enfermo? ¿Una chica? No, no es posible. Él no piensa en chicas.

Todavía no. ¡Oh, no quiero que piense en ellas nunca!

Dios mío, no me castigues así. No de esta forma. Es mío.

Piensa en otra cosa. Piensa en mamá. Piensa en el internado. Seguro que Henriette está castigada. Nunca se sabe la lección. Nunca sabe nada. Henriette... Dios mío, ¿por qué no viene?

Se levantó, se arregló el velo en la oscuridad. Abajo encontró a la superiora trabajando con dos hermanas. Con el corazón en un puño, intervino en su conversación mientras oía cómo avanzaba el tiempo en el viejo reloj de la entrada.

Se esforzó en reír durante la cena, apartó de su mente el rostro de Denis en la capilla, entre sus compañeras. Pero el rostro regresó, sus ojos pensativos y negros, sus labios húmedos, los hoyuelos que se le formaban en las mejillas cuando sonreía.

Se durmió muy tarde, después de haber rezado sin pensar en las palabras que susurraba sobre la almohada, llorando sola en la oscuridad, con las manos contraídas sobre la sábana.

Despertó de un sueño sin sueños y vio las primeras luces del alba a través de los cristales de la ventana, inquieta, decidida a no verlo nunca más, dispuesta a suplicarle que volviera.

Denis no fue al internado en toda la semana. Ya fuera por causa de las marcas todavía visibles en su rostro o de sus conversaciones con Debaucourt, no se atrevía a ver a sor Clotilde. Por la tarde, en cuanto salía del colegio, regresaba a su casa. El mal tiempo del domingo había durado poco. El sol resplandecía y sobre la ciudad se extendía un esplendoroso cielo de primavera.

Denis y Debaucourt eran inseparables. Estaban siempre juntos salvo durante las horas de estudio, pues el muchacho moreno tenía asignado un sitio al fondo de la sala. Denis había abandonado a Pierrot en los recreos, pero este, aunque estaba un poco dolido, no decía nada y continuaba tomando apuntes en clase y anotando los deberes para su amigo.

Debaucourt no les caía muy bien a sus compañeros. Cuando se sumaba al alboroto durante las horas de estudio, nunca lo hacía sin titubear, y eso no les gustaba. En cuanto a Denis, le turbaban las conversaciones que mantenía con él. Le parecían malsanas y pecaminosas, pero, aun así, la sensación que le producían le resultaba muy agradable. Denis nunca había hablado de esas cosas con nadie. A Debaucourt le sorprendió mucho que ni siquiera hubiese leído nada sobre el tema. Un día, mientras estaban en el recreo y los demás jugaban a la pelota, le preguntó:

—¿No has leído *Preludio carnal*?

—No. ¿De quién es?

—No me acuerdo. Pero es un libro divertido.

—No lo conozco.

—Lástima. Deberías leerlo.

—No conozco muchos libros. No leo nunca. Mis padres solo quieren que lea a Finn y a Erckmann-Chatrian.

—¿Nada más?

—Nada más. Eso y poesías.

—Lamartine, supongo.

—Sí.

—¡Pobrecillo! Te compadezco.

Denis fingió interés por el montón de piedras en el que había rebotado el balón. Encajó con entereza el «pobrecillo» y se encogió de hombros.

—No me gusta leer —dijo.

—A mí tampoco. Pero *Preludio carnal* es divertido.

Denis pensó que, si leía algo, no sería especialmente eso. Había otros libros más importantes. Hablando con sor Clotilde se había dado cuenta de que no conocía casi ninguno. A fin de poner remedio a su ignorancia, le había pedido consejo al padre Prédel, su confesor, quien había zanjado el asunto en menos que canta un gallo:

—Sus padres le aconsejan en cuestión de lecturas, ¿no?

—Sí, claro, pero lo arreglan de una forma muy fácil: me las prohíben todas.

—Hacen bien. Las lecturas casi nunca son buenas para un muchacho de su edad, corrompen la imaginación. Usted recibe una educación religiosa muy concienzuda, que le forma adecuadamente para afrontar la vida y que más adelante le permitirá leer, sin correr ningún peligro, lo que ahora le prohíben por su bien.

Denis había vuelto a la sala de estudio un poco desanimado. Pensó leer a escondidas, pero había que comprar los libros y no tenía dinero. Debía conformarse con las obras de la biblioteca: Finn y la colección «Scouts de Francia». Seguiría sin saber muchas cosas, y esa ignorancia no era buena para él. ¿Acaso no eran prueba de ello sus conversaciones con sor Clotilde, o incluso las que mantenía con Debaucourt? Ambos, cada uno a su manera, lo dejaban descolocado. Nunca estaba a la altura. Y Denis empezaba a pensar que no todo funcionaba a la perfección en la gran maquinaria educativa montada a su alrededor.

También se daba cuenta de que el placer un poco malsano que le causaba charlar con Debaucourt no era sino la consecuencia de su ignorancia. Se prometió hablar del asunto con sor Clotilde en cuanto volviera a tener un aspecto presentable, pero siguió acompañando al muchacho moreno a todas partes.

Debaucourt no hablaba más que de cosas que le habían pasado a él, y la mayoría de ellas acababan desembocando en el mismo punto: las chicas. ¡Había conocido a tantas! ¡Y lo que había llegado a hacer con Monique cuando pasaron tres días juntos en Bando! Debaucourt entraba en detalles sin el menor pudor, con una sonrisa y unos guiños cómplices y los ojos brillantes de placer.

Denis se esforzó en reaccionar. Ya no se atrevía a confesarse. Por la noche, en la cama, pensaba en lo que había dicho de sor Clotilde, y las palabras de Debaucourt volvían una y otra vez para ensuciarla a ella. Se arrepentía amargamente de lo que había contado, pero se sorprendía a sí mismo esperando ser, algún día, el amante de una mujer. En sus sueños, esa mujer tenía unos ojos muy grandes, muy azules, muy dulces, y un rostro de líneas puras. Inmediatamente rechazaba la imagen de sor Clotilde, pero esta reaparecía cuando el recuerdo de los relatos de Debaucourt volvían a turbarlo.

El martes de esa semana, Denis no comulgó. En la capilla, sus compañeros salieron de los bancos y avanzaron en largas filas hacia la hostia que el padre Prédel les ofrecía. Denis se quedó solo en su banco, de pie, abochornado, sin atreverse a levantar los ojos del misal. En el patio, notó que se sonrojaba cuando el vigilante lo miró, como si este estuviera al corriente de sus pensamientos impuros y las fantasías que tenía en la cama.

Por la noche, intentó rezar y no lo consiguió. Tenía sed y salió del dormitorio a oscuras para ir a la cocina a beber un vaso de agua. Cuando volvió a la cama, lo asaltaron los mismos pensamientos detestables. Tuvo que esconder el crucifijo de marfil en un cajón de la mesa para tranquilizarse.

Sin embargo, lo peor venía después. Era consciente de la complacencia con la que pensaba en sor Clotilde en las visiones creadas por su imaginación y sentía repugnancia de sí mismo. Sor Clotilde era pura y él la ensuciaba. Pero nada de todo esto le había pasado antes por la mente. Era después cuando lo invadía ese asco por todo, mientras intentaba torpemente dormirse rezando avemarías sin convicción.

En realidad, esa era la razón por la que no se atrevía a visitarla; los moratones en la cara, lo sabía, eran una excusa. El miércoles y el jueves pasaron sin que hubiera dado un paso, después de salir del colegio, para dirigirse al internado.

El jueves por la mañana, en misa, presintiendo que iba a quedarse de nuevo solo en el banco, se puso en la fila para acercarse al altar. No le resultó tan difícil como había imaginado. Había desayunado antes de salir de casa, y el pecado, el sacrilegio, era doble. No se había confesado, tenía pecados mortales sobre la conciencia y nada había cambiado. Avanzaba hacia la hostia casi tranquilo, su única preocupación era actuar con desenvoltura. Fue muy sencillo. Se comportó con naturalidad y la hostia le produjo la misma sensación en la boca que de costumbre. Exactamente la misma sensación de algo pastoso, insípido, que se adhería al paladar. Regresó al banco cabizbajo, en actitud de recogimiento, y se arrodilló cubriéndose el rostro con las manos para rezar, igual que los demás. No rezó y se convenció a sí mismo de que no pasaba nada. Nada en absoluto. Era una experiencia positiva.

Después levantó la mirada y vio la imagen de la Virgen. La Virgen, de yeso pintado, estaba inmóvil: era una Virgen sin vida. Denis contaba con una gran ventaja sobre la Virgen. Él estaba vivo y ella era una figura de yeso. Él estaba vivo y no iba a morir. Bajó la cabeza y la levantó de nuevo. La Virgen continuaba inmóvil y sin vida.

CAPÍTULO 13

El viernes, después de las clases de la mañana, sor Clotilde bajó con sus alumnas al patio. Luego volvió a las dependencias de las monjas pensando en Denis, convencién dose, como hacía ya sin descanso, de que, si pensaba en él constantemente con mucha intensidad, sería como una súplica, que él escucharía, de que la visitara por la tarde.

Alguien la esperaba en el umbral del locutorio. Una mujer de unos treinta años, delgada, de tez pálida y ojos hundidos. Al verla, la religiosa olvidó de pronto que Denis ya llevaba una semana sin ir y que quizá no volvería. En las últimas semanas la había perseguido una idea, cada día más apremiante, mientras acariciaba con la mano la nuca del muchacho, preocupada por si oía ruido en los pasillos, temiendo que de pronto la puerta del aula se abriera y entrara una de sus compañeras. Una idea la había perseguido sin tregua, y ahora que el motivo ya no existía, puesto que Denis ya no iba a verla, Madeleine estaba allí, en la entrada, esperándola. Avanzó apresurando el paso, entusiasmada de nuevo con su plan, mientras pensaba rápidamente lo que iba a decir.

—¡Madeleine, qué sorpresa!

Su amiga la besó como de costumbre, apretando sus mejillas huesudas contra las suyas. No había cambiado nada en aquel interminable año.

—¿Cómo estás? —dijo Madeleine, conduciéndola hasta un banco pulido del locutorio—. He llegado de Niza esta mañana y lo primero que he hecho ha sido venir a verte. ¿Estás bien? ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien, muy bien. Pero, cuéntame, ¿cuánto tiempo vas a estar aquí?

—Dos días —dijo Madeleine—. Tengo que darte una gran noticia, grandísima. ¡Una noticia enorme!

Reía estrujando su falda con los dedos y pestañeando, nerviosa, como siempre había sido.

—A ver —dijo sor Clotilde—, seguro que vas a casarte.

—¿Cómo lo has adivinado?

Estaba decepcionada de que su golpe de efecto se hubiera visto frustrado. Pero enseguida recuperó la sonrisa y, balanceándose, cogió del brazo a su amiga.

—Me siento tan feliz que no puedo estar ni un momento quieta —dijo—. ¿Me ves cambiada? Soy tan feliz... Te lo presentaré cuando vengas a visitarnos. Porque vendrás a vernos, ¿verdad? Después de la boda me voy de Niza, viviremos en Pas-de-Calais. No he cambiado, ¿verdad? Tú tienes mala cara. No deberías trabajar tanto. ¿Sabes que tienes realmente mala cara?

—En estos momentos estoy un poco cansada.

Pero Madeleine ya estaba hablando de otra cosa, se levantaba, tocaba un objeto, volvía hacia

Clotilde para abrazarla.

—Primero tendré una niña. Siempre he deseado tener una niña. ¡Si supieras lo feliz que soy! ¿Podrás venir a la ceremonia? No me caso de blanco, pero de todas formas será preciosa. Y tú, ¿qué has hecho desde el año pasado? ¿Sabes que pensé en ti cuando tomamos la decisión? Al fin y al cabo, eres mi amiga. ¿Te acuerdas de cuando estábamos en La Voulte, en el convento? Éramos las mejores amigas del mundo. Soy tan feliz por lo que me está pasando...

¿No sabía decir otra cosa, solo repetir machaconamente que era feliz, muy feliz, increíblemente feliz?

—Eres una chiquilla —dijo sor Clotilde, forzándola a sentarse a su lado y a quedarse quieta—. Dices demasiadas cosas a la vez y no te entiendo. —La idea volvía, acuciante—. Entonces, ¿vas a vivir en Pas-de-Calais?

—Sí, sí, sí. Creo que me encantará. Jacques es ingeniero. Ha conseguido un puesto en Lens. ¿Conoces Lens? Estaré de maravilla. Él es un encanto, si supieras..., un verdadero encanto. Estoy haciéndome un guardarropa. ¿Conoces a alguna buena modista aquí? ¡No, claro que no! ¡Qué tonta! Soy tan feliz que ya no sé lo que digo. ¿Vendrás a vernos antes de que nos marchemos? Tengo que presentarte a Jacques. Me iré de Niza después de la boda, en junio. ¿Quieres ser la madrina de mi hija? Porque mi primer hijo será una niña. ¿Te gustaría ser su madrina? ¡Eres mi mejor amiga! ¿Y tú? ¿Cómo estás? No me has contado nada de ti. De verdad, te lo digo con el corazón en la mano, no deberías trabajar tanto.

—Estoy perfectamente —dijo sor Clotilde—. Aquí todo sigue igual que siempre. No ha cambiado nada desde que llegué.

—Pero ¿eres feliz?

—Por supuesto. Soy muy feliz.

Madeleine movía la cabeza, la besaba, seguía hablando. Cuando por fin la dejó intervenir, era ya la hora de marcharse. Pero volvería al día siguiente.

—¿Quieres venir a verme? Me he instalado para pasar estos dos días en el pisito de la calle Woudoux. Ya sabes, donde estuve el año pasado. Lo venderé cuando me haya casado.

—¿Venderlo? —dijo sor Clotilde. Era la ocasión, o ahora o nunca. Bastaba con ser natural, con encontrar un motivo que fuera válido—. ¿Y por qué no me lo dejas? —añadió, intentando ver cómo reaccionaba su amiga ante la propuesta.

Sin embargo, el rostro de Madeleine era tan cambiante en sus expresiones que se trataba de un intento vano. ¿Era posible saber alguna vez lo que pensaba?

—¿Dejártelo? ¿A ti? ¡Qué ocurrencia! Desde luego, si lo quieres... Pero ¿qué harás con él? No se me ocurre qué utilidad puede tener para ti. Además, son solo dos habitaciones y la cocina. Es pequeñísimo. En Lens, tendremos un piso espléndido. Ya verás lo encantador que es Jacques. No sabe qué hacer para complacerme.

—Si vas a prescindir de tu piso de la calle Woudoux, déjame —insistía sor Clotilde—. Pagándote un alquiler, por supuesto.

Madeleine se encogió de hombros, riendo.

—Todo tuyo —dijo—. Pero ¿qué vas a hacer con él? No sé para qué te puede servir.

Sor Clotilde la atrajo hacia sí.

—Podría dar clases y ganar un poco de dinero. Me da vergüenza recurrir a mis padres para hacer mis compras. —Y se apresuró a añadir—: Compró muchísimos libros, ¿sabes? No lo

utilizaré para vivir, claro, pero mamá podría venir de vez en cuando desde Lyon e instalarse ahí. Así la vería más a menudo, ¿comprendes? Es sobre todo por eso. Por favor...

Madeleine, sonriendo, la interrumpió con un gesto.

—Está bien, no se hable más, todo tuyo. Además, no tengo ningunas ganas de hacer gestiones para venderlo. No debería haberlo comprado. Pero, en fin, si te hace ilusión... ¿Te hace ilusión?

—¡No te imaginas cuánta! Eres mi mejor amiga.

—Bueno, bueno... —dijo Madeleine—. Hay un montón de cosas por todas partes, como te imaginarás. Está todo manga por hombro. Ya me conoces, soy muy desordenada.

—No te preocupes, yo pondré orden. De todas formas, solo necesito una habitación.

—De acuerdo. Los armarios están a rebosar. Te los dejo así, tíralos por la ventana si quieres. Soy muy desordenada. ¿Te acuerdas de lo desordenada que era en el convento? Ay, tengo que irme. Tengo que irme ya.

La besó, cogiéndola de las manos.

—¿Vendrás mañana? —preguntó—. Deberías venir. ¿Puedes venir a última hora de la tarde? Te espero, ¿eh? Te enseñaré el modelo de mi vestido, el que llevaré para la ceremonia.

Sor Clotilde la retuvo para asegurarse totalmente de que estaban de acuerdo. Había sido tan fácil, tan rápido...

—De acuerdo, de acuerdo. Ven mañana y así te doy una llave antes de irme. Oye, pero ¿no tendrás problemas con la superiora?

¿Cómo iba a enterarse la superiora? Ahora ella sabía mentir y disimular a la perfección.

—No, me las arreglaré, mamá asumirá la responsabilidad.

—Ah, bueno, en ese caso... —dijo Madeleine tirando de ella para salir del locutorio. En el umbral volvió a besarla—. Me alegro tanto de verte... Soy tan feliz... ¿Verdad que tengo mucha suerte? Creo que tengo una suerte enorme. ¿Cómo me encuentras? La verdad es que tengo muchísima suerte.

—Estás francamente bien —dijo sor Clotilde—. Pareces muy feliz.

Madeleine se marchó, volviéndose a cada paso, saludando con la mano, y la religiosa, de pie contra la puerta, se esforzaba en disimular su alegría mientras aún resonaban en sus oídos las palabras de su amiga repitiendo lo feliz que era.

Ve, Madeleine, niña frívola que no cesa de dar saltitos sobre su felicidad, ve...

Oh, Denis, ¿por qué no vienes? ¿Estarás aquí esta tarde? ¿Sabes que ya no me avergüenzo de mi amor? ¿Sabes que las cosas van bien para nosotros, que todo empieza a arreglarse?

Una vez que Madeleine hubo desaparecido, ella se quedó allí, proyectando su sombra rota en la escalera de piedra, pensando en él, en el pequeño piso, fuera del mundo, tal como ella lo vería, tal como le gustaría verlo. ¿Y si no iba esa tarde? ¿Y si no volvía nunca más? Iría ella a buscarlo, sí, iría ese mismo día. Podría esperarlo a la salida del colegio. No corregiría los ejercicios de sus alumnas y ya está. Iría ella a buscarlo, lo vería esa tarde.

¿Sería capaz de caminar sin temblar, sin titubear, con tanta alegría agolpándose en su pecho? ¿Sería capaz de no gritar, de no caerse mientras pensaba en esas cosas y se sorprendía en ese mismo instante haciendo el gesto instintivo de recolocarse un pliegue del velo, a falta de un mechón de pelo? ¿Volvería a verlo esa tarde!

Cuando Denis salió del colegio, en fila junto con el resto de los alumnos, vio inmediatamente

a la religiosa. Su túnica blanca destacaba como una mancha contra la verja negra junto a la que estaba de pie. Se hallaba a una distancia de treinta pasos, entre otras personas que esperaban; los separaba el patio de la entrada, pero percibió en ella su misma turbación. Mientras continuaba avanzando en fila, desvió la mirada para no desfallecer. A una señal del vigilante, los alumnos se dispersaron, echaron a correr en todas direcciones, gritando, gesticulando, felices de poder jugar después de las largas horas de estudio. Denis deseó que Debaucourt no hubiera existido nunca, que estuviera muerto, muerto y requetemuerto, sepultado mil metros bajo tierra. Pero, lejos de ser así, el nuevo alumno no tardó ni medio segundo en darle una palmada en el hombro, con una sonrisa hipócrita en el rostro.

—¿Has visto? —dijo—. ¡Está ahí!

Denis apretó los puños. El miedo de haberse quedado pálido sonrojaba sus mejillas.

—He visto, claro que sí.

—¿No vas a acercarte a ella? Debes acercarte, amigo.

—¡Sé muy bien lo que tengo que hacer! ¡Me sobra tiempo para verla! ¡Y en su habitación!

Pese a todo, ¿no había que salvar la cara? Se sintió peor aún después de haber pronunciado aquella frase, pero había dicho lo que debía decir. Era lo que correspondía. Debaucourt se encogió de hombros mirando a la religiosa, y su sonrisa persistente imprimía en su rostro una expresión estúpida, crispada. Denis lo cogió de un brazo y tiró de él en dirección a los patios, pero cambió de opinión y lo condujo hacia un grupo de chicas que esperaban la salida de los «primera división». Cruzaron el porche juntos y Denis pasó por delante de la religiosa sin pestañear, con los puños apretados, mirando fijamente a las chicas. Ante todo, que Debaucourt no se acercara a sor Clotilde y descubriera su fanfarronada del domingo anterior. Ante todo, salvar las apariencias, o, de lo contrario, Debaucourt lo dejaría en ridículo. Se detuvo frente a la chica más alta, rociada de agua de colonia y de un perfume intenso y dulzón que le producía náuseas. Le soltó el brazo a Debaucourt.

—¿Espera a alguien? —preguntó, y guiñó un ojo a su compañero.

—Pues claro que espero a alguien —respondió la chica—. Y más te vale que no te quedes aquí, porque *él* es muy susceptible.

—No se ponga nerviosa —dijo Denis—. Solo quería oír su voz.

Ella se encogió de hombros y volvió la cabeza hacia una de sus amigas.

—¡Estos niñatos se creen que todo les está permitido! —exclamó.

—De todas formas, el niñato es monísimo —dijo la amiga—. ¡Mira qué carita tiene!

Las demás chicas se acercaron a él en semicírculo, cogidas del brazo y riendo como locas.

—¿No es un encanto? —dijo la que acababa de hablar—. Miradlo. ¡Madre mía, qué monada! ¿Estás libre esta noche, cielo?

Denis se puso a reír con ellas, a reír todo lo fuerte que podía. A su pesar, volvió la cabeza y ya no la vio de pie contra la verja negra. Unos alumnos salieron corriendo del colegio y dejó de reír de sopetón mirando hacia todas partes, pero ella ya no estaba.

Vio a todas aquellas niñas estúpidas que seguían riendo sin parar y dejó de saber qué pintaba él allí.

—No —dijo—, esta noche no estoy libre.

Antes de mirar la verja, la frase salió de su boca, una palabra tras otra, en un tono uniforme y bajo.

—¿Qué le pasa? —dijo la chica que había hablado.

—¿Qué te pasa? —dijo Debaucourt.

Denis hizo un esfuerzo para recobrar la sonrisa, se inclinó en una larga reverencia, haciendo un amplio gesto como si se quitara un sombrero invisible, con la elegancia de un mosquetero del rey.

—Mis respetos, señoritas —dijo—, pero otros deberes reclaman mi presencia.

Le tocó un brazo a Debaucourt, interrumpiendo sus preguntas, y pronunció un sonoro «Hasta mañana». Después, echó a correr a lo largo de la calle sin oír sus bromas.

—¿Otros deberes? ¿No serán más bien otros placeres? —dijo una de las chicas.

—¡Caray con los niños! —intervino otra—. ¡Pues sí que aprenden pronto! A los quince años te plantan al trote, y a los dieciséis, al galope. ¡Y cuantos más años cumplen, más deprisa te plantan!

—Él aún tiene catorce —dijo Debaucourt.

Se metió las manos en los bolsillos encogiéndose de hombros y se marchó.

Sor Clotilde no estaba en la parada del tranvía y Denis subió al vehículo en marcha. En el vagón donde montó solo había alumnos del colegio. Recorrió el pasillo central, salió a la plataforma delantera y se agarró a las barras de la portezuela. Desde allí podía ver una de las plataformas del coche motor. Sor Clotilde tampoco estaba allí. ¿Iría sentada? ¿Quizá al lado del conductor? Pulsó el botón de solicitud de parada. Cuando el tranvía se detuvo, bajó a la acera y avanzó corriendo junto al vehículo al tiempo que miraba a la gente sentada en el interior.

Debió de quedarse pálido al verla, de pie, con la espalda apoyada en una ventanilla. Subió, se acercó a ella mientras el tranvía arrancaba de nuevo. Pidió paso, disculpándose, a dos hombres que charlaban en la plataforma. Vio que ella se estremecía al oír su voz. Se colocó a su lado y apoyó la frente en la ventanilla. Ella no lo miró. Lloraba sin preocuparse de enjugar las lágrimas que bañaban su rostro. Un espantoso temblor desconocido para él lo sacudió al hablar.

—No llore —dijo muy bajito—. Por favor, no llore.

Como no sabía qué hacer, sacó un pañuelo, lo enrolló para mostrarle una punta limpia y se lo puso en la mano. Ella se secó los ojos y las mejillas, y continuó llorando.

—No llore más —repitió Denis a la vez que miraba de soslayo a los dos hombres que seguían hablando—. No llore más. —¿Es que no iba a dejar de temblar?—. Es por culpa mía, ¿verdad? Dígamelo, ¿es por culpa mía?

Ella se secó los ojos otra vez mientras se detenía el tranvía. Miró la calle y, de pronto, lo agarró de la mano para tirar de él. Lo soltó enseguida y él la siguió. Bajaron, caminaron por una calle uno junto a otro. Ella no decía nada y miraba el suelo.

—No esté dolida conmigo —dijo Denis.

Ella negaba moviendo ligeramente la cabeza, sin pronunciar una sola palabra. Se detuvo delante de una iglesia, al final de la calle. Era una iglesia blanca, pulcra, sin duda de reciente construcción. Subió los peldaños de piedra y entró. La nave, pese a los bancos y las estaciones de un vía crucis, daba la sensación de que estaba vacía. No había ni pilares, ni imágenes, ni exvotos. Denis entró detrás de ella y también se santiguó. Aquella iglesia no parecía en modo alguno una iglesia. No reinaba ese silencio en el que los pasos resuenan y que uno no se atreve a romper. El muchacho se arrodilló junto a sor Clotilde al fondo de la nave.

—Diga algo. Por favor, diga algo. No quiero que esté dolida conmigo. Quiero que estemos juntos.

Ella había dejado de llorar. Él ya no temblaba al hablar. Sin apartar los ojos del altar, sor Clotilde rodeó a Denis por los hombros y lo atrajo hacia sí. Él la besó en la mejilla, manteniendo los labios en contacto con su piel. Entonces ella le cogió la cara entre las manos y lo miró por fin. Denis vio que sus ojos no tenían el mismo color que antes, eran oscuros, casi negros. Su mirada también había cambiado. «Mi vida», dijo sor Clotilde con voz queda. Luego lo abrazó de nuevo, todavía de rodillas, y susurró algo que él no entendió. Recorrió con los labios su frente, sus mejillas, hasta que sintió la humedad de su boca.

¿Había querido realmente hacer eso? Sus labios se habían deslizado por el rostro de Denis hasta posarse sobre los de él sin que ella se diera cuenta de lo que hacía. Pero, en ese mismo instante, el muchacho le rodeó el cuello con los brazos y retuvo su boca, que ella ni siquiera intentó apartar.

En aquel momento, sor Clotilde supo que, en el fondo de su corazón, la decisión estaba tomada hacía mucho tiempo. No podía seguir mintiéndose: durante días y días había deseado ese beso, esos labios, esos brazos alrededor de su cuello, el rostro de Denis junto al suyo; con los ojos cerrados y la expresión extraviada, deliciosamente extraviada, había deseado a Denis, rebotante de una ternura desconocida.

Cuando el muchacho se apartó, ella estaba pálida y llevaba el velo un poco descolocado, y él sintió que lo invadía una especie de pánico, de vértigo. Seguramente ella era la única que podía comprenderlo. Era también su primer beso, el único que le habían dado. Lo acunó suavemente y poco a poco aquella sensación pasó. Denis se estrechó con más fuerza contra ella y le dijo que la quería, sí, que la quería más que a nada en el mundo. Al mismo tiempo, volvió a apoderarse de su boca, cubrió a su vez su rostro de besos, sorprendido de sentirse fuerte de repente, sorprendido del movimiento de sus propias manos sobre los hombros de la joven.

Entró una mujer y ellos se apartaron el uno del otro sin decir nada, sin dejar traslucir la más mínima emoción. Cuando la mujer se marchó, tras una larga oración, Denis se acercó de nuevo a sor Clotilde y le cogió la mano.

Ella no podía sonreír, pero él sabía que no estaba arrepentida. Sabía que era feliz.

—Salgamos de aquí —dijo sor Clotilde en voz baja.

Era como si pronto hubiese reparado en que estaban los dos allí, sentados uno junto a otro, en una iglesia de una pulcritud glacial. Se levantó y se arregló el velo.

Denis seguía sentado y sor Clotilde, inclinándose hacia él con expresión grave, lo cogió de la mano para animarlo a levantarse.

—¿Vienes?

—Dime antes...

—¿Qué, mi vida?

—Dime que es verdad.

—Te quiero, vida mía.

—¿Como antes?

—No, como antes no.

—¿Más que antes?

—Más, mucho más.

—¿No de la misma forma?

—No, no de la misma forma. Te quiero. Estoy loca, pero te quiero. Me he sentido realmente desgraciada todos estos días sin ti.

—Otra vez —dijo él.

—Te quiero. ¿Por qué no venías?

—Otra vez. Luego te lo explico.

—Te quiero. Nunca querré a nadie como te quiero a ti. ¿Y esas chicas de esta tarde, a la salida del colegio?

—Otra vez. Luego te lo explico.

Ella lo besó con dulzura en los labios, inclinada sobre él.

—Vámonos —dijo Denis—. ¿Estás bien? No sigo hablándote de usted, ¿verdad? ¡Qué idiota! ¿Estás bien?

—De momento estoy bien, pero debo volver al internado. Voy a llegar tardísimo.

Salieron, cogieron un tranvía, tranquilos, extrañamente tranquilos en apariencia, pero en el fondo impacientes y tristes. Bajaron juntos frente a la calle del internado y se separaron en la acera. Se estrecharon la mano, con una sonrisa de pura cortesía en los labios.

—Te quiero —dijo ella—, solo pensaré en ti. Hasta mañana, ¿me lo prometes? —En ese momento se acordó de Madeleine—. Ah, nos vemos en el dieciséis de la calle Woudoux —añadió.

—¿Por qué?

—Ya te lo explicaré. En el dieciséis, en la puerta. ¿Sabes dónde está la calle Woudoux?

—Sí. Puedo estar allí hacia las siete.

Echaron a andar en direcciones opuestas, como dos extraños. Denis leyó en los labios de ella:

—Te quiero, te quiero, te quiero.

Él no dijo nada. Estaba triste.

Sobre el pupitre, unos libros. Sentado en el banco, Denis. Pierrot detrás de Denis. La sala de estudio y el reloj de pared, las agujas en la esfera y la hora que no avanza.

—Pareces contento —dice Pierrot en voz baja.

—Estoy contento.

—¿Por qué ya no eres mi amigo? ¿Te he hecho algo?

—No —responde Denis—. Sigo siendo tu amigo, lo sabes perfectamente.

La voz del vigilante:

—Leterrand, ¿dejamos de hablar de una vez?

—¿No tienes nada contra mí? —susurra Pierrot.

—Nada de nada, te lo aseguro.

—¿Quieres que te pase la traducción? No has hecho nada en toda la hora de estudio.

—Sí, pásamela.

Una hoja que pasa de unas manos a otras, y el rostro de Pierrot, tan puro, tan puro... Y la hora que sigue sin avanzar.

Calle Woudoux, las siete de la tarde.

Sor Clotilde espera en la calle, delante de la puerta del número dieciséis. Suben juntos.

El parloteo de Madeleine, un parloteo sin pausas para respirar. ¡Acabará asfixiándose de tanto repetir la inmensa suerte que tiene y lo encantador que es su Jacques! Después de veinte minutos de monólogo, por fin pueden marcharse.

La calle Woudoux, el bulevar Carnot, la rotonda, el bulevar Mérimée, pasos y pasos.

—Será mejor, ¿no? —dice sor Clotilde.

—Es increíble —dice Denis—. Pero ¿y si la superiora se entera?

—¿Cómo va a enterarse?

—¿Y si tu amiga sospechara algo?

—¿Por qué va a sospechar?

—¿No podría cogerte la mano? Solo eso.

—No, mi vida, en la calle no.

—Pero ¿mañana podré estar muy cerca de ti?

—Claro que sí, mi vida.

—¿Estás dolida conmigo por lo de ayer por la tarde?

—No, mi vida, pero no quiero que vuelvas a hablar con una chica. Me hizo mucho daño.

—No volveré a hablar con ninguna chica. ¿La superiora no te ha hecho preguntas sobre mí?

—Me ha hecho muchísimas.

—¿Y está todo en orden?

—Sí, todo está en orden. Pero deja de hablarme así o me echaré en tus brazos.

—Entonces sigo.

—Sigue.

Y Denis, ese día, en la soledad de su habitación, la noche clara enmarcada por la ventana, soñó con un extraño país al que nadie había ido nunca. Y ese día, Denis, en la soledad de su habitación, tuvo miles de sueños. Y al día siguiente, la claridad de aquel domingo lo despertó sin arrancarlo de sus sueños. Y la mañana de aquel domingo se hizo larga, larguísima, pensando en la hora que estaba por llegar.

Y aquella tarde, Denis corrió bajo el sol. Corrió por las calles, subió unos escalones de cuatro en cuatro, llamó a una puerta. Y su sueño fue a abrirle.

CAPÍTULO 14

Cuando llamó a la puerta, la pilló desprevenida; había llegado a la cita casi con una hora de antelación. Ella se había quitado la túnica y el velo, y se había puesto un delantal de Madeleine sobre la enagua de lienzo blanco, que le llegaba hasta las rodillas. Frotaba, descalza, los azulejos de la cocina. El sonido del timbre le produjo el mismo efecto que una descarga eléctrica en todo el cuerpo.

Se quitó el delantal y se secó las manos mientras iba al vestíbulo con el mayor sigilo, pero se puso nerviosa y entró en una habitación para vestirse. Denis llamó otra vez, una llamada larga, tan larga que ella pensó que los vecinos, extrañados, saldrían al rellano y pedirían explicaciones. Así que se apresuró a abrir la puerta, cogió a Denis de un brazo, tiró de él con todas sus fuerzas hacia el interior y cerró. Fue todo tan rápido que ambos se quedaron desconcertados.

Él llevaba un traje de tweed, mezcla de azul y negro, que no le había visto nunca, confeccionado —se lo diría él— a partir de uno de su padre, y lo primero que le sorprendió a ella, descalza sobre la alfombra, fue que la sobrepasara en altura toda la frente, verlo de pronto tan alto, tan espigado, que cualquiera diría que había crecido en el espacio de una noche. Denis, al que ella siempre había visto con el cuello de la camisa desabrochado asomando bajo un eterno jersey azul marino, incluso se había puesto una corbata de punto roja y verde —heredada también de su padre—, enternecedora, horrible.

Ninguno de los dos era capaz de decir una palabra. Denis tampoco la reconocía, y fue a través de la sorpresa de él, y de sus ojos, como ella tomó de nuevo conciencia de su atuendo, de sus cabellos cortos. Se sintió desfallecer; instintivamente retrocedió, chocó de espaldas contra la pared, con la mano derecha tocándose la cabeza, horrorizada, implorante:

—¡No me mires!

Escondió el rostro entre las manos y permaneció así, muda, unos segundos, y Denis no sabía si debía acercarse a ella o salir huyendo. Tenía el pelo de un rubio muy claro, fino, rizado, las piernas largas, y así, con la tosca enagua, parecía más delgada, más joven, frágil como una adolescente.

Cuando levantó los ojos, él no se había movido. Lo miró a la cara a la vez que bajaba los brazos, con una expresión grave y moviendo la cabeza con gesto resuelto, como un pequeño soldado.

—Ven —dijo, tendiéndole la mano—, deja de mirarme así.

Lo condujo a una habitación que no era donde Madeleine los había recibido el día anterior. Las paredes eran blancas, sin más ornamento que un espejo redondo, enmarcado en madera dorada y todo él resquebrajado. Los muebles eran oscuros y estaban perfectamente brillantados. La

túnica y el velo de la religiosa descansaban sobre el brazo de un sillón. Aparentemente despreocupada ya de su atuendo, dejó el sillón libre para que él se sentara.

—¿Lo has arreglado todo? —preguntó Denis.

—¿Todo? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, que si has puesto orden. ¿Has sido tú quien ha ordenado la casa?

—Sí, he sido yo, claro.

—¿Qué habías entendido?

—Nada, de verdad. Nada de nada.

Él seguía de pie, con los brazos colgando a ambos lados del cuerpo.

—Siéntate, por favor —le pidió sor Clotilde—. No me mires así. No me había fijado nunca en lo alto que eres. Eres tan... —buscaba la palabra adecuada, levantando de nuevo una mano para taparse el pelo—, estás tan *vivo*..., es increíble.

Intentó sonreír, desvió la mirada y, de repente, se desplazó hacia la puerta:

—Siéntate. No te muevas. He encontrado unas galletas en la cocina y...

—No tengo hambre —dijo Denis.

—Entonces, chocolate. Voy a hacerte una taza de chocolate.

—No, quédate conmigo, no te vayas.

Y de pronto ella estaba en sus brazos, cálida y suave contra él, que la besaba como el día anterior, con labios ardientes, mientras ella susurraba junto a su boca:

—Mi vida, mi vida, Denis, dime que me quieres..., dímelo otra vez, todo esto es tan extraño... No puedo explicarte...

Al mismo tiempo, pensaba: «Todo esto es tan vulgar...». Pero no, no podía ser vulgar tratándose de ellos dos. Su corazón latía desbocado, o quizá era el corazón de Denis, no lo sabía. Le habría gustado conocer los gestos que hay que hacer, las palabras que hay que decir..., seguro que los demás conocían gestos y palabras apropiados para esas situaciones. Él se habría sentido menos incómodo. ¿Era aquello embarazoso? ¿Era realmente vulgar? El deseo de esa noche de insomnio había desaparecido. Tenía miedo, demasiado miedo para sentir el menor deseo, y cuando su mirada encontró, por encima del hombro de Denis, la cama que había en la habitación, una horrible cama de hierro llena de barrotes, supo que tenía miedo, no de entregarse a él, sino de los cinco o seis terribles pasos que deberían dar, miedo de que, por ignorancia, aquel acto fuera algo laborioso, feo, que degradara su amor.

Sin duda los chicos sabían instintivamente esas cosas, porque Denis se comportaba con más desenvoltura, o se mostraba más audaz, o simplemente más pícaro. Deshaciéndose del abrazo y cogiéndola de la mano, dijo con una súbita jovialidad:

—¡Enséñame toda esta leonera, anda!

Ella le enseñó la cocina, el cuarto de baño, la otra habitación desordenada. Al pasar junto a las galletas, él cogió una, bebió un par de tragos de agua del grifo del lavabo, se quitó la chaqueta para cubrirle los hombros. No le soltaba la mano; era una sensación cálida y tranquilizadora.

Cuando volvieron al dormitorio, Denis se dejó caer en el sillón. Ella se puso detrás de él, lo rodeó con los brazos, acercó la cara a la suya, y la chaqueta cayó al suelo. Permanecieron inmóviles varios minutos, tras los cuales ella dijo muy bajito, justo lo bastante alto para que él pudiera oírla:

—Aun a mi pesar, he imaginado cien veces..., ya sabes... Era muy sencillo... Pero no sé, no

sé...

El tono de su voz era desconsolado.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó Denis.

—¡Oh, no! ¡Ni se te ocurra!

—Entonces, vayamos a dar un paseo. Vayamos a cualquier sitio. Quiero que estés bien.

Ella seguía inclinada sobre él, su rostro contra su rostro, besándolo en la mejilla.

—Estoy bien. Te quiero. Háblame.

—¿Adónde se ha ido tu amiga?

—A Lens.

—¿Quién ha roto ese espejo?

Ella levantó la cabeza y lo miró. Se echó a reír.

—He sido yo hace un rato, con la escoba. Desde ayer por la tarde no sé dónde tengo la cabeza.

—Es muy bonito —dijo Denis.

Ella se acercó al espejo, al lado de la cama —ya estaba hecho, eran cinco o seis pasos, nada más, los había dado sin siquiera darse cuenta—, y se vio reflejada diez veces en los fragmentos de cristal. Con una voz un tanto trémula, dijo que, en efecto, era bonito. Junto al suyo, aparecieron varios rostros de Denis, después varias manos de Denis que se acercaron lentamente, con precaución, a sus cabellos cortos.

Permanecieron largo rato en silencio, tumbados uno contra otro, ella con los ojos cerrados, Denis besándole el cuello, los hombros.

—Abre los ojos.

Ella los abrió. Se miraron muy de cerca, pero ella sintió vergüenza y los cerró de nuevo. Él besó sus párpados, dos veces cada uno.

—¿Te arrepientes? —preguntó—. Dime que no te arrepientes.

Sus ojos inmensos, claros, sin fondo.

—No, no me arrepiento. Ha sido maravilloso estar contigo. Muy delicado. ¿Sabes qué? Es lo más delicado que me ha sucedido en la vida.

Él la estrechó entre sus brazos riendo y obligándola a tumbarse encima de él.

—¡Me haces daño! —protestó ella, riendo también.

—¿Lo ves? ¡No puede ser delicado, si te hago daño! —Se quedó inmóvil—. Antes te dolió.

—Aunque me doliera, era delicado. Y además, tus manos son delicadas. Todo tú eres delicado. ¿Sabes qué? No, lo que voy a decir es terrible. No.

—Dilo.

—Pues date la vuelta.

Él, obediente, se incorporó y se sentó en la cama, y ella se incorporó también y se colocó detrás de él, con la cara contra su espalda desnuda. Pero no decía nada. Lo besaba.

—Estoy esperando.

—No. No puedo.

—¡Dilo! ¿Qué querías decir?

—Tu sonrisa. Tus manos. Ya está.

—¿Ya está qué?

—Nunca más podré mirarlas sin pensar en eso. Nunca más.

Él se volvió y la abrazó de nuevo. De pronto, incomprensiblemente, pensó en su habitación, en su casa, en el lagarto disecado, en las conchas guardadas en la caja de puros. No quería pensar en eso. Algo le revolvió el estómago. Ella percibió enseguida el cambio que se había producido en él.

—¿Te has enfadado? ¿Estás molesto conmigo por lo que he dicho? ¡Sí, eso es lo que te pasa, estás molesto conmigo por lo que he dicho! ¡Ya no me quieres!

—Sí, claro que te quiero. Te quiero más que a nadie, y más aún que eso. Te quiero.

—No te muevas, quédate a mi lado.

Él apoyó la frente en sus pechos desnudos, vio sus piernas largas y blancas junto a las suyas, su vientre plano, la enagua arrugada sobre la cama.

—Esta noche, sin ti, me parecerá increíble que esto sea verdad. Tengo la impresión de que eres otra. Quiero decir que no pareces en absoluto una...

Ella le puso una mano sobre la boca.

—No lo digas.

Atrajo su rostro hacia sí y lo besó con los ojos completamente abiertos.

—Ahora me gustaría irme a casa —dijo Denis—. No sé qué me ocurre, pero se me pasará. Simplemente necesito irme a casa.

Ella asintió con la cabeza, preocupada, pero cuando él hizo ademán de apartarse lo retuvo.

—Volverás, ¿verdad?

—¿Cuándo?

—¿El jueves?

Denis se lo prometió, y ella pareció todavía más preocupada.

—¿No tendrás ganas de verme antes?

—Has sido tú quien ha dicho el jueves. Yo vendría mañana, pasado mañana, cuando quieras.

—Entonces, mañana en el internado.

—Puedo venir aquí.

—Soy yo quien no podrá. No se me ocurre cómo justificar otra salida mañana. Hoy he dicho que iba a ver a Madeleine. Se supone que no se va hasta esta noche.

—Bien.

—¿Estás enfadado?

—No —dijo Denis—, nunca podré estar enfadado contigo. Simplemente, me gustaría irme a casa.

—Vete, pero antes dame un beso, por favor.

Denis se inclinó hacia sus labios, susurró que la quería y la besó. Ella sufría por haberles tomado el gusto a sus besos, por desearlos tanto. Pero cuando Denis se hubo marchado y se quedó de pie contra la puerta cerrada, con su larga túnica, sin el velo, fue todavía peor. Nunca había experimentado, ni experimentaría jamás, nada peor que aquel instante en el que todo estaba en su contra: el vacío que dejaba su marcha, la impaciencia por volver a verlo, la sensación de haberlo perdido, el arrepentimiento por todo lo que había dicho o hecho, la angustia de volver al internado, la certeza de estar condenada y de ser la causa de la condena de él..., todo, Dios, Denis, todo.

No seguir pensando en eso. No ver a toda esa gente en la calle, encerrarse en su habitación, solo.

No besar a mamá, no mirar a mamá, estar solo.

No sentarse a la mesa, decir que ha cenado en casa de la tía Juliette, que tiene sueño, estar solo.

Dormir.

El mes de abril es un mes maravilloso. Los árboles están verdes, el sol los baña en una luminosidad cálida. La gente camina más despacio y las terrazas de los cafés están abarrotadas. Unos pocos bañistas se pasean ya en bañador por las playas y dan rápidas brazadas en el agua.

Deseo de Denis. Deseo de besarlo, de mimarlo, de ser suya. Deseo de verlo, de oírle reír, de oírle hablar de su amor. Reír, hablar, moverse, todo con esa vivacidad de niño feliz. Los remordimientos, una punzada en el corazón. La felicidad, mi corazón contra el tuyo. Lejos de ti, mi corazón en la noche. «Denis, ángel mío —le dijo una vez—, no volveré a reírme de las poesías de las postales, ni de las canciones de amor, ni de los corazones grabados en los árboles. Ahora lo sé, éramos nosotros.»

La lasitud, la tristeza de la primera tarde, junto con esa especie de aversión hacia sí mismo, continuaron siendo incomprensibles para Denis. Seguramente era eso lo que le sucedía a todo el mundo. Después, el amor volvía a ser tan puro como el cielo. Ella tenía arrebatos maravillosos, se abandonaba a él con una ternura cuyo recuerdo asaltaba a Denis a cada instante, de modo que, en clase, o en su casa, tenía siempre una expresión ausente. «Denis está en la luna», decía su padre. Casi enseguida se sorprendió diciendo ante sus compañeros: «¿Sabes qué?», como ella, y enmarcando el vacío con las manos para explicar algo.

Y aquel mes de abril pasó, y en la playa los bañistas eran cada vez más numerosos, y más numerosas las hojas en los árboles.

Cambiaron al vigilante de la tercera división. Las clases transcurrían con más calma, y más calmado estaba también Denis.

¿Dios ha muerto? ¿Hay alguien más aparte de nosotros? ¿De nosotros dos juntos? Dios ha muerto. No hay nadie más que nosotros.

CAPÍTULO 15

Una mañana de finales de abril, en clase, Debaucourt se sentó al lado de Prieffin. Desde hacía algún tiempo, se los veía a menudo juntos. Ramon recuperó su sitio al lado de Denis. El padre Bellon no dijo nada y Ramon se quedó allí, con los codos sobre la mesa.

—Qué buena idea ha tenido yéndose —dijo Ramon.

—¿Quién? —preguntó Denis.

—¿Quién va a ser? Debaucourt.

—Ah. No sé por qué habrá cambiado de sitio.

—Porque quien le interesa ahora es Prieffin.

—¿Por qué dices «ahora»?

—Porque antes le interesaban otros. Antes eras tú el elegido. Parecíais dos amiguitas inseparables.

—¿Quieres que te parta la cara? —dijo Denis.

—Venga, hombre, lo he dicho para provocarte. ¡Vaya carácter!

—En absoluto —dijo Denis.

Miró a Debaucourt, y, con la barbilla apoyada en las manos, se volvió hacia la cátedra.

—¿Qué piensas de Debaucourt? —preguntó en voz baja.

Pierrot se acercó. Le interesaba la conversación.

—No pienso nada —dijo Ramon.

—Vamos, díselo —intervino Pierrot—. Más vale que lo sepa.

—De acuerdo —dijo Ramon.

Le sonrió a Pierrot y luego, poniéndose las manos delante de la boca para hablar, mantuvo la mirada fija en la cátedra, como si escuchara a Napoleón.

—Todo el mundo piensa que Debaucourt es una mala persona —dijo—. Nos preocupaba que fuerais uña y carne.

—¿Por qué? —preguntó Denis.

—Por sus ideas.

—¿Qué ideas?

—Lo sabes perfectamente. Esas ideas raras que tiene. ¿Aún no te ha pedido que vayas a los lavabos con él?

—No, nunca.

—A Cossonier sí, se lo pidió el otro día. Y Cossonier lo mandó al cuerno sin

contemplaciones.

—Ah —dijo Denis—. ¿Y qué pasó?

—Se lo pidió a Pierrot.

—¿En serio?

Denis se volvió hacia Pierrot y este bajó la cabeza en señal de asentimiento.

—Sí, me lo pidió y también lo mandé al cuerno. ¿Seguro que a ti no te lo ha pedido nunca? —preguntó Pierrot.

—Te digo que no, nunca. ¿Y qué quería hacer en los lavabos?

—¿No te lo imaginas? —dijo Ramon.

—Sí, pero a lo mejor me equivoco.

—Debaucourt es una mala persona. Seguro que no te equivocas.

—Dile de una vez lo que quería hacer —intervino Pierrot—. Puede que no lo tenga del todo claro.

Resultaba difícil decirlo, así que Ramon se tomó su tiempo. Se quedó pensativo mientras se pasaba el pulgar por los labios. El padre Bellon continuaba con la clase y Denis fingía prestarle atención. Ramon se volvió ligeramente hacia él.

—Quería hacer guarradas en los lavabos —dijo por fin—. Según él, es mejor hacerlas acompañado que solo.

—¿Lo has entendido? —preguntó Pierrot con los ojos puestos en el cuaderno.

—No soy tonto —replicó Denis—. Habría que ser tonto para no entenderlo. —Luego, dirigiéndose a Ramon, añadió—: ¿Y tú crees que Prieffin...?

—Seguro que es por eso. Es muy posible que Prieffin no sepa defenderse.

—Voy a echarme a llorar —dijo Denis.

Pensó que Prieffin podía hacer lo que le diera la gana. Que fuera a los lavabos con Debaucourt, si quería. No era cosa suya. Pierrot le leyó el pensamiento.

—Prieffin no es un guarro —dijo, inclinándose sobre la mesa—. No podemos dejarlo tirado.

—A mí Prieffin me tiene sin cuidado —replicó Denis—. ¿Sabes qué? Me encantaría verlo salir con ese otro. Sí, me encantaría.

—Prieffin no es mala persona —dijo Pierrot—, pero tú estás empezando a serlo.

—¿Qué? —saltó Denis—. ¿Quieres que te dé una paliza?

—No me dan miedo tus palizas —dijo Pierrot—. Lo único que sabes decir es eso: ¿quieres que te dé una paliza?, ¿quieres que te parta la cara? Adelante, hazlo. Pero eso no quita que estés volviéndote una mala persona.

—¡Cuidado! —dijo Denis—. Vas a recibir.

—Tú sigue pegando —dijo Pierrot—. Es para lo único que sirves. Eres un animal, y más terco que una mula.

Ramon le hizo una seña a Pierrot para que se callara. Se tocó la sien con un dedo señalando a Denis.

—No, no lo dejo —dijo Pierrot—. Yo no voy a abandonar a Prieffin. Nunca ha hecho nada contra nosotros.

—Oye, ya está bien —dijo Denis—. Ya he tenido bastante con el sermón del rector en misa.

—No entiendes nada de nada —dijo Pierrot, empezando a perder la paciencia—. ¡Eres un

pobre idiota!

—¡Basta! —dijo Denis en voz alta.

Le dio una bofetada a Pierrot, y el resto de los alumnos volvieron la cabeza hacia ellos. Pierrot tenía una mejilla colorada y miraba a Denis de frente. Al cabo de un momento, apartó los ojos sin decir una palabra.

—¿Está bien, Canny? —preguntó el padre Bellon.

—Sí —respondió Pierrot—, muy bien.

—¿Qué le pasa con Leterrand?

—Nada. No me pasa nada.

—Estense quietos —dijo el padre Bellon, y continuó dando la clase.

Ramon le había dado la espalda a Denis con desprecio. Este, con la cabeza gacha, no decía nada. Le lanzaba miraditas a Pierrot, que mantenía una expresión impenetrable. Entonces volvió los ojos hacia Prieffin. Este último estaba hablando en voz baja con Debaucourt y no parecía contento. Tenía las mejillas muy coloradas y, en efecto, no estaba nada contento. Denis esperó.

Al finalizar la primera hora, Debaucourt levantó la mano y pidió permiso para salir. El padre Bellon asintió con la cabeza. Debaucourt se levantó, pasó por delante de la cátedra y abrió la puerta. Denis lo miró y esperó a que la puerta estuviera cerrada para ver lo que Prieffin hacía. Prieffin seguía con la cabeza gacha y estaba escribiendo. Denis reparó en que fingía escribir mientras pensaba en otra cosa. Continuó observándolo y, tras un instante, lo vio levantar un brazo para salir también. El padre Bellon asintió con la cabeza y Prieffin, repentinamente pálido, se dirigió hacia la puerta.

—Por si hacía falta una prueba... —dijo Ramon cuando hubo salido.

Pierrot guardó sus libros y se levantó.

—Padre —dijo en voz alta—, ¿puedo salir?

—Ya hay dos fuera —dijo el padre Bellon.

—Me encuentro mal.

—Quédese en su sitio. Irá cuando los otros hayan vuelto.

—Pero..., padre, es que me encuentro mal —insistió Pierrot.

—Le digo que se quede en su sitio.

Pierrot se sentó y dejó que el padre continuara con la clase. Al cabo de un momento, se volvió hacia Jacky, que estaba al fondo del aula, y preguntó, gritando:

—¡Eh, Jacky!, ¿con qué está Bellon en este momento? ¿Latín o griego?

—¡Canny! —gritó el sacerdote acercándose a Pierrot.

—¿Qué, padre?

—¡Haga el favor de callarse!

—¡Pero si no estoy hablando con usted! ¡Hablo con Jacky!

—El jueves se quedará dos horas castigado.

—¡Esto es increíble! ¡Insisto en que estoy hablando con Jacky!

—Salga inmediatamente.

Pierrot sonrió y se levantó del pupitre.

—Sí, padre —dijo.

El sacerdote cambió de opinión.

—Quédese ahí.

—Ah, no, padre, usted me ha dicho que salga.

Jacky, al fondo del aula, se puso en pie:

—Él no ha hecho nada, ¡es injusto!

—¡Renaud, salga!

—No, padre. Yo tengo trabajo.

Mientras tanto, Pierrot había salido. Renaud se sentó, y el sacerdote, moviendo la cabeza con cara de desesperación, reanudó la clase.

Denis se levantó también, y Ramon lo imitó.

—¡Esta me la vas a pagar! —dijo Denis.

—¿Crees que me das miedo? —replicó Ramon.

El padre Bellon, exasperado, dio unos golpes en la mesa.

—¡Expulsados los dos! ¡Vayan al despacho del prefecto inmediatamente! ¡Ahora sí que se acabó!

Los dos chicos se dirigieron a la puerta sin rechistar. El padre Bellon, sorprendido, los miró salir y se encogió de hombros.

Ramon y Denis bajaron a toda prisa la escalera y salieron corriendo al patio de entrada. No se veía a los otros.

—Debaucourt va a sacudirle a base de bien —comentó Ramon.

Vieron a Prieffin corriendo por el patio de los mayores en dirección al locutorio. Debaucourt y Pierrot estaban peleándose junto a los grifos. De lejos, Pierrot parecía defenderse muy bien.

—Yo voy con Prieffin —dijo Denis—. Vosotros dos encargaos de ese.

—Vamos a dejarlo fuera de combate —aseguró Ramon, y siguió corriendo hacia Pierrot.

Denis dio media vuelta para ir tras Prieffin. Llegó al patio central y subió lentamente la escalera de piedra que conducía a la capilla sacudiéndose los pantalones. Cuando entró en ella, sin hacer ruido, Prieffin estaba solo en un rincón, de rodillas, llorando. Denis tosió. Prieffin, sin levantar la cabeza, se deshizo en lágrimas. Denis se acercó a él y le pasó un brazo por los hombros.

—Venga, venga —susurró—, no llores. Ya está, no pasa nada.

Prieffin continuó llorando.

—No diremos nada. Te lo juro. No eres el primero al que atosiga Debaucourt. Conmigo también lo intentó.

Prieffin, sollozando, buscó refugio en el hombro de Denis.

—No llores —repitió este, pasándole una mano por la mejilla húmeda y caliente—. Venga, para ya.

—Yo no quería —murmuró Prieffin con voz desconsolada—. Yo no quería..., me ha contado montones de cosas..., yo no sabía...

—Claro, tú no lo sabías —dijo Denis—. Ahora ya ha pasado todo. No llores más.

Dejó que siguiera apoyando la cara en su hombro mientras esperaba a que se calmara.

—¿Por qué has venido a la capilla?

—No lo sé —dijo Prieffin, secándose los ojos con la mano—. Pensé que estaría mejor aquí,

que estaría tranquilo. Pensar en la capilla ha sido lo que me ha hecho ponerme a llorar cuando...

Se interrumpió y empezó a sollozar de nuevo. Denis, incómodo, le pasaba una mano por el pelo mirando a la Virgen. La Virgen estaba inmóvil, con los brazos extendidos. Denis se acordó de sus propios pecados y de pronto se sintió mal, le entraron ganas de vomitar. Le habló con ternura a su compañero y este acabó por calmarse.

—Gracias. Yo creía...

—¿Qué creías? —preguntó Denis.

—Creía que no te caía simpático. Que me tenías ojeriza por algo.

—No, qué va —dijo Denis—. No te tengo ojeriza.

Le obligó a levantarse.

—No llevo pañuelo —dijo Prieffin rebuscando en sus bolsillos, con la cara bañada en lágrimas.

—Siempre pasa lo mismo, yo tampoco llevo.

Prieffin se secó cuidadosamente las mejillas con una manga y salieron los dos. Los otros tres ya no estaban en el patio. Subieron a clase. Pierrot y Ramon estaban muy tranquilos. Pierrot tenía una marca encima del labio, pero el rostro de Ramon estaba intacto. Debaucourt, sentado en su pupitre, se limpiaba la sangre de la boca y la nariz. El padre Bellon traducía un poema del latín con voz mecánica, sin duda preocupado por un incidente que no comprendía, pero no levantó la cabeza cuando Denis y Prieffin entraron.

—¿Puedo sentarme a tu lado? —preguntó Prieffin en voz baja.

Ramon se sentó junto a Jacky y Prieffin compartió el pupitre con Denis. Pierrot miraba a Napoleón con expresión atenta, como de costumbre. Denis buscó su mano.

—No pasa nada —murmuró Pierrot—. Antes estabas nervioso. Somos amigos, no te preocupes, siempre seremos buenos amigos.

Así era Pierrot.

CAPÍTULO 16

Durante el resto del día, Denis se sintió triste y abatido. Aquel episodio lo había trastornado. No tanto por lo que tenía de sórdido como por lo que Prieffin le había dicho en la capilla. Las palabras que Prieffin había empleado regresaban a su mente una y otra vez.

«Pensé que estaría mejor aquí, que estaría tranquilo. Pensar en la capilla ha sido lo que me ha hecho ponerme a llorar cuando...»

Esas palabras lo martilleaban. De pronto echaba de menos sus oraciones, sus acercamientos a Dios y la tranquilidad que antes le producía sentirse limpio. Ahora, en cambio, era un desgraciado, una persona impura, abyecta, estaba condenado sin remedio. Llevaba días cometiendo los peores pecados, había llegado incluso al sacrilegio, y sin sentir el menor remordimiento.

«Pensé que estaría mejor aquí...»

Era igual de depravado que Debaucourt, y estaba igual de solo.

Jamás podría volver a ser como los demás, rezar en la capilla, comulgar con el corazón en la mano, con esa maravillosa confianza y alegría que había sentido algunas veces. Sentía arcadas.

A las cinco, en la sala de estudio, dejó una solicitud de confesión sobre el pupitre y reparó en que Prieffin hacía lo mismo. Recogieron las solicitudes y se las llevaron a los confesores. Cuando habían transcurrido más o menos treinta minutos de la hora de estudio, llamaron a Prieffin y este fue a confesarse. Denis no sabía aún qué diría, pero no había podido resistirse al impulso de rellenar la hoja. Cuando Prieffin volvió, Denis lo notó más tranquilo, parecía contento. Murmuró una oración para sí mismo y se sintió sincero consigo mismo. No del todo, pero casi. Hacía cuanto podía para no pensar en sor Clotilde.

Lo llamaron muy tarde y, lentamente, recorrió los pasillos hacia la habitación del padre Prédel. Cuando llegó, no se atrevió a llamar a la puerta. Bajó a los patios desiertos. El cielo estaba azul, no acababa de ponerse el sol. Fue hasta los grifos para beber —incluso el agua le daba náuseas— y pensó que prefería confesarse con el padre Hervé. Con él no se había confesado nunca; sería más fácil.

El padre Hervé le daba clase de matemáticas. Era alto y muy delgado, y cuando andaba, su cuerpo parecía serpentear bajo su ajustada sotana. Lo llamaban la Anguila. Denis lo conocía bien. A veces charlaban después de clase. Pero nunca se había confesado con él y pensó que era la mejor opción.

Regresó hacia las instalaciones sin apresurarse. Tardó todo el tiempo que pudo en llegar a la habitación del padre Hervé. Ni siquiera tenía ya ganas de confesarse. Sentía confusamente que ya no era sincero consigo mismo, que todo volvía a ser como antes. Su amiga lo estrechaba con sus

brazos blancos. Apartó desesperadamente aquel pensamiento de su mente y llamó a la puerta.

—Pase —dijo la voz potente del sacerdote.

Denis entró y cerró la puerta de espaldas al confesor. Cuando este le vio la cara al muchacho, emitió un silbido.

—¿Algo va mal?

—Muy mal —dijo Denis con dificultad—. Tenía que confesarme con el padre Prédel, pero prefiero hacerlo con usted.

Se arrodilló siguiendo una indicación del sacerdote. Notó en la frente su aliento, que olía a una mezcla de tabaco y eucalipto.

—¿Qué es lo que va mal? —preguntó el padre Hervé.

Hizo una señal de la cruz por encima de la cabeza del muchacho y recitó una breve oración en voz baja.

—¿Tan graves son los pecados que ha cometido?

Denis no respondió.

—Le escucho, hijo.

Denis buscaba las palabras adecuadas. Aún tenía la costumbre de hacerlo. No es una costumbre que se pierda. Empiezas por los pecados menores, te demoras un poco en ellos, dices rápidamente los grandes y terminas, despacio otra vez, con otros de poca importancia. Denis no había perdido la costumbre.

—En primer lugar, he sido orgulloso —dijo.

—Sí —dijo el sacerdote, con los ojos cerrados.

—He perdido los estribos con mucha frecuencia.

—Sí.

—No... no rezo mis oraciones desde hace más de quince días. Y he cometido un sacrilegio.

—¿Qué sacrilegio?

Denis suspiró profundamente.

—La comunión —dijo—. He comulgado estando en pecado mortal.

—¿Qué pecado mortal, hijo?

—He cometido actos impuros. He tenido malos pensamientos y he...

Se interrumpió, en espera de algo que no llegaba.

—¿Solo? —preguntó finalmente el sacerdote.

Denis miró un crucifijo que estaba colgado en la pared y ya no apartó los ojos de él.

—Solo y... con una mujer.

—¡A su edad! ¿Qué ha hecho con esa mujer?

Denis no podía seguir respondiendo. De hecho, las palabras se quedaban atrapadas en su garganta y volvía a sentir náuseas.

—Debe contármelo todo, hijo. Seguro que está muy afligido.

—La verdad es que no, padre —dijo Denis a su pesar.

—¿No se arrepiente?

—Sí, padre.

—¿De todo corazón?

—Sí, padre.

Intentó con todas sus fuerzas convencerse de que se arrepentía y no lo consiguió. Temió estar cometiendo, para colmo de males, otro sacrilegio.

—¿Qué ha hecho con ella?

—Es mi amante —dijo Denis.

—¿Su qué? Hijo mío, sin duda no conoce el significado de esa palabra. ¿Ha sido ella la que lo ha inducido? ¿Ha hecho o dicho algo que lo ha turbado? ¿Era la primera vez para ella también?

Denis titubeó un instante y luego pensó que no tenía sentido titubear.

—Sí —dijo.

—¡Pero eso es muy grave! ¿Se trata de un miembro de la familia? ¿Una prima quizá? En cualquier caso, ¿alguien de su edad?

El sacerdote había abierto los ojos y Denis sentía el peso de su mirada. El joven respondió a cada una de las preguntas negando con la cabeza.

—¿A qué se dedica esa chica?

—No..., no lo sé. Bueno —rectificó—, no puedo decirlo.

—Debe decírmelo. Confía en el secreto de confesión, ¿no es así?

—Sí, padre, pero...

—Es preciso que me lo diga, hijo.

—Es monja —dijo Denis con más facilidad de la que había imaginado.

El sacerdote permaneció unos segundos en silencio. Cuando Denis se atrevió a mirarlo, vio sus grandes ojos muy abiertos, llenos de asombro, más que por la gravedad del pecado, por lo absurdo de aquella historia. Al menos esa fue la impresión que tuvo Denis.

—No debe volver a ver a esa desdichada —dijo por fin el sacerdote—. ¿Vive aquí?

—Eso no estoy obligado a decírselo.

—Desde luego que sí.

—Sí, vive aquí.

—Está bien. ¿Hay algo más?

—Les he mentado a mis padres. He sido glotón.

—Sí.

—He sido insolente con mis profesores. Creo que eso es todo.

—Sí.

Siguió un silencio interminable.

—Debe prometerme que no volverá a ver a esa mujer.

—Se lo prometo —dijo Denis.

—Debe prometerme también que no volverá a pensar en ella salvo en sus oraciones, por la remisión de sus pecados.

—Se lo prometo.

—Rece treinta rosarios pidiendo perdón a Dios. Dios es infinito en Su misericordia. Las potencias del mal, entre ellas el demonio de la carne, no pueden hacer nada contra Su bondad y Su misericordia. Recite conmigo el acto de contrición.

Denis recitó la oración con el sacerdote, pero —el diablo debía de estar haciendo también su trabajo— no se creía ni una sola de las palabras que pronunciaba. Después, el padre Hervé le dio la absolución.

—Puede irse, hijo, y no vuelva a cometer pecados como ese —añadió para terminar—. Y no tarde en venir de nuevo a verme.

—Gracias, padre —dijo Denis, y se levantó.

Mientras salía, volvió la cabeza. El padre Hervé estaba de pie, mirándolo fijamente con aire preocupado, como si se le escapara algo.

Denis se arrodilló en una esquina de la capilla vacía, bajo la Virgen, en el mismo sitio donde se había arrodillado Prieffin. Juntó las manos, apoyó la barbilla sobre ellas y empezó a recitar las avemarías, pero, en realidad, no era capaz de concentrarse.

Recordó su sacrilegio y ya no se arrepentía de haberlo cometido. El rostro de sor Clotilde volvía a su mente, una y otra vez, y de pronto se sintió agobiado: ella ya estaba esperándolo y él no acudiría a su cita.

Dios. Para mí, sor Clotilde es mejor de lo que Dios lo ha sido jamás. Hacer mi camino junto a Dios y olvidar a sor Clotilde. Nada más. Dios. Estos días estaba feliz y sereno. Más feliz que nunca. Dios no me da esa dicha. Me da una alegría inquieta, pasiva. Pero, Señor, yo estoy vivo, quiero una alegría viva.

Estas náuseas que no se me pasan desde esta mañana.

Soy estúpido. Por una tontería, no hago más que hacer estupideces. Por un incidente que no me concernía, voy a echar por la borda la felicidad que tengo, toda mi felicidad. Amante. El significado de las palabras. No volver a verla. Una estupidez. Qué más quisiera Hervé. Qué más quisieran todos.

No. Piensa un poco, veleta. Veamos. No pasa nada. Ya no estoy arrepentido. Estoy seguro de que no me arrepiento de nada. Denis tenía los ojos fijos en la Virgen.

Que me mire lo que le venga en gana. No ve nada. Todo eso son pamplinas. ¿A qué quieren obligarme? A la mierda todos y sus pamplinas. ¿Me oís? A la mierda todos. Si me oyen, qué se le va a hacer. Y si el infierno no existe, menudo timo arruinarse la vida. Me dará un síncope si me despierto cuando esté muerto. La apuesta de Pascal. Pamplinas. Vendo mi alma por un beso. La habitación. Tu mirada, tus brazos, tu boca entreabierta, tu rostro extasiado sobre la almohada, mi alma eres tú.

Voy a deshacerme de todo esto. A mandarlo a paseo. A esta Virgen y todas sus tonterías, sus penitencias, sus confesiones, su palabrería. ¿Me oís? Os mando a paseo. No penséis que vais a engañarme. No tengo nada de lo que arrepentirme porque estoy vivo.

Estar con ella. No pensar más que en ella... Mi vida en sus ojos. Es eso, ¿te acuerdas? Dos en el mismo espejo.

¡Si supieras cuánto te quiero! Blasfemo, por supuesto, pero te quiero. Más que a nada, más que a Dios, más que a esta imagen, que a estos remedos de no se sabe qué, que a todas estas figuras de yeso. Te quiero.

Sentía los latidos de su corazón hasta en la garganta pensando en ella, que lo esperaba con los brazos abiertos, sonriendo.

Se levantó, decidido y tranquilo. Pero tranquilo solo por dentro, porque su cuerpo era un manojo de nervios. La Virgen tenía los ojos vacíos. Fue hacia ella, se quedó un momento de pie escuchando los latidos de su corazón y volvieron a entrarle náuseas. Soy un imbécil acabado, se dijo, tengo una suerte inmensa y me dejo influir por un chico que llora en una capilla. Qué cosa

más absurda. Pero mejor así. Yo sé lo que quiero. Ya es cosa hecha, otra buena experiencia. Si sigo por este camino, todo irá bien. Voy directo. Pase lo que pase, sé adónde voy, sé a qué atenerme.

Echó a andar por el pasillo. Desde la puerta, miró una vez más el altar. No le convenía marcharse así. Debía hacer algo definitivo, importante, una especie de punto final.

No hizo nada. Se encogió de hombros y salió. La hora de estudio estaba a punto de acabar. No había terminado de hacer los deberes, pero le traía sin cuidado. Se dirigió hacia los servicios de los mayores, entró en uno de ellos y se metió los dedos en la boca para vomitar. Al salir, bebió un poco de agua del grifo para quitarse el mal sabor y permaneció un rato inmóvil.

Todo el nerviosismo se le había pasado. Se sentía feliz y libre en la pequeña habitación a la que iba a acudir de nuevo. Se metió las manos en los bolsillos y regresó sin prisa al aula de estudio. El sol resplandecía detrás de los edificios.

CAPÍTULO 17

Aquella tarde, Denis se lo contó todo a sor Clotilde. Le habló de la confesión y de lo que había sucedido con Debaucourt desde que este llegó al colegio. Ella le hizo prometer que evitaría al nuevo, y ahí quedó la cosa.

—De lo de la capilla, ¿no dices nada?

Estaban tumbados uno junto a otro en la cama. Ella abrió los ojos y se incorporó apoyándose en un codo.

—No puedo decirte nada. No sé lo que nos pasa. Lo que tú estás viviendo, lo estoy viviendo yo. Lo que me cuentas, podría contártelo yo a ti. Camino a tientas en la oscuridad, como tú. No puedo decirte nada.

—Ya no creo en Dios —dijo Denis.

Ella lo besó.

—No digas eso. Deja que siga queriéndote. Quizá más adelante reflexione sobre esa cuestión. Pero ahora no.

Él se encogió de hombros.

—Tú eres un niño —dijo sor Clotilde—, no hay nada que te condicione. Sobre mí, en cambio, pesan muchas cosas que me retienen. Estoy desorientada, ¿comprendes? Y creo que Dios debe de saber lo que nos pasa.

—Comprendo —dijo Denis—. Pero no tiene importancia, todo va bien, ¿verdad?

—Todo va bien, mi vida. Soy demasiado feliz.

—Demasiado no.

—Sí. Nunca me he sentido así. Nunca he sido de nadie.

—Lo sé —dijo Denis.

—De nadie, nunca. Solo tuya.

—Lo sé. Yo te querré más que a nada en el mundo. Te querré con todas mis fuerzas. Nunca te engañaré.

—Entonces, soy feliz. Lo soy durante todo el día. Te veo en todas partes. Tienes una sonrisa de ángel, ¿sabes?

—Olvídate de los ángeles.

—Tienes una sonrisa maravillosa, ángel mío.

—Para ya —dijo Denis—. Esta tarde estoy harto de ángeles y de todas esas pamplinas.

Ella se sintió avergonzada.

—No lo diré más. Te lo prometo, no lo diré más. ¿Me quieres todavía?

Denis se estrechó contra su pecho y su vientre.

—Tienes unos ojos demasiado bonitos para que deje de quererte. Tus ojos son más bonitos aún que los de todos los ángeles de la creación. Tus ojos son los más bonitos que es posible imaginar.

—Cuando me miras, me avergüenzo de mi pelo.

—¿De tu pelo?

—De lo corto que lo llevo.

—Tienes un pelo precioso. Ondulado y sedoso. Además, el corte que llevas me gusta, con bucles alrededor de las orejas, en el cuello y sobre la frente.

—Volverá a crecer, ya verás. Seré como antes. Antes del noviciado, los cabellos me llegaban hasta aquí, mira, casi hasta las rodillas. Y conozco a algunas que van completamente rapadas, ¿sabes? Pero yo no dejaré que vuelvan a cortarme el pelo.

—No te quedará más remedio.

—No, nunca más.

—¿Lo abandonarás todo?

La pregunta le hizo daño. No obstante, se esforzó en sonreír.

—No lo sé. Digo lo que pienso, no he reflexionado en lo que haré más adelante. No puedo hacerlo aún, ¿comprendes?

—Comprendo —dijo Denis—. De todas formas, me da igual.

—No, no te da igual. Pero no tengo el valor necesario para pensar en eso, todavía no. Están los demás..., mi familia... No puedo. Y estás tú. Es posible que cambies.

—Ya te he dicho que yo no cambiaré nunca, no hay que darle más vueltas a ese asunto, así que deja de repetirlo.

—Nunca se sabe —dijo la joven—. Pero no hablemos más de eso. Ya veremos, ¿no?

—Sí —dijo Denis—, ¿y sabes lo que veremos? Que iré cumpliendo años y un día seré mayor y viviremos los dos juntos. ¿Y sabes qué? Te compraré vestidos espléndidos.

—¿Sabes qué? —replicó ella en el mismo tono—. ¡Estás loco! —Y continuó, dejándose arrastrar por la imaginación—: Solos los dos, sin nadie más. Te querré mucho, mucho, mucho. ¡Y me dejaré crecer el pelo! —añadió, triunfal.

—No —dijo Denis—, el pelo me gusta así. No quiero que te lo dejes crecer.

—No apartes la mano, mi vida. Me encanta que me pases la mano por el pelo.

Él acariciaba su cabeza rubia, y los bucles ondeaban bajo sus dedos. Ella lo rodeó por la cintura con los brazos y se inclinó sobre su pecho para besarlo. Denis cerró la mano sobre sus cabellos.

—Deja que pase el tiempo —susurró—. Ya verás. Seremos felices y nadie podrá interponerse entre nosotros. Ahora somos felices y mi vida es maravillosa. Más adelante estaremos tranquilos. No pienses en nada más. Más adelante estaremos por fin tranquilos y viviremos en un piso pequeño, como este, muy pequeño, con una cama pequeña para estar más juntos.

Ella le seguía el juego y decía, con la boca pegada a su piel:

—Abrázame fuerte. Pequeña es aún demasiado grande. Una cama muy pequeña, mi vida. Tú no trabajarás, porque no te gusta, trabajaré yo por los dos. Dormirás durante el día para amarme por la noche y poder charlar conmigo.

—Y tú, ¿cuándo dormirás?

—Yo no dormiré. No quiero dormir. Dormimos demasiado y no vivimos bastante. Quiero aprovechar lo máximo que pueda de mi vida, ya.

Y él, más bajito:

—Te deseo, ¿sabes?

—Yo también, mi vida. Te quiero y te deseo.

Más tarde, Denis contempló su rostro sobre la almohada durante un largo rato. Un rostro abandonado, con los ojos cerrados.

—¿Se puede amar siempre? —preguntó.

—Yo te amaré siempre.

—¿No es maravilloso?

—¿El qué?

—Amo lo que es maravilloso.

Ella abrió un ojo, solo uno, y vio su túnica sobre el parqué. Él la miró también y se encogió de hombros. Después tomó el rostro de la joven entre las manos para estrecharlo entero contra su boca.

—No te avergüences —dijo—. No mires tu túnica nunca más. No me gusta. No te sienta bien. ¡Un sayal! ¿Por qué te la pones, si no me gusta?

Ella movía despacio la cabeza entre sus manos. De repente, lo besó, recogió su enagua de tela áspera y saltó de la cama. Fue corriendo hacia la puerta de la habitación.

—¿Adónde vas? —preguntó Denis—. No quiero que te vayas.

Ella se detuvo en el umbral, apretando la enagua contra su cuerpo. Tenía una sonrisa feliz, iba medio desnuda, era hermosa, no se parecía a ninguna otra mujer del mundo.

—Espera —dijo—. Voy un momento al cuarto de al lado y vuelvo enseguida. —Dio un paso, pero cambió de idea—. Es demasiado tarde —dijo, perdiendo la sonrisa.

—¿Demasiado tarde? Aún no son las siete. Mi reloj va bien, es muy bueno.

La joven se acercó a él de nuevo.

—¡Vete! —dijo Denis—. ¡Ve a la otra habitación! ¿Qué querías hacer?

Ella miró el reloj del muchacho y le besó el brazo. Después se marchó al otro cuarto. Él se levantó y se vistió. Oía a la joven abrir cajones y silbar.

—¿Qué haces? —preguntó—. ¿Vienes o no? Hace un siglo que no te veo.

Prestó atención, pero ya no oía nada.

—Amor mío —dijo.

Ella estaba en la puerta, llevaba puesto un vestido de Madeleine, de lana escocesa, ceñido en la cintura.

Denis se sentó en la cama y se echó a reír.

—¿No me sienta bien? —preguntó ella—. Dime que me sienta bien. —Se acercó a Denis y lo cogió por los hombros—. Acabaré por enfurruñarme —dijo—. Para ya de reírte.

Él levantó los ojos y advirtió que se había sonrojado, que estaba avergonzada. La abrazó y la hizo sentarse en su regazo.

—No te enfurruñes, anda —dijo—. Estás maravillosa. Prefiero verte así que vestida de monja.

—¿Me queda bien el pelo con esto? Lo llevo demasiado corto.

—Ya te he dicho que tu pelo está muy bien así.

—Crecerá.

—Te he dicho que no quiero que te lo dejes crecer. ¿O tengo que enfurruñarme yo también?

—No —respondió ella—, debes de estar irresistible cuando te enfurruñas. No saldríamos de aquí.

—No salgamos nunca.

Ella se levantó, desanimada.

—No nos queda más remedio.

Él meneó la cabeza y le lanzó la almohada. Pero ella no tenía ganas de jugar. Estaba triste. Le devolvió la almohada, cogió su larga túnica blanca y se vistió.

—Hermana —dijo Denis.

—Por favor, mi vida...

—Tienes razón. Cuando me lo propongo, soy un idiota acabado.

Sentado en la cama, sacó un paquete de tabaco del bolsillo de los pantalones. Ella lo miró.

—¿Fumas?

—De vez en cuando. Me lo da un amigo a cambio de chocolate.

De pronto, la joven tomó conciencia de que algo horrible anidaba en su mente: lo había convertido en su amante y le parecía monstruoso que, a su edad, empezara ya a fumar.

Tuvo que sentarse.

—¿Qué pasa? —dijo él—. ¿No te encuentras bien? Estás muy pálida.

Ella le quitó el paquete de tabaco de las manos y lo acunó entre sus brazos.

—No es nada.

—Pensabas en algo.

—Sí, en tu edad y en la mía.

—¿Por el tabaco?

Ella bajó la cabeza.

—No pienses más en eso —dijo Denis—. Te equivocas, mi vida. El tabaco me hace toser, no estoy acostumbrado a fumar, pero ya no soy un niño. ¿Soy un niño, mi vida?

—No.

Denis reparó en que sonreía de nuevo.

—No somos más que unos niños grandes los dos —dijo ella—. Tenemos la misma edad. —Contó con los dedos—: Tres meses. —Al ver que él se apartaba, añadió—: Quédate un poco más. Fúmame un cigarrillo. Nos iremos después.

Denis se sentó en el suelo, junto a ella. La joven cogió las cerillas que él le tendía, encendió con ellas un cigarrillo y se lo dio.

—Te espero en el internado mañana por la tarde —dijo—. Date prisa en llegar. Se hace muy larga la espera.

—Lo sé, me apresuraré.

—¿No estarás enfadado conmigo por lo de antes? No debería haberme puesto triste.

—No pienses más en eso —dijo Denis—. Eres una mujercita maravillosa. Eres muy dulce conmigo.

—Te quiero más que a nada.

—Lo sé —dijo Denis—. Lo sé perfectamente. Eres una mujercita realmente maravillosa.

CAPÍTULO 18

El mes de mayo parecía que llegaba a su fin igual que los demás. La ciudad entera, embotada a causa del calor, se replegaba en las calles sombreadas. Sin embargo, bajo la calma de una primavera demasiado esplendorosa, bajo la tranquilidad aparente de los seres, se incubaba un nerviosismo que iba en aumento de día en día.

Durante tardes luminosas, caminaron uno junto a otro por la avenida de la playa, deteniéndose en la pequeña iglesia desierta. Esas tardes no pasaban mucho tiempo juntos y sor Clotilde regresaba pronto, antes de la oración, para que, en la medida de lo posible, no se le tuviera en cuenta el retraso de los demás días.

A principios de mes, la señora Leterrand había ido al internado para conocerla. Se habían visto en presencia de la superiora. La señora Leterrand no se parecía a su hijo. Era pausada, razonaba con prudencia, sopesaba cada palabra que decía, desgranando las frases una tras otra, lentamente, como si se moviera por un terreno preparado con antelación. Una conversación un poco larga con ella habría resultado insoportable, pero no se entretuvo demasiado, se limitó a agradecerle a la religiosa su amabilidad con Denis y a preguntarle si le sería posible ir a su casa a darle las clases. Sor Clotilde no se mostraba a la defensiva, no se atrincheraba detrás de los recovecos de las frases. Eso complicaría las cosas, pensó de inmediato, pero no tuvo tiempo de reflexionar. La superiora dio su consentimiento, argumentando que era preferible no crear un precedente con visitas de chicos al internado. Sor Clotilde acató su voluntad. Disimuló un súbito estremecimiento cuando la superiora comentó que Denis llevaba varios días sin ir. Afortunadamente, la señora Leterrand estaba demasiado ocupada en sopesar la frase de despedida adecuada y no la oyó.

Cuando se hubo marchado, la superiora retuvo un momento a sor Clotilde en el locutorio.

—¿Piensa ir a menudo a casa de los Leterrand?

—Dos días a la semana, si le parece —dijo sor Clotilde—. Quizá alguno más cuando Denis tenga que examinarse.

La superiora asintió con la cabeza.

—¿Es buen chico? —preguntó.

—Mucho. Yo lo aprecio mucho.

—No se encariñe con los niños —le aconsejó la superiora—, porque antes o después se echa de menos no haberlos tenido. Y sé de lo que hablo. —Se quedó callada y suspiró—. A mí también me habría gustado tener hijos —añadió—, pero, indudablemente, no es esa nuestra verdadera misión.

Ahora, sor Clotilde sí que se había puesto en guardia.

—¿Acaso no tiene cientos de hijas? —replicó—. ¿No soy yo su hija, al igual que todas mis compañeras?

La superiora la observó atentamente, sin ningún disimulo, y pareció satisfecha del resultado del examen.

—Venga —dijo, cogiendo a la religiosa por el brazo—. No paramos de decir tonterías y yo tengo que trabajar. Debo ocuparme de mis hijas.

Durante las tres semanas que siguieron, sor Clotilde fue varias veces a casa de los Leterrand para tener una coartada. Así, las tardes en las que se encontraba con Denis en el piso de Madeleine, podía retrasar la vuelta al internado sin temor alguno. No lamentó haber aceptado, a su pesar, la propuesta de la madre del muchacho.

El último lunes del mes, los hombres que no estaban en Alemania o en el maquis corrieron la voz de que se convocaría una huelga para llamar a los habitantes de la zona sudeste a la resistencia. Los ocupantes continuaban yendo y viniendo con toda tranquilidad, pero todo el mundo sabía cuál era la situación.

—Están en las últimas —repetía la gente—. África, Italia, están perdiéndolo todo. Los americanos no tardarán en desembarcar. Ya veréis, para el 14 de julio estarán en París.

A Denis no le interesaba lo que se decía por ahí. El único eco que le llegaba de la guerra eran los noticiarios del cine y las alarmas. Y no le daba importancia ni a una cosa ni a la otra. Las alarmas siempre eran falsas alarmas, y la gente seguía andando por las calles, como si tal cosa, hasta que sonaban de nuevo las sirenas anunciando el fin del peligro. Los noticiarios que veía Denis cuando iba al cine con sus padres informaban de que las tropas alemanas, siempre superiores, estaban aniquilando a las tropas enemigas y llevaban a cabo repliegues estratégicos. Denis se mostraba del todo indiferente a los repliegues estratégicos, y pensaba que, tal como estaban las cosas, lo mejor era dejar que «ellos» combatieran a sus anchas. De todas formas, sor Clotilde había dicho que los Aliados ganarían la guerra. Así que la ganarían. Que combatieran «ellos» y dejaran tranquilos a los demás.

Unos días después empezó la huelga. Pero fue una huelga mínima, lo que suscitó una desaprobación casi unánime entre los alumnos. Prácticamente todos los comercios estaban abiertos, y los tranvías continuaban funcionando. La jornada transcurrió sin más incidentes que la explosión de una bomba en la sede de la Gestapo, que los alemanes habían establecido en el barrio donde estaba el colegio. Según el vigilante de la primera división, la bomba había destruido una planta y matado a tres militares, entre ellos un coronel. No obstante, al atardecer los tranvías regresaron a las cocheras antes de la hora habitual.

Aquella tarde, Denis vio a sor Clotilde en la pequeña iglesia y volvió a casa a pie.

Al día siguiente, los tranvías no funcionaban. La señora Leterrand dijo que el colegio estaba demasiado lejos para ir andando y Denis se quedó en la cama. Hacia las nueve, se arregló y salió para ir a la barbería. Había una en la esquina de su calle. Una vez allí, cogió una revista y se puso a leer mientras esperaba su turno.

En ese momento sonó la alarma.

—Ya empezamos —dijo el barbero, un hombre bajo y calvo—. Vuelta otra vez con lo mismo.

—No te preocupes —dijo un cliente—, esto de las alarmas es una bobada.

—No me preocupo, pero las sirenas me ponen nervioso. Cuando las oigo, no puedo evitar

echarme a temblar.

Denis continuaba leyendo. La alarma se prolongaba. Le cortaron el pelo. Él se miraba en el espejo y escuchaba a los hombres.

—Hace media hora que empezó —dijo el barbero—. Otras veces no ha durado tanto.

—Bueno, bueno, pero no tiembles mientras estás con el niño —dijo el cliente que había hablado con anterioridad—. A ver si vas a cortarle las orejas.

—¡Ay, pobrecillo! —exclamó el barbero—. No, ya no tiemblo. Lo que me pone nervioso son las sirenas. No tiemblo, ¿verdad, hijo?

—Espero que no —dijo Denis—. Les tengo apego a mis orejas.

El barbero se echó a reír y miró el rostro de Denis en el espejo.

—Eres un buen chico —dijo—, y guapetón. ¿Van bien los amores?

—Así así —respondió Denis.

El barbero se calló y reanudó su trabajo. Cuando hubo terminado, retiró la toalla que le había puesto a Denis sobre los hombros.

—Estás espléndido —dijo.

Denis pagó en la caja y salió.

—Hasta la vista, hijo —dijo el barbero—. No te cortaré las orejas, no temas. Lo único que me pone nervioso son las sirenas.

Mientras caminaba por la acera, el muchacho se acordó de que su madre le había pedido que comprara una botella de vermut en el bar de debajo de casa, porque al día siguiente había invitado a unos tíos de Denis a comer. El establecimiento, sumido en una fresca penumbra, estaba en silencio y casi vacío.

—Deme una botella de vermut —le dijo Denis a la mujer del bar—. Cinzano. Es para papá.

La mujer le hizo una seña indicándole que se callara y fue a buscar la botella. Denis se inclinó sobre una mesa para mirar el periódico. Alguien dijo que los de Hacienda se pegaban la vida padre, pero él no hizo caso. Fue al oír los aviones sobrevolando la ciudad cuando miró a los hombres que se encontraban allí. Uno tras otro, se levantaron con los ojos fijos en el techo, a la escucha.

—Pues esta vez va en serio —dijo uno.

Inmediatamente se produjeron fuertes detonaciones por el lado de la costa. Denis se dirigió a la puerta para comprobar el efecto que causaba aquello en el cielo. No vio nada. El cielo estaba azul. En la calle, la gente empezó a correr.

—Yo me voy —dijo uno de los hombres del bar—. Si esta vez va en serio, iré al refugio.

Las detonaciones se incrementaban a gran velocidad.

—Es la defensa antiaérea —dijo el hombre al salir. Ya en la acera, se volvió hacia sus compañeros. Escuchaba con atención—. Es la defensa antiaérea —repitió—. Lo sé porque estuve con ellos en el 40. No teníamos de nada, ni siquiera obuses que disparar.

—Entonces, ¿cómo sabes el ruido que hacen? —dijo otro—. Con artilleros como tú, no es de extrañar que nos derroten.

El hombre se marchó sin contestar. Cuando las detonaciones sonaron más fuerte, Denis salió también. En la calle, la gente, asustada, corría en grupos hacia los refugios. Denis se había dejado la botella, pero pensó que iría a buscarla más tarde. Cuando llegó a su casa, las bombas empezaron a caer sobre la estación y más lejos, al otro lado de la ciudad, sobre los muelles.

La señora Leterrand buscaba, nerviosa, los documentos y el dinero que guardaba en un cajón.

—Baja —le dijo a Denis—. No te quedes aquí. Baja al zaguán.

—Te espero —contestó Denis—. Papá llegará de un momento a otro.

—¡Baja —gritó su madre—. ¡Haz el favor de bajar o te doy un bofetón!

—Vale, vale —dijo Denis, y bajó.

En el zaguán, unos inquilinos del inmueble estaban hablando entre ellos de pie. Otros bajaban saltando los peldaños de cuatro en cuatro. Las bombas caían cada vez más cerca.

—Los tenemos encima —dijo de pronto uno de los vecinos. Cerró la puerta—. ¡Cuidado, los tenemos encima! ¡No se queden junto a la puerta!

Los demás, hombres y mujeres, se acuclillaron junto a la escalera. Denis subió unos peldaños y miró hacia arriba. Se oían los aviones con toda claridad.

—¡Mamá! —gritó—. ¡Baja!

—Ya voy —dijo su madre desde arriba—. No te asustes, cielo, ya voy.

—¡Por Dios, no me asusto! —replicó Denis—. ¡Pero date prisa!

La señora Leterrand debía de estar en el segundo piso cuando cayeron las bombas. Fue una terrible sucesión de explosiones, y Denis, contra el suelo, vio cómo la pared se movía y se resquebrajaba.

—¡Baja! —repitió.

Pero el estruendo cubrió su voz. Se apiñaban unos contra otros en el zaguán, y Denis oyó a una mujer invocando a san Cristóbal, o quizá a san Antonio. Era la primera vez en su vida que veía a gente adulta presa del pánico.

Cuando su madre llegó abajo, Denis la atrajo hacia sí y la rodeó con los brazos. Ella también estaba aterrorizada. Tenía un poco de sangre en la mejilla y en el pelo.

—¿Qué es eso? —preguntó Denis.

—No es nada. Los cristales de las ventanas de arriba se han roto.

Oyeron, muy por encima de los tejados, un extraño silbido en medio del ruido de los motores de los aviones. El silbido se prolongó y aumentó de intensidad, y todos se apretaron más unos contra otros, hombro con hombro, cabeza gacha, demudados por el miedo.

El ruido fue ensordecedor. La gente abría la boca y gritaba, pero sus gritos no se oían. Tenían la boca abierta en medio del ruido. La cerradura del pesado portón había saltado por los aires y este golpeteaba la pared. Cuando, al explotar la bomba, Denis vio que el suelo se movía, pensó que la casa se venía abajo. Pero la casa se mantuvo en pie.

Ahora estaban tumbados en el suelo, en alerta, y unas mujeres lloraban. Denis pensaba en sor Clotilde y se decía: «Este será mi castigo: ella por una bomba, eso si no la mata». El ruido de las explosiones se oyó cada vez más lejos y poco a poco se hizo el silencio. Uno a uno, todos se levantaron, pero aguardaron a que sonaran las sirenas para salir a la calle. Alrededor del edificio no había más que un montón de escombros de tierra. Un cuerpo de mujer yacía sobre unas piedras. Estaba desnudo y completamente ennegrecido. La mujer estaba muerta. Había polvo negruzco y caliente por todas partes.

Denis se pasó una mano por la cara y la mano se tizó de negro.

—Esperemos que papá vuelva —dijo su madre, junto a él.

Todavía temblaba, y él la estrechaba por la cintura.

—Claro que va a volver —dijo Denis.

Caminaron por la calle. La gente salía de casa para ver los daños causados. La barbería ya no existía. Unos hombres transportaban el cuerpo del barbero. No era más que un cadáver, pero Denis lo reconoció por la bata, rasgada y ensangrentada. Tenía la cabeza prácticamente separada del cuerpo y los brazos arrastraban por el suelo.

«Ya no temblará más», se dijo Denis.

Avanzó lentamente con su madre hasta la esquina y allí se detuvieron, sin bajar de la acera. El cielo seguía igual de azul y la vida continuaba.

CAPÍTULO 19

Por la tarde, Denis convenció a sus padres de que debía ir al colegio para comprobar si sus compañeros estaban bien, y fue en busca de sor Clotilde. El barrio del internado no se había visto afectado, pero el internado había sido ocupado por sacerdotes y alumnos de institutos y colegios de la ciudad, que llevaban heridos a las aulas. En medio del caos, le resultó muy difícil averiguar dónde estaba sor Clotilde.

En un patio, vio a la madre superiora hablando con un grupo de *scouts*. Aguardó a que se quedara sola para abordarla. La superiora llevaba la túnica manchada de barro y estaba enjugándose la cara con un pañuelo. Al verlo, cerró los ojos con expresión exasperada. No obstante, él le mostró una cara amable y le preguntó dónde podía encontrar a sor Clotilde.

—¿Le parece que es momento para clases de latín?

La superiora giró sobre sus talones y echó a andar.

—¡Por Dios, solo quiero asegurarme de que no le ha pasado nada! —replicó Denis.

La superiora se volvió y levantó los ojos al cielo.

—¡Jesús bendito, es usted capaz de acabar con la paciencia del más santo! No le ha pasado nada. ¿Qué quiere que le haya pasado? Está ayudando a los demás y no necesita que un chiquillo maleducado venga a molestarla. Márchese.

Denis, contrariado, regresó hacia el patio de entrada. Unas religiosas acogían a otros heridos y durante un rato estuvo buscando a sor Clotilde con la mirada. Pero ella no estaba entre aquellas religiosas. Divisó una figura blanca en el umbral de una de las instalaciones y le pareció que era ella. Echó a correr hacia allí. La figura desapareció. En las salas solo vio a monjas atareadas a las que no conocía y hombres que las ayudaban.

Salió del edificio y cruzó lentamente el patio con la intención de marcharse. Sor Clotilde avanzaba hacia él sin verlo llevando a una niña en brazos. Una mujer iba a su lado. La niña parecía estar inconsciente y tenía sangre en los brazos. Sor Clotilde no vio a Denis hasta que pasó junto a él. Un destello de alivio iluminó sus ojos.

—Espérame fuera —susurró.

Denis salió a la calle y la esperó junto a la puerta. Más abajo, en una de las avenidas principales, pasaban coches y camiones cargados de muebles. Denis pensó que era gente que, aterrorizada por el bombardeo, se marchaba de la ciudad.

Tras un instante vio a sor Clotilde, que salía de uno de los edificios y corría hacia la puerta de entrada. También vio que la superiora salía a su encuentro y ambas coincidían en medio del patio. La superiora gesticulaba al hablar. Denis sintió que el corazón le palpitaba con fuerza. Finalmente,

sor Clotilde apartó a la superiora con un ademán de hastío y echó a correr de nuevo hacia él.

—¿Estás bien? —preguntó, jadeando.

—Sí, sí, ¿y tú?

—Estoy perfectamente, mi vida.

Lo condujo a la garita del conserje, que estaba vacía. Apoyó la espalda contra la pared.

—Estaba muy preocupada por ti —dijo, atrayéndolo hacia sí—. Esta tarde he oído decir que han bombardeado tu barrio.

—Nuestro edificio sigue en pie, estamos bien.

Ella lo miró de arriba abajo, lo abrazó, lo besó en la mejilla.

—¿Tienes problemas con la superiora? —preguntó Denis.

—No, no... No sospecha nada. ¿Cómo quieres que sospeche algo?

—Yo no he dicho eso. Pero antes he hablado con ella y no parece que le caiga muy simpático.

—Está nerviosa, como todo el mundo.

—En cualquier caso, no es eso lo más grave —dijo Denis—. Mamá ha hablado de enviarme fuera de la ciudad. Se lo ha dicho a papá y él está de acuerdo. Siempre está de acuerdo con lo que ella dice.

Sor Clotilde lo apartó, aterrada.

—¿Por mi culpa?

—No, qué ocurrencia. ¡Por el bombardeo!

—¿Y cuándo?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo quieren que te vayas?

—Enseguida. ¡Mañana, pasado mañana, yo qué sé! Quieren que vaya a casa de mi tía Irène, la hermana de papá. Vive cerca de Nîmes. Seguro que no bombardean ese pueblucho.

—Es imposible. No, no puedes dejarme.

—Eso díselo a ellos, no a mí.

—No puedes dejarme —repitió ella negando la cabeza—. No quiero. Ya se me ocurrirá algo. Yo también me iré del internado, sí, eso es. Pediré permiso para pasar algún tiempo con mi familia. O lo que sea, algo se me ocurrirá.

—Mis padres no esperarán.

—¿Y tus estudios? En casa de tu tía no harás nada. ¿Se lo has dicho?

De pronto, su visión de las cosas cambió. A Denis se le ocurrió una idea maravillosa pero terrible, sí, terrible, porque su corazón dejó de latir, y en el mismo instante supo que ella estaba pensando lo mismo y que también su corazón había dejado de latir. La tenía sujetada por los codos, la apretaba con fuerza, la miraba a la cara, a sus ojos azules.

—Puede que esté loco —dijo—, pero, si pudieras marcharte del internado, ¿adónde...?

Ella puso una mano sobre su boca y dijo apresuradamente:

—Sí, sí, exacto. Les propondré a tus padres que te envíen a casa de mi familia. Tú eres un niño y a mí me conocen, confiarán en mí.

—¡Sí, claro que sí!

Denis se arrojó en sus brazos, contento, le cubrió el rostro de besos, estaba realmente entusiasmado.

—¿Adónde podríamos ir?

—Ah, ya verás, más lejos aún de lo que está Nîmes. A una casa que tienen mis padres en el Alto Loira. En los últimos años he ido varias veces a descansar. La cuestión es que no haya nadie allí en estos momentos. Pero necesito unos días para organizarlo, tienes que conseguir unos días.

La alegría de Denis era inmensa, hasta tal punto que temió estar esperando algo imposible: vivir ellos dos juntos, sin interrupción. Era demasiado bonito, increíble. Apretaba los labios contra su mejilla, con tanta fuerza que ella tuvo que agarrarlo por los hombros para apartarlo.

—Ahora debes irte. Créeme, mi vida, haré lo que sea necesario y lo conseguiré.

Salieron de la portería cogidos de la mano. Ella se alejó sin volverse, con la cabeza inclinada y la espalda erguida, una esbelta silueta blanca entre los extraños que trajinaban en el patio. Cuando hubo desaparecido, Denis dio un fuerte puntapié contra la puerta de hierro y se hizo daño.

Ya de noche, sor Clotilde pudo tener una conversación con la superiora. Caminaban una junto a otra por los patios desiertos. La religiosa no sabía aún cómo presentar su petición. No tuvo necesidad de hacerlo. Fue la superiora quien le dio pie:

—¿Sabe que sor Marthe nos deja a principios de mes? Se va a Aviñón, a casa de su hermano pequeño. En los tiempos que corren, la necesitará a su lado.

—Precisamente yo quería pedirle el mismo favor —dijo sor Clotilde con una risita.

—¿Usted también quiere irse? ¿No puede esperar hasta las vacaciones?

—Bueno, teniendo en cuenta que con la partida de sor Marthe se quedará con una profesora menos, me quedaré hasta las vacaciones, pero yo también habría preferido irme con mis padres, estar al lado de mamá... La verdad es que..., ya lo ve, no se sabe qué va a pasar.

—Comprendo —dijo la superiora—. Lo que ha sucedido hoy le ha afectado. —Levantó la mirada hacia las hojas de los plátanos que crecían en el patio—. Este año el verano se adelanta —prosiguió—. No creo que notemos la falta de sor Marthe. La mayoría de las alumnas se marcharán con sus padres de la ciudad. La gente está alarmada por este bombardeo, espera un desembarco en el sur. ¿Usted cree que habrá un desembarco?

Sor Clotilde se quedó callada. Continuaba caminando al lado de la superiora, a paso lento, mirando el suelo.

—Creo que es posible —dijo la superiora—. Me refiero a su marcha, por supuesto. Irá a Villarguier, como los otros años, ¿no? ¿Sus padres estarán con usted?

—Sí —dijo sor Clotilde—. Gracias, madre, muchas gracias. ¿Podré irme al mismo tiempo que sor Marthe?

—No sea tan impaciente. Podrá irse a primeros de mes. En cualquier caso, mucho me temo que este curso las clases ya se han acabado.

La madre superiora pasó a ocuparse de otras cuestiones sin dejar de caminar por el patio, contemplando los plátanos y moviendo la cabeza mientras hablaba. Sor Clotilde ya no le prestaba atención.

Estar con él día y noche. Qué sencillo parecía todo ahora. No le costaría convencer a los padres del muchacho. Les presentaría la imagen de una especie de colonia de vacaciones, les dejaría suponer que habría otros niños con su hijo. Hasta que no estuvieran juntos en Villarguier, la superiora no se enteraría de que se había llevado a Denis con ella. Más adelante encontraría una explicación, seguro. En cualquier caso, eso sería «más adelante», así que ¿por qué

preocuparse ahora? Por el momento, estoy con él, no me separo de él, estoy entre sus brazos, le quiero. ¿Era posible que en la tierra existiera semejante felicidad? Volvió a la realidad e intentó escuchar a la superiora.

—... Este curso no habrá examen final. Cuando empiece el próximo, haremos una selección basándonos en las notas de clase.

Pero sor Clotilde había dejado de prestar atención otra vez, veía su propio rostro diez años antes, ella, la verdadera, en la tierra, y Denis también en la tierra, y la propia tierra, y la felicidad de estar en la tierra, de caminar por ese patio, de esperar una nueva dosis de felicidad, y la felicidad de ver su propio rostro diez años antes, cinco años antes, y de seguir caminando por esta tierra, con esta felicidad.

—Ya verá como esto no dura mucho —decía la superiora—. Todo volverá a la normalidad, como en el pasado...

¿El pasado? ¿Qué pasado? Su rostro no delataba ninguna emoción, e interiormente se encogía de hombros ante la idea de ese pasado que no existía, que no existiría jamás, puesto que ella estaba allí, con él, en aquel breve instante, en aquella breve vida, siendo la vida misma, sí, y la felicidad misma, hasta el fondo de algo que no tenía ni principio ni fin.

CAPÍTULO 20

Allí estaba la casa. Alargada, baja, con contraventanas verdes. Se hallaba al pie de la colina y desde las ventanas se veía el valle, una extensión de campos y prados de todos los colores. A la derecha, con un bosque de abetos al fondo, estaba el pueblo. Un pueblo de aspecto gris y desperdigado. Alrededor se veían construcciones con graneros. Aquello era Villarguier.

—Es una maravilla —dijo Denis.

Dejó unas maletas junto a la entrada y volvió al camino. La ayudó a llevar el resto del equipaje hasta la cocina. Abrieron puertas y contraventanas. En una pared vio una vieja foto enmarcada de ella cuando era niña, vestida con el uniforme del convento, un rostro delicioso y triste.

—Es realmente una maravilla —repitió Denis.

Ella callaba. Reía con su risa clara, la misma de aquel día, ya lejano, en que pasearon por primera vez juntos, al salir del hospital.

Se puso una bata gris y un viejo jersey de cuadros rojos que, según le dijo a Denis, todas las primas Bryas habían llevado antes que ella.

Pasaron el resto de la tarde guardando sus cosas. El viaje, pese a los dos cambios de tren, no les había resultado pesado. Al anochecer, cuando todo estuvo en orden, ella hizo unas patatas fritas y una tortilla con panceta. Cenaron sentados uno al lado de otro, muy juntos, en la mesa de la cocina, y Denis dijo «A la porra!», y se comió las patatas fritas con los dedos.

En la planta baja había dos habitaciones y una especie de cuarto trastero donde Denis había metido las maletas vacías. En una de las habitaciones había una cama baja, dos butacas cubiertas con fundas blancas y una gran ventana. Denis dijo que esa era su preferida.

—Será nuestra habitación —decidió.

Le colmaba de dicha asomarse a la ventana para contemplar el valle, cálido y luminoso. Al atardecer, los animales regresaban a los establos, y mientras recorrían el camino se oía el ruido de los cencerros. El sol descendía lentamente sobre las colinas, por donde discurría el río, y se teñía de rojo cuando desaparecía entre la bruma del agua.

—Aquí estaremos estupidamente —dijo Denis—. Nunca más viviremos en otro sitio.

Llevaba unos pantalones claros y una camisa azul desabrochada. Ella lo rodeó con los brazos por la espalda y le hizo volverse para besar su piel.

—Podremos dormir juntos —dijo Denis—. Yo nunca he dormido con nadie. Será aún más maravilloso.

—Subamos —propuso ella—. Rápido, vayamos arriba.

Lo cogió de la mano, cerró con llave la puerta de entrada y tiró de él hacia la escalera.

—Tú primero —dijo Denis.

En el piso superior había varios cuartos. La escalera era de madera, como el suelo de esa planta. Había una cama en cada dormitorio, y en dos de ellos una doble ventana. Eligieron el que daba al pueblo porque era más grande y tenía una cama mejor. Habían guardado su ropa interior en el mismo armario y se sentían realmente juntos.

La luz eléctrica no funcionaba. Unos días antes habían saboteado las líneas y aún no las habían reparado. Era noche cerrada y las velas extendían sombras fantasmagóricas por la habitación. En una pared, un saltamontes perdido adquirió el tamaño de un animal prehistórico. Denis lo hizo salir por la ventana y se dejó caer hacia atrás sobre la cama.

Ella se tumbó a su lado. Se había quitado la bata y el jersey, llevaba una enagua blanca. Pasó un brazo por debajo de la nuca del muchacho y lo miró con cara de preocupación.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Habrá que ir con cuidado. Vamos a dar que hablar.

—¿Y qué?

—Calla, mi vida. Debo pensar en mis padres. Aquí todo el mundo nos conoce. No tengo derecho a avergonzarlos de ese modo.

—¡No hay nada de lo que avergonzarse! —protestó Denis.

—Para nosotros no, pero para ellos sí.

—¿Ellos? ¿Quiénes?

—Los demás. —Un silencio, un beso, y luego—: Y piensa que la superiora me vigilará desde lejos.

—¿Cómo?

—A través del cura del pueblo.

Él se encogió de hombros contra la cama.

—Para mí es importante —dijo ella.

—¿A qué te arriesgas?

—Debería renunciar al velo, debería..., en fin, a todo.

—¿Y por qué no lo haces? Tu manera de actuar no se sostiene.

Ella se entristeció aún más y él se sintió culpable.

—Perdona —dijo Denis—, pero a mí me parece que sería mejor para ti. No tiene ningún sentido que sigas llevándolo.

—No puedo. —Dejó caer la cabeza sobre la cama y cerró los ojos—. No le demos más vueltas —añadió—. Da igual si mi manera de actuar no se sostiene. No tengo valor para hacer una cosa así.

—No confías en mí. El resto ya está decidido. Es eso lo que te asusta. Tienes miedo de estropearlo todo.

—No, no es eso —replicó ella—. No sé... No quiero pensar. Quiero vivir contigo, simplemente. Vivir. Vivir no es difícil.

Aquella primera noche sucedió otra cosa. Fue mucho más tarde; la ventana estaba abierta, un soplo de viento hacía oscilar la llama de las velas en el interior de la habitación. Estaban tendidos uno contra otro, abrazados, él con el pijama bien planchado por mamá, ella con el camisón de

monja que le llegaba hasta los tobillos. Llevaban varios minutos callados y, de repente, Denis se puso a reír y, zarandeándola cuando ya estaba al borde del sueño, dijo:

—¡Es increíble! ¡Nadie lo creería!

—¿El qué?

Ella reía también, sin saber el motivo.

—¡Pues que estemos esta noche los dos aquí! ¡Es increíble!

—¡Es verdad! —dijo ella tumbándolo boca arriba, con el índice levantado, jadeando—. ¡Todo es verdad! Todo. Tú, yo, la casa, todo. Incluso los trenes que hemos cogido, incluso el ruido de los trenes que tengo metido en los oídos. ¿Lo oyes? ¡Todo es verdad!

De pronto calló, con el dedo inmóvil, tumbada sobre Denis, sus ojos azules ausentes. Recordaba uno de sus paseos por la ciudad, una tarde de mayo. Él había querido mostrarle «un sitio suyo». Estaba bastante cerca del colegio, al final de una larga calle desierta: un cementerio de coches, un descampado lleno de viejas carcasas oxidadas, sin ruedas ni puertas, adonde el curso anterior Pierrot y él iban a jugar a los ases del volante. Para justificarse, había añadido, con una seriedad impresionante: «Éramos pequeños».

—¡Ven! —dijo ella—. ¡Tengo una prueba!

Saltó de la cama, abrió los cajones de un mueble y, al no encontrar lo que buscaba, fue a otra habitación. Denis se levantó también y la vio delante de la escalera. Le enseñaba un manojito de llaves y lo cogió de la mano para que bajase con ella.

—Ven conmigo y verás. Ven.

—¿Adónde? ¡Me muero de curiosidad! ¿Qué quieres enseñarme?

—Te digo que ahora lo verás.

La única luz era el rectángulo de su dormitorio que se recortaba en la oscuridad. Una vez que llegaron abajo, ella abrió a oscuras la puerta de entrada y lo arrastró tras de sí al exterior, descalzos los dos. Sin soltar su mano, la noche clara y susurrante a su alrededor, le hizo rodear la casa y cruzar un patio invadido por la hierba donde Denis distinguió la silueta de un viejo pozo y un granero.

—Espera, mi vida, es algo complicado.

Se había detenido delante de una pesada puerta ojival, de dos batientes, y probó a abrirla con varias llaves del manojito hasta que encontró la correcta. Juntos, él en pijama y ella en camisón, empujaron los batientes, que se abrieron con un chirrido.

—Mira —dijo ella—, es todo verdad.

Ante ellos, iluminado por la claridad del exterior, distinguieron el morro de un gran coche. Debía de ser de un color oscuro, y cuando Denis pasó la mano por el capó, se dio cuenta de que estaba cubierto de polvo.

—¿Qué coche es?

—Un Chenard-Walcker. Es posible que funcione, tiene el motor y todas las piezas.

—¿Es de tu padre?

—Sí. Lo dejé aquí cuando los alemanes llegaron al sur.

Abrió una puerta y ambos subieron, ella primero y después Denis, que se sentó al volante y comenzó a hacerlo girar a izquierda y derecha y a tocar botones. Ella recordaba cuál era el de la luz del techo, pero al pulsarlo la luz no se encendió.

—Es porque la batería está descargada —dijo Denis con seguridad. Y después de imitar el

ruido de un motor, añadió—: Lástima que no tengamos gasolina.

—¿Sabes conducir?

—No.

—Fantástico. Yo tampoco.

Apoyó la cabeza en su hombro, feliz. Él también estaba contento.

—Cierra la puerta, estaremos mejor —dijo ella.

Él la cerró. Permanecieron el uno contra el otro, en silencio, Denis con las manos en el volante. Más tarde, ella se dio cuenta de que se había dormido. Así que aquella primera noche no la pasaron en una cama. Al amanecer, el frío la despertó y notó que Denis estaba helado. Sin despertarlo, salió del coche, fue a casa a buscar unas mantas y volvió junto a él. Después, los dos bien abrigados y muy juntos, se durmió de nuevo.

Los días eran claros y muy calurosos. Ella había encontrado en una habitación sus vestidos y faldas de verano de otros tiempos. Pasó algunas veladas acortándolos. Se los ponía para complacer a Denis cuando estaban en casa o iban al bosque cercano. Para ir al pueblo, por la mañana, seguía llevando el velo y la larga túnica blanca. Y le resultaba más agobiante e insoportable convertirse en determinados momentos en la monja que ya no era.

Cuando iban juntos al pueblo, los campesinos se volvían para mirarlos. Solo los saludaron las primeras semanas. Hasta el día en que el cartero llevó el correo a la casa más tarde que de costumbre y encontró a sor Clotilde corriendo entre la hierba, con una falda de flores y una blusa blanca. Denis la perseguía y los dos se reían a carcajadas. Ella, al ver al cartero, se detuvo de inmediato, aterrada. Denis, por su parte, se comportó con una inconsciencia total. Aún reía cuando cogió el correo. El cartero bajó la cabeza y se alejó de allí sin decir una sola palabra. En el camino, mientras montaba en la bici, se volvió y vio a la chica de cabellos cortos, rubia, delgada y desconocida que lo estaba mirando. Se encogió de hombros y se fue.

Sor Clotilde se quedó pensativa y triste ante la puerta, con una carta de la superiora aún por abrir en la mano.

—¿Estás preocupada por esa visita del cartero?

—Es horrible. Todo el pueblo hablará de mi falda.

—¡No pongas esa cara, anda! —dijo Denis pasándole una mano por los cortos cabellos para consolarla.

—Los escandalizo.

—¿No te da vergüenza? —replicó él con semblante casi serio.

En un primer momento se quedó sorprendida y desconcertada, pero luego, al ver su sonrisa, alargó la mano y le alborotó el pelo.

—Te odio.

—La verdad es que no veo qué tiene de escandalosa tu falda —dijo Denis.

—¡Pero ellos sí! Para ellos, soy sor Clotilde, siempre me han...

—Pues para mí eres... Ahora que caigo, ¿quién eres? ¡Ni siquiera sé tu nombre!

Se miraron estupefactos, olvidando al cartero y a toda la gente del pueblo. Era increíble, maravilloso.

—¡Sé cómo se llaman todas tus dichosas primas, pero nunca me has dicho tu nombre!

Ella se escabulló y echó a correr por los prados que rodeaban la casa. Denis la alcanzó al pie

de la colina, detrás de unos arbustos, la derribó y se tumbó encima de ella, agarrándola por las muñecas porque no paraba de forcejear.

—¡Confiesa!

—No.

Estaban los dos sin aliento.

—Seguro que te llamas Anastasie, o Philomène, o algo por el estilo, igual de horrible.

—No.

Ella intentaba liberar sus piernas, quitárselo de encima. De repente, desistió. Levantó ligeramente la cabeza, acercó la boca a una oreja de Denis y le dio un beso.

—Me llamo Claude. Ya está dicho. Claudie, Clo-Clo, Claudine, Claudette, como quieras.

Denis le soltó las muñecas y la abrazó. Era un nombre apropiado para ella. Le parecía un nombre tierno, como su sonrisa.

—A partir de ahora te llamaré Claude.

Ella susurró que ya no le odiaba, que lo quería.

—Mi pequeña Claudie —dijo él—, mi pequeña Claudie me quiere.

Regresaron hacia la casa cogidos de la mano.

—¿De quién es la carta? —preguntó Denis.

—¿Qué carta?

—Esa, la que has recibido. Si es de un chico, te arranco la piel a tiras.

Ella se detuvo para abrir la carta de la superiora. Al leerla, constató que esta aún no sospechaba nada y se sintió aliviada.

A partir de aquel día, los campesinos dejaron de saludarlos cuando pasaban por delante de sus campos. Al igual que ella, Denis se dio cuenta, pero no hizo ningún comentario, no hablaron nunca de aquello. En el pueblo, las mujeres miraban a sor Clotilde a la cara, desafiantes, y escrutaban al muchacho con desprecio. Cuando Denis iba solo, en bicicleta, a comprar pan, la panadera de Villarguier se eternizaba contando los cupones de racionamiento y él notaba que lo atendía de mala gana.

Sin embargo, no fue hasta más tarde, en el transcurso de julio, cuando los dos amantes tuvieron que padecer la hostilidad del pueblo. Durante todo un mes disfrutaron plácidamente de su felicidad. Los días se sucedían alegres y claros, y las tardes se teñían de cierta melancolía cuando se sentaban en un terraplén al final del camino, cerca de un pequeño bosque, uno junto a otro, para contemplar la puesta del sol.

—Un día menos —decía Denis—. Ya podemos tacharlo, este ya no volverá.

Y los dos sentían que su razón prevalecía frente a todas las demás, puesto que la vida era su única razón.

CAPÍTULO 21

A principios de julio, un domingo, sor Clotilde, en contra de su costumbre, fue a la misa de las once. Siempre iba al pueblo para el oficio de las siete y media: menos gente en la iglesia y menos personas que se fijaban en ella. Pero el día antes habían ido a Puy en bicicleta y se habían acostado muy tarde, y esa mañana esperó a que Denis se despertara para salir del dormitorio. Él no quería ir a la iglesia.

En la plaza había varios grupos que charlaban sobre los sucesos de la semana mientras aguardaban a que empezara la misa. Sor Clotilde pasó muy erguida por delante de ellos y se sintió observada. Incluso hubo algunos comentarios en voz baja, pero ella hizo como si no los oyera. Cuando entró en la iglesia, fue recibida por un sinfín de cuchicheos.

—¡No tiene vergüenza! —dijo una mujer en voz alta.

Ante todas aquellas miradas, sor Clotilde bajó la cabeza y se dirigió al fondo de la iglesia, al final de un banco, donde se sentó y abrió su misal. Los cuchicheos persistían, cada vez más fuertes, y desde todas partes se elevaban exclamaciones. Ella mantenía la cabeza gacha, sintiéndose objeto de todas las miradas.

—Es intolerable —dijo la panadera, muy cerca de ella—. Es realmente intolerable tener que presenciar este tipo de cosas.

El corazón le martilleaba el pecho. Notaba que el velo se humedecía bajo la frente.

—Ya sabemos que prefiere ponerse faldas cortas para divertirse con su amiguito —dijo un hombre.

Hablaban cada vez con más descaro y sor Clotilde deseó con todas sus fuerzas que comenzara la misa. Pero esta seguía sin empezar. La gente intercambiaba comentarios en voz alta como si estuviera en una sala de espectáculos; ella oía sus exclamaciones y sus risas maliciosas. Las risas se transmitían de un banco a otro y todo su cuerpo se estremecía al oírlas. Pese a ello, habría sido incapaz de levantarse y salir.

La gente continuó mirándola hasta que apareció el sacerdote. Era un hombre joven y alto. No se percató de nada y comenzó a officiar la misa mientras los ánimos se calmaban.

En el momento del ofertorio, el párroco se acercó a ella retrocediendo unos pasos de espaldas, sin dejar de mirar al sacerdote, que continuaba celebrando el oficio. De estatura media y corpulento, calvo y de ojos saltones, era un hombre cargado de espaldas y la sotana negra le tiraba a la altura de los hombros.

Se inclinó hacia ella.

—Me gustaría hablar con usted después de misa, hermana —dijo en voz baja.

Ella tenía la boca tan seca que no pudo responder. El párroco leyó en sus ojos que asentía. La gente los miraba. Sor Clotilde se percató de que un hombre le daba un codazo a su mujer. Esta se volvió y sonrió con maldad.

—La esperaré en la sacristía —dijo el párroco en voz baja, y se alejó a lo largo de los pilares de piedra.

Una vez que hubo terminado la misa, la gente se quedó de pie mirándola. La religiosa echó a andar, erguida y pálida, e hizo una genuflexión al llegar ante el altar sin dejar de oír aún algunos comentarios en voz baja. Después entró en la sacristía.

El párroco la esperaba.

Al verla, sonrió, y a ella le resultó reconfortante encontrar una sonrisa después de la hostilidad generalizada. El sacerdote cerró la puerta. Estaban solos.

—Sin duda ya se imagina lo que quiero decirle —comenzó, cruzando las manos. La miraba a los ojos, pero ella no bajó la mirada, había recuperado la calma—. Este asunto es muy enojoso —continuó—. Yo no concedo ninguna importancia a las habladurías de mis parroquianos, que quede claro, pero lo que contó el cartero el otro día...

Ella no se vino abajo. Era él quien desviaba la mirada, quien buscaba las palabras.

—Es evidente que, con el calor que hace, la ropa de civil es más..., ¿cómo lo diría...?, en fin, más ligera... Perdón, pero algo sé de eso. —Intentaba sonreír—. Yo mismo, cuando voy a bañarme con los niños del patronato, tengo que ponerme bañador, y a ellos les hace mucha gracia. Pero difícilmente se acepta en una monja lo que en un pobre cura resulta divertido...

Esperaba una respuesta a su sonrisa, un estímulo, algo que no llegaba. Ella permanecía erguida, con las manos metidas en las anchas mangas; lo miraba fijamente con sus ojos azules, y él apartó de nuevo los suyos.

—Me resulta muy embarazoso hablarle en estos términos —prosiguió, mirándose las manos.

—Lo sé —dijo sor Clotilde—. Lo comprendo perfectamente.

—Sería preferible no dar pábulo a las malas lenguas. En los últimos tiempos... Además, está ese..., ese niño... Estoy muy preocupado. Compréndalo, si los demás no tienen ningún escrúpulo en pensar lo que sea, yo debo tenerlo.

—Lo comprendo —dijo sor Clotilde.

El párroco levantó una mano, dirigiendo los ojos hacia el cielo.

—Que quede claro, se lo repito, esas habladurías no ponen en tela de juicio lo que pienso de usted. La conozco desde que era pequeña y sé que es una sierva devota de Dios... —Ella no se movía, su rostro era impenetrable—. Pero debo informar a su superiora de lo que pasa y..., en fin..., compréndalo...

—Lo comprendo —repitió sor Clotilde. Se dirigió hacia la puerta—. ¿Le ha escrito la superiora?

—Sí —respondió el sacerdote—. Me ha dicho que no sabía que el niño está aquí. Va a pedirle que se aleje de usted.

—¿Eso es todo? —preguntó sor Clotilde, más pálida.

—Lo siento, hermana. Espero que...

—Adiós, señor párroco —dijo sor Clotilde.

Y salió, dejando al sacerdote de pie en medio de la estancia, incómodo por lo embarazoso de la situación y preocupado. Había sido su amigo durante los últimos veranos que había pasado en

Villarguier. Algunos habitantes del pueblo habían sido amigos suyos. Sintió que la ira le helaba las manos al recordar su amistad.

Denis escuchó consternado todo lo que ella, deshecha en lágrimas, le contó acerca de lo sucedido. La estrechaba con fuerza contra sí y temblaba al hablarle. Verla llorar le producía temblores. La sentía frágil y desamparada entre sus brazos.

—No tiene importancia —dijo—, ninguna importancia. No llores. No tiene absolutamente ninguna importancia.

—No quiero que la superiora se entere de la verdad. No quiero que les escriba a mis padres.

—No llores —repitió Denis, intentando controlarse—. No tiene importancia. Son todos unos malnacidos. No llores. Me duele que llores.

Ella levantó la cabeza y, al verlo tan afectado, se secó los ojos y se esforzó en sonreír. Ante todo, preservarlo a él. Él era lo único importante.

—Denis, vida mía —dijo.

Y rompió de nuevo a llorar.

El martes siguiente recibió la carta de la superiora. Una carta severa y firme en la que le prohibía tajantemente seguir viviendo con el muchacho. Este debía regresar a casa de sus padres. La superiora amenazaba con presentarse en Villarguier si el muchacho no volvía a su casa.

Sor Clotilde respondió con una carta de una humildad y un candor estudiados, cuidadosamente elaborada por los dos, Denis y ella, en la que aseguraba que le resultaba del todo incomprensible que pudieran albergarse dudas sobre la pureza de sus actos y que Denis era un niño encantador y bien educado. Añadió que lo había llevado consigo por solidaridad y para permitirle proseguir sus estudios. Era, además, bastante difícil enviarlo a su casa en esos momentos, no podría hacerlo hasta que reorganizaran las líneas ferroviarias.

—Está muy bien —dijo Denis después de leer la carta—. Es exactamente lo que había que escribir. Yo te pongo un sobresaliente.

No se dejaron ver más por el pueblo y el tono de la siguiente carta que envió la superiora fue más sereno. Había recibido un informe indulgente del párroco de Villarguier. Solo exhortaba a sor Clotilde al recogimiento y a no olvidar los principios de la fe y la moral en los que había sido educada.

La respuesta se la dictó Denis, una respuesta absolutamente angelical y llena de buenos sentimientos. En ese sentido, podían estar tranquilos algún tiempo más, y ambos intentaron olvidar lo que había pasado y recuperar la despreocupación de las primeras semanas.

Por lo demás, los acontecimientos que estaban teniendo lugar favorecieron su amor: las tropas aliadas habían desembarcado hacía un mes en el norte de Francia y las fuerzas alemanas se replegaban sobre París. Se esperaba un nuevo desembarco en la Provenza. Los padres de Denis le suplicaron a sor Clotilde que continuara acogiendo al muchacho y ella le transmitió la carta a la superiora.

En el pueblo, la gente seguía mostrando la misma predisposición hostil hacia los dos amantes, pero las noticias del avance aliado les hacían olvidarlos. Por lo demás, sor Clotilde solo iba a Villarguier al caer la tarde, para echar cartas al correo, o los domingos temprano para asistir a la primera misa. Una sola vez se dirigió hacia las casas grises a plena luz del día. Una mañana, el

cartero, al no encontrarlos en casa, metió por debajo de la puerta la notificación de un giro para sor Clotilde. Por la tarde, mientras ella cruzaba el pueblo, un niño de siete u ocho años se le plantó delante empuñando una pistola de madera y gritó:

—¡Voy a matarte! ¡Pam, pam! ¡Eres mala!

Sintió miedo, miedo de verdad, y, en vez de apartar al crío, dio un rodeo absurdo. Unas mujeres reían en el umbral de su casa.

Aún no había recobrado la calma cuando, en la oficina de correos, esperaba a cobrar el dinero que sus padres le habían enviado, como todos los meses.

La joven empleada tardó varios minutos en comprobar su documentación y entregarle el dinero. Incluso hizo un comentario cuando sor Clotilde mostró su carné de identidad con un sello estampado en diagonal en el que ponía «Monja católica».

—¿Monja? —preguntó la chica.

—Sí —respondió sor Clotilde.

—¡Ah, fíjate!

En la oficina había dos mujeres y la empleada se volvió hacia ellas para ponerlas por testigo.

—Es monja —dijo—. Es una monja.

—Devuélvame el carné —dijo sor Clotilde con mucha amabilidad.

—Monja católica —dijo la chica.

Se echó a reír moviendo la cabeza y las mujeres rieron también. Sor Clotilde esperó a estar fuera para guardar el dinero y el carné en su billetero, y en vez de cruzar de nuevo el pueblo, prefirió regresar a casa a campo través.

Por la noche, después de cenar, al recordar el bochorno que había sentido en la oficina de correos y las palabras del niño de la pistola, fue presa de lo que Denis llamaba sus «bajones». Se culpaba a sí misma, no podía estarse quieta, agitaba las manos, decía atropelladamente, con una voz desgarradora: «¡Tienen razón, soy mala! ¡Estoy arruinándote la vida, causando la perdición de tu alma y la mía, soy una hipócrita, me doy asco! ¡No me atrevo a mirarme en los espejos porque es pecado, pero me acorto faldas de todos los colores! ¡Rezo el rosario sin pensar en nada, a escondidas, en la cocina, pero estoy deseando hacer otras cosas en todas las habitaciones de la casa!». Denis gritaba más fuerte que ella tapándose los oídos: «¡Calla! ¡Calla!». En una ocasión, dijo tantas cosas, con una voz tan espeluznante y unas palabras tan insólitas en su boca, que Denis la abofeteó con todas sus fuerzas antes de tomar conciencia de lo que estaba haciendo. La agarró por los hombros al advertir que perdía el equilibrio, aturdida, y, avergonzados ambos, se quedaron sin habla durante largos minutos, el uno contra el otro. Luego, Denis oyó de nuevo su voz, una voz triste y queda. Hablaba con la boca pegada a su rostro y decía: «Mira en lo que estoy convirtiéndote. ¿Cómo serás después? ¿Continuarás yendo a clase y jugando a policías y ladrones? ¿Dirás por favor, gracias, dejarás de apoyar los codos en la mesa?... No. Te tomarás la vida como si fuera una cuenta pendiente entre el mundo y tú, serás una persona desagradable y amargada, estarás completamente destruido. Yo te habré destruido».

No se dejó ver más en Villarguier. Iban juntos a comprar provisiones al pueblo vecino, y algunas veces tomaban el autobús para ir a Vals, que estaba a cuarenta kilómetros. Pasaban el día allí y comían en un restaurante. Y, para complacer a Denis, también iban al cine. A Denis le gustaba el cine.

Para conseguir huevos y mantequilla, iban a granjas aisladas que se hallaban en lo alto de las

colinas, y regresaban despacio, deteniéndose en los bosques para comer arándanos y tumbarse entre los helechos.

Pasaron así las dos primeras semanas de agosto, hasta que llegó la noticia de la liberación de París. Sumidos en aquella especie de sopor, los amantes no recibían más que un eco amortiguado de los acontecimientos.

—La guerra nos tiene sin cuidado —decía Denis—. No va con nosotros. ¿Por qué están haciendo esta guerra?

Pero cuando tomó conciencia de que se iba a acabar, empezó a interesarle.

CAPÍTULO 22

Una tarde, pasadas ya las ocho, ella volvió a casa. Denis la esperaba sentado en la puerta, mordisqueando terrones de azúcar. Llegó con unos paquetes atados al portaequipajes de su bicicleta y él salió a su encuentro para ayudarla.

—Has tardado mucho —dijo.

—Sí. Estaba deseando llegar a casa, pero la carretera está llena de convoyes alemanes. Me han obligado a parar tres veces para pedirme la documentación.

Dejaron las provisiones en la cocina.

—¿Qué pasa? —preguntó Denis.

—Han desembarcado en la Provenza. —Mientras ella desenvolvía los paquetes, él se había sentado sobre la mesa y apretaba el borde con las manos—. Han liberado París y los alemanes retroceden hacia las fronteras. Dicen que hay americanos y franceses a menos de cien kilómetros de aquí, pero no he podido conseguir ningún periódico.

—Entonces no podremos quedarnos aquí mucho más tiempo —dijo Denis.

Ella asintió con la cabeza.

—Claro que sí. Nos quedaremos hasta octubre. —Y volviéndose hacia él, añadió—: Te lo prometo, mi vida.

Denis bajó la cabeza.

—Tú no conoces a mamá —dijo—. Espera a que los trenes circulen y verás.

Se dirigió a la puerta. Un cielo oscuro cubría el valle. El sol se estaba poniendo y por encima de las colinas asomaban resplandores rojizos. Se sentó en el umbral, con la barbilla apoyada en las manos. Ella se acercó, lo rodeó con los brazos y apoyó su cabeza rubia en su pecho.

—No estés apesadumbrado, mi vida.

Él bajó la cabeza.

—Otro día que se va —dijo—. ¿Cuántos nos quedan?

—Nos queda toda la vida, amor mío.

—Sí..., toda la vida —repitió él en voz más baja—. Pero ¿por qué tiene que terminar esta estúpida guerra? Espero que los *boches* echen a los otros de nuestro país y vuelva a haber bombardeos.

Ella le tapó la boca.

—No digas eso. Nosotros nos quedamos aquí.

En el dormitorio, más tarde, acostados el uno junto al otro, con las caras tocándose, mantuvieron los ojos abiertos en la oscuridad.

—Claudie.

Ella se incorporó.

—Sí.

—Cuando tengamos que volver, nos mataremos, eso es lo que haremos.

—Esta noche quieres matar a todo el mundo.

—Nos mataremos —insistió Denis.

Un beso.

—De acuerdo, nos mataremos.

—Dime, ¿eres feliz de verdad? ¿Eres feliz de verdad conmigo?

Otro beso.

—No estés triste. Soy feliz, lo sabes muy bien. —Le oyó suspirar y notó que se encogía de hombros contra las sábanas—. No pienses más en todo eso, mi vida. Nos quedaremos aquí.

—Mucho tiempo.

—¿Quieres que te encienda un cigarrillo? No estés triste. —Encendió un cigarrillo en medio de la oscuridad y se lo dio—. ¿Sabes qué? Con esta lucecita roja te veo. No estés triste.

Se estrechó contra él, lo besó de nuevo.

—Estúpida guerra —dijo Denis.

En otra ocasión —dos o tres días después—, mientras daban una vuelta antes de irse a dormir, de repente, en el camino que conducía a la casa, unos faros se encendieron en medio de la noche, a menos de diez pasos de ellos, y los deslumbraron.

Una voz les ordenó en alemán que se quedaran donde estaban y no se movieran.

Eran cuatro soldados de la Wehrmacht, uno de ellos un oficial, que se habían perdido con un camión. Todos eran muy jóvenes. Ni siquiera el oficial, que fue el primero en acercarse a la luz de los faros, parecía tener más de veinte años. No iban armados y se esforzaban en demostrar que no pretendían ser hostiles, pero aquella semana se decían tantas cosas que Denis y Claude se habían acercado instintivamente el uno al otro, conteniendo la respiración.

Ninguno de los cuatro hablaba francés. El oficial repetía:

—¡No miedo! ¡No miedo!

Le mostraba a Denis las manos abiertas, vacías, se tocaba el pecho con el dedo índice, señalaba a los otros con una sonrisa tensa, cómica, que quería que resultara tranquilizadora.

—¡Nosotros amigos! ¡Guerra acabada! *Deutschland!* ¡Familia! ¿Comprendes? ¡Nosotros amigos!

En un momento dado, uno de los soldados, detrás de él, se puso a gritar. Entre otras cosas, dijo algo que a Denis le costó entender y que, a saber por qué, le provocó una risa nerviosa.

—¡Yo austríaco! ¡Socialista! ¡Socialista!

El oficial le ordenó callar. Dijo en alemán, en un tono iracundo, algo así como: «¡Cierra el pico, imbécil! ¡Estás asustándolos!».

Ahora los cuatro estaban a su alrededor. Denis observó que se habían arrancado las insignias y que incluso el oficial iba con la cabeza descubierta. Claude hablaba alemán.

—No tienen más que ir hacia el sur —le dijo Denis— y rendirse ante el primer soldado americano que encuentren. Díselo. Diles que los americanos están muy cerca.

Ella se lo dijo. El oficial la escuchó y negó con la cabeza. Habló en alemán. Denis entendió la palabra *kaputt*.

—No quieren volver atrás —dijo Claude—. Dice que hay gente del maquis por todas partes y que los matarán. Quieren volver a Alemania.

—¿De dónde vienen?

Ella se lo preguntó al oficial.

—Estaban en una base cerca de Marsella. Al anochecer han decidido separarse de su convoy por la zona de Saint-Agrève.

El oficial asentía con la cabeza a medida que ella traducía. Después alargó la mano y cogió el jersey de Denis entre el índice y el pulgar. Dijo algo en alemán.

—Quiere ropa civil —dijo Claude—. De hecho, quiere nuestra ropa.

—Ropa —repitió el oficial, asintiendo con la cabeza—. Ropa.

Suplicaba a Denis con la mirada y luego a la chica. Grandes sombras se cernían sobre la carretera iluminada.

—Diles que no tenemos ropa para darles —dijo Denis—. Diles que nos dejen tranquilos.

Ella no tradujo. Tras un momento de silencio, con los cuatro alemanes aguardando inmóviles delante de ellos, le dijo a Denis:

—Dales el jersey y la camisa. Es preferible hacerlo.

Denis obedeció. Cuando se quedó con el torso desnudo y el oficial les tendió las prendas a los soldados, dos de ellos se quitaron la guerrera. El oficial miraba a Claude. Ella se quitó también el cárdigan de lana que llevaba y luego la blusa de manga corta con las iniciales de una de sus primas bordadas a la altura del corazón: L. B., Lou Bryas. El oficial se quedó con la blusa. Nadie decía nada. El oficial se quitó también la guerrera y cubrió con ella los hombros desnudos de la joven, que tiritaba, tanto a causa del nerviosismo como del frío, a la luz de los faros.

A continuación, se volvió hacia el soldado que se había puesto el jersey de Denis y le dijo algo en alemán. El soldado fue al camión y volvió con una hogaza de pan negro y una gran caja metálica. Claude se negó a aceptarlas.

—Mantequilla —le dijo el oficial a Denis—. Es muy buena.

Con el torso embutido en la blusa bordada de Lou Bryas, que ni siquiera se podía abrochar, tenía un aspecto ridículo e inofensivo. Denis cogió el pan y la caja metálica.

—No debemos —le dijo Claude—. No los ayudamos para obtener algo a cambio. No está bien.

—Tonterías —contestó Denis—. Pregúntales si tienen gasolina.

Ella se negó a preguntarlo.

—Bencina —le dijo Denis al oficial.

Le dieron un bidón de veinte litros. El oficial fue el último en subir al camión. Antes de hacerlo, le preguntó algo a Claude, pero ella negó con la cabeza sin responder, erguida, cerrando con las dos manos la guerrera alemana para cubrirse el pecho, y entonces le dijo a Denis:

—Tú vienes a Múnich un día, ¿comprendes? Familia. Muy bonito.

Se fueron con los faros encendidos después de haber invadido los márgenes del camino para dar media vuelta. Claude y Denis siguieron durante largo rato con la mirada los haces de luz a través del campo. Denis estaba seguro de que no tardarían en capturarlos, bien los suyos o bien los del maquis, y que en cualquier caso no verían amanecer.

Los americanos pasaron por allí al día siguiente.

Claude estaba enfadada con Denis por haber aceptado lo que los desertores alemanes les habían dado. Decía que no lo reconocía cuando actuaba de ese modo. Decía que, en un momento dado, le había parecido que tenían algo en común con los soldados que huían, que ellos también, para sentirse mejor, se hacían pasar por lo que no eran.

—No puedo explicarlo —decía—, pero no es correcto haber hecho un trueque, está mal, va en contra de nosotros.

—No entiendo nada —replicaba Denis—, no entiendo nada de lo que dices.

Fue a buscar la batería del coche que estaba escondido en el granero y la recargó. No encontraron la llave de contacto, pero él se pasó una tarde entera bregando para averiguar cómo se podía arrancar un motor haciendo contacto con los cables; y cuando él se empeñaba en entender algo, acababa por entenderlo.

Los veinte litros de gasolina les duraron menos de una semana. Al principio se limitaron a circular por el camino de delante de la casa, luego se animaron a llegar hasta la carretera de Montfaucon, que estaba asfaltada. Se turnaban para ponerse al volante, y el que no conducía no paraba de darle instrucciones al otro:

—¡Pisa el pedal de la derecha! ¡No, ese no, el de la derecha, el de la derecha! ¡No aceleres más, vamos a volcar! Espera, ya he entendido cómo va, voy a enseñarte.

Denis estaba entusiasmado con el coche.

—Prefieres el coche a mí —decía Claude—. Un día de estos lo estrello contra un árbol a propósito.

Denis también hizo trueques con los americanos y los contingentes norteafricanos que, en sucesivas oleadas, atravesaban el país. Así consiguió un poco más de gasolina.

Un día, dando un rodeo para evitar Villarguier, fueron en coche a Puy y regresaron sanos y salvos. Después, Claude se enteró de que requisaban de nuevo los vehículos. Tuvieron que guardar su juguete en el granero y recuperar las bicicletas.

A veces, a la caída de la tarde, la joven no veía a Denis por ninguna parte de la casa y estaba segura de que lo encontraría al volante del Chenard, inmóvil, con la cabeza apoyada en los brazos, tranquilo, pensando en las musarañas, como el niño de antes, y entonces se ponía delante del coche y simulaba hacer autostop.

Hacia finales del mes de agosto se organizaron festejos en todo el país para celebrar la liberación. Hubo bailes hasta en los pueblos más recónditos, y en las barras de madera que se instalaban en las plazas corría el vino. Denis y Claude fueron dos o tres veces a las localidades vecinas, donde nadie los conocía.

Un domingo, en Nimers, una aldea situada a unos kilómetros de Villarguier, bailaron, con torpeza, pero contentos, en medio de la animación general. Sonaba la música discordante de un viejo fonógrafo colocado sobre una mesa de café. En determinados momentos, los altavoces que la difundían por la plaza no conseguían imponerse a los gritos y las risas.

Antes habían asistido, en la sala del café, a la proyección de una película americana de antes de la guerra: *Ramona*, con Don Ameche y Loretta Young. Contaba la historia de un indio que se casa con una blanca y al final lo matan porque ha robado un caballo. En realidad, no lo había

«robado», solo lo necesitaba para ir a buscar a un médico para su hijo, que estaba enfermo. En la sala, todo el mundo lloraba.

Después de haber bailado un rato, acalorados y sedientos, fueron a buscar un vaso de sidra. Se abrieron paso entre la multitud exaltada hasta una barra hecha con cajas de madera y tablas toscamente clavadas. Había banderas y cruces de Lorena por todas partes.

—Dos sidras —dijo Denis.

Las mujeres encargadas de servir no los oían y era preciso gritar.

—¡Dos sidras, señora! —repitió Denis.

Al volverse hacia Claude, vio que se había quedado pálida. Miró alrededor y comprendió por qué: a unos metros, entre el gentío, el hijo del panadero de Villarguier charlaba con otros jóvenes. Hacía grandes aspavientos y tenía el rostro congestionado.

El muchacho miraba a los dos amantes con una sonrisa irónica, y en un momento dado Denis vio cómo les daba codazos a sus compañeros.

—¡Menudo imbécil! —masculló este último—. Somos libres, ¿no?

—Claro, mi vida, no pasa nada.

—¿Nos vamos?

—¡No, sería una lástima! Vamos a seguir aprendiendo a bailar.

Denis notó que la mano de Claude buscaba la suya y advirtió que su rostro había recobrado el color. Se volvió de nuevo hacia la barra.

—¡Dos sidras para la hermana! —gritó una voz cerca de ellos.

Los jóvenes rompieron a reír y el hijo del panadero, cabellos negros y cara mofletuda, levantó un brazo.

—¡Dos sidras para la hermana! —repitió.

—¡Aquí está, aquí está! —dijo una mujer detrás de la barra.

Y sirvió sidra en dos vasos. Denis le tendió uno a su amante y bebieron sin dejar de mirarse. El hijo del panadero se abrió paso hacia ellos.

—¿Me concede el próximo baile, señorita? —dijo con la voz un poco ronca.

Ahora estaba pálido, y Denis observó que temblaba.

Sor Clotilde se estiró la falda con una mano que se le pegaba a las piernas. Miraba a aquel paleta a los ojos, sin dejar de sonreír.

—Si quiere... —dijo—. ¿Por qué no?

Denis hizo un gesto para retenerla, pero ella ya estaba conduciendo al joven campesino hacia la zona donde se agrupaban los bailarines. La música disonante empezaba a sonar de nuevo. Con una sensación desconocida, y muy desagradable, Denis miró cómo se colocaba ella misma entre los brazos de su pareja.

—Ha ganado la apuesta —dijo una voz junto a él.

Denis se volvió. Los otros dos jóvenes se habían acercado y lo miraban fijamente. Iban endomingados. En el ojal de sus chaquetas, demasiado cortas, destacaba una gran flor roja.

—¿Todo bien? —dijo uno.

—¿A ti qué te parece? —replicó Denis—. ¿Quieres una foto mía?

Los dos jóvenes desviaron la mirada. Denis se alejó y se apoyó en un poste de madera de varios colores. Estaba furioso, con ellos y con ella. El baile no acababa nunca, y se acercó a la

multitud. Veía cómo el hijo del panadero rodeaba a la joven por la cintura. Mientras bailaban, él hablaba y ella sonreía. Cuando terminó el baile, las otras parejas no se movieron del sitio en espera del siguiente baile, pero Claude y el hijo del panadero regresaron hacia donde él estaba. Ella se levantaba el pelo de la nuca mientras iba a su encuentro.

«Es una chica maravillosa —pensó Denis—. Tiene una cintura incomparable, un rostro encantador, es espigada y guapa, y camina como un hada descalza. También tiene unos cabellos espléndidos. Es realmente guapísima.»

Estaba al borde de odiarla.

El hijo del panadero andaba junto a ella secándose la cara con un pañuelo de rayas. Parecía agotado y mayor de lo que era. No debía de tener más de veinte años. Era fuerte, pero se movía con torpeza, y Denis no tenía ninguna duda de que en una pelea le ganaría.

—¿Se te ha hecho larga la espera? —preguntó Claude al llegar junto a Denis, con la blusa entreabierta en el escote.

—Abróchate —dijo Denis en un tono seco.

Ella no quiso darse por enterada de su mal humor. Se abrochó los botones de arriba de la blusa, se cogió de su brazo y se volvió hacia el hijo del panadero. Este último los miraba sin rastro de su ironía anterior.

—Lo siento —dijo—. Soy idiota... Yo no quería...

—No tiene importancia —dijo Claude—. No pasa nada. Yo bailo tan mal como usted.

El joven se balanceaba sobre sí mismo, con el pañuelo en la mano y el pelo por encima de las orejas. Sudaba tanto que tenía el semblante violáceo.

—Gracias —dijo tras un embarazoso silencio.

Miró a Denis y se marchó. Desapareció entre la muchedumbre. Claude tiró de su amante para apartarse un poco de la gente.

—¿Estás enfadado? —preguntó, fingiendo preocupación.

Él respondió que no. Ella le había cogido la mano y se la apretaba muy fuerte.

—Sigamos —dijo—. Sigamos los dos. Solamente nosotros dos.

Estuvo alegre el resto de la tarde, como si nada hubiera pasado.

Al caer la noche regresaron a casa pedaleando lentamente uno junto a otro. A medio camino, se detuvieron en un bosque. Ella estaba cansada, tenía calor. Se internaron en el bosque, a la sombra de los abetos, y se tumbaron entre los helechos. Él la contempló mientras se estiraba con los ojos cerrados. El sudor había formado unas manchas húmedas en la blusa y la falda.

—Estás empapada —dijo Denis—. ¿Estás bien aquí?

—Sí. ¿Y tú?

—Claro, estoy contigo.

Le levantó la falda y acarició la suave piel de sus piernas. Ella rió y dejó de reír. Ahora era él quien desabrochaba uno a uno los botones de su blusa.

—Calla —dijo ella con una voz extraña, pese a que él no había dicho nada.

Rodeados de altos helechos, estaban como aislados del mundo. No había más que un gran pedazo de cielo ya oscuro sobre un abismo de dulzura.

Al día siguiente se enteraron de que el hijo del panadero de Villarguier los había visto entrar en el bosque y besarse.

CAPÍTULO 23

La superiora llegó un sábado, hacia mediados de septiembre. Había enviado dos cartas con anterioridad que no recibieron respuesta. No había nada que responder. Claude y Denis la esperaron todo el día y ella llegó al anochecer, erguida, blanca, siguiendo el pequeño camino y acompañada por un chico de la edad de Denis que acarreaba su maleta. Cuando llegó ante la casa, se detuvo y despidió al chico con una propina. Él se marchó silbando, después de haber observado largamente a los dos amantes inmóviles en el umbral. La superiora cogió la maleta y avanzó hasta la puerta. Sor Clotilde tenía cogida la mano de Denis y la apretaba muy fuerte.

—Buenas tardes —dijo la superiora.

—Buenas tardes, madre.

La joven soltó la mano de Denis y este no dijo nada.

—Buenas tardes, hijo —insistió la superiora ante el silencio del muchacho.

Denis no contestó.

La joven cogió la maleta e invitó a entrar a la superiora. Esta llevaba la túnica manchada de negro. Parecía cansada. Sor Clotilde había optado por llevar una de sus faldas veraniegas, pero la superiora no hizo ningún comentario. Denis observó que las dos llevaban el mismo anillo de plata en la mano izquierda. Cuando las vio entrar en la que había sido su habitación preferida, la habitación *de ellos*, se marchó al bosque.

Pasó junto a unos árboles y cogió un poco de resina con los dedos. Después se tumbó sobre un lecho de hierbas y ramitas de abeto. Notaba la resina pegada en las uñas y se metió el dedo índice en la boca para chuparla. La noche caía lentamente. Un escarabajo trepó por su camisa. Denis lo apartó y observó cómo desaparecía bajo la hierba. Levantó los ojos y vio que el cielo se oscurecía sobre el pueblo. En las montañas, el sol aún brillaba. Denis volvió a meterse el dedo en la boca y cerró los ojos.

La superiora estaba sentada en el diván observando a la joven, que permanecía callada junto a una ventana.

—¿Dónde está el muchacho? —preguntó.

—Se ha ido al bosque —dijo sor Clotilde con voz cansada—. No quiere estar aquí en estos momentos.

—Mejor. Así podremos hablar con más libertad —dijo la superiora.

Cruzó las manos y se levantó. Se acercó a la joven, que estaba de pie a contraluz, vuelta de espaldas.

—Ven a sentarte a mi lado —le dijo—. Te veré mejor.

Sor Clotilde la miró a la cara. La superiora se fijó en lo guapa que era y en la profundidad de sus ojos.

—¿No quiere que cenemos antes? —dijo la joven de cabellos rizados—. Podríamos dejar la conversación para mañana. Debe de estar agotada después del viaje.

—Estoy cansada —dijo la superiora—, sí, cansada y disgustada, pero quiero aclararlo todo esta noche. Mañana te llevaré de vuelta, y al muchacho también. Hay un tren a mediodía. De todas formas, no puedo quedarme mucho tiempo fuera. Así que debes comprender y obedecerme.

—No puedo.

—¡Sí que puedes! —dijo la superiora cogiéndola por los hombros—. No hay otra solución, ¿me oyes? Ese tren nos llevará de vuelta a los tres, a él a casa de sus padres, y a ti, a la nuestra.

Después quiso subir al piso de arriba. Preguntó cuál era la habitación de Denis.

—Ocupamos la misma —dijo la joven.

La superiora abrió la puerta del dormitorio común. Hasta entonces se había contenido, pero al ver la cama pareció de pronto una mujer más arrugada, más encorvada, envejecida. Se volvió hacia sor Clotilde y, presa de la desesperación, levantó un brazo para abofetearla, pero la joven se lo impidió asiéndola por la muñeca.

—Se lo suplico —dijo sor Clotilde—. Se lo suplico.

La superiora la empujó hacia el interior del dormitorio. Sor Clotilde se sentó en la cama y rompió a llorar. Tras un largo silencio, la superiora se colocó ante ella y dijo:

—Deja de llorar, eso no arregla nada. Mírame.

Sor Clotilde levantó la cabeza y la miró.

—¿En el internado ya pasaba esto?

—Sí.

—¿Cuándo?

—No sé. Tenía miedo, sabía que ocurriría, no podía evitarlo. Intenté...

—¿Cuándo? —repitió la superiora.

—En casa de Madeleine.

—¡Me asqueas!

Zarandeaba a la joven por los hombros sin control, y de repente se puso una mano sobre el corazón y se sentó. Tras unos segundos, dijo con voz entrecortada, doliente:

—Toda la culpa es mía. No me he ocupado de ti. Estabas bajo mi custodia y no te he protegido. Me necesitabas y no he entendido nada, ¡nada! La culpa es mía.

—No es culpa de nadie.

—Vas a volver conmigo —dijo la superiora.

—No puedo.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que no puedes? ¡Podías mentir! Podías sonreír mientras..., mientras... —No encontraba una palabra suficientemente fea—. ¿Y esto? ¿Podías hacer esto? —Agarró la colcha con una mano arrugada, como si quisiera arrancarla de la cama—. ¿Y esto? —Tiraba de la blusa de la mujer, justo por debajo del hombro—. ¿Qué es lo que no puedes? ¿Y qué es lo que sí vas a poder seguir haciendo? ¿Mirar a tus padres a la cara? ¿Mirar a los suyos? ¿Mirarlo a él? Lo corrompes, lo destruyes, ¿y puedes mirarlo a la cara?

Sor Clotilde se puso a llorar de nuevo.

—Por favor, no diga eso.

—¿Que no diga qué? ¿Que te aprovechas de su edad y de su encandilamiento? He hablado con sus padres. Tiene catorce años.

Y en ese momento sucedió algo extraño que se grabó para siempre en la memoria de la joven. Estaba llorando. Una lágrima cayó sobre su falda, que estaba almidonada, y la lágrima se deslizó como una perla y se detuvo en el borde, justo sobre sus rodillas. Entonces la superiora puso un dedo sobre la lágrima y la aplastó.

Hablaron largo rato. La superiora decía: «Tú no lo entiendes». Sor Clotilde decía: «Usted no lo entiende». La superiora hablaba de un Dios indiferente y terrible, de una chica, casi una niña, que un día se había tendido en el suelo de una capilla con los brazos en cruz, y repitió varias veces: «Eres la amante de Jesucristo para toda la vida, por la eternidad». Sor Clotilde dijo sobre Denis:

—No quiero hacerle daño. Usted no lo entiende. Quiero seguir con él. Quiero que nos dejen tranquilos. El Dios en el que yo creo sabe cómo somos y Él sí que comprende, Él está de acuerdo con nosotros, estoy segura de que está de acuerdo con nosotros.

—Blasfemas —replicó la superiora—. Has perdido el juicio. No sabes lo que dices. Estás poseída por el diablo. La cólera de Dios se abatirá sobre ti.

Fuera había caído la noche.

Hubo un momento en que la joven agarró a la superiora por los hombros y la zarandeó, como ella había sido zarandeada antes, gritando:

—Le quiero, ¿no lo entiende? ¡No quiero a nadie más que a él y me niego a dejarlo!

—Tendrás que hacerlo —dijo la superiora—. Si no soy yo quien os lleve de vuelta, ¿crees que pasará mucho tiempo antes de que lo metan en un internado? ¿O antes de que te encierren a ti?

La joven la soltó y se apartó. Miraba sobrecogida a una anciana a la que intentaba reconocer en vano, que le parecía tan desconocida como el resto del mundo.

—Tiene catorce años —insistió la superiora—. Incluso para la ley de los hombres, lo que has hecho tiene un nombre, incluso los hombres te castigarán.

Así fue como transcurrió el encuentro. La superiora hablaba y hablaba, repetía las mismas palabras, las mismas frases, inclinada sobre ella, que se había echado en la cama boca abajo e intentaba desesperadamente pensar en Denis: Denis dentro de un coche al fondo de un granero, Denis entre sus brazos cuando hacían el amor, Denis, que había crecido más durante el verano, que unos días antes se había medido con un metro de costurera y había reído con una risa llena de orgullo, inolvidable, porque era diez centímetros más alto que ella. Catorce años y dos meses.

—Por el niño que era antes de desatarse esta locura —dijo la superiora—, por la niña que fuiste tú, que el silencio y el olvido caigan sobre este asunto. Te prometo que todo quedará entre tú, yo y tu confesor. Te prometo que nunca más se volverá a hablar de ello.

Exactamente así fue como transcurrió el encuentro.

Ella seguía llevando la falda y la blusa. Ya no lloraba. Estaba con la superiora delante de la casa y le señalaba con un dedo los puntos iluminados alrededor. De pronto, la superiora le dijo:

—Ve ahora a hablar con él.

Sor Clotilde fue primero hacia el bosque y lo llamó, pero ya no estaba allí. Cruzó el patio y

entró en el granero. Estaba sentado al volante del Chenard, a oscuras, con el torso erguido y el semblante inexpresivo. No se volvió para mirarla. Ella avanzó en su dirección y, al acercarse, reparó en que encima de la camisa llevaba la guerrera que el oficial alemán les había dado. Era algo pueril y terrible, como él.

—¿Por qué te has puesto eso?

—Porque sí.

—Pero ¿por qué razón?

—¡Ya te lo he dicho!

Claude abrió la puerta y se sentó junto a él, que seguía sin mirarla, que ya sabía, que siempre lo sabía todo.

Tras un silencio, ella le dijo, sin tocarlo:

—¿Te importaría ir al pueblo? No tenemos bastante pan para esta noche.

Él asintió con la cabeza.

—Volvemos, Denis.

Él asintió con la cabeza.

—Tienes que ayudarme, ¿sabes?

Él hizo un gesto de asentimiento. Después volvió la cabeza un segundo y la miró. Ella esperaba ver dolor en sus ojos, y quizá también rabia, y en cierto modo había esas cosas, pero no exactamente; era algo distinto, algo que le recordó su primer encuentro, cuando se volvió hacia él en una sala de hospital vacía y lo vio. Si el destino no existía, aquello no significaba nada en absoluto.

Él abrió la puerta, bajó del coche, dio unos pasos hacia la salida del granero, se detuvo, la miró de nuevo a través del parabrisas sucio y retrocedió. Se acercó a ella y le dijo con ternura:

—No pasa nada. Es mejor así.

Ella comprendió que hacía todo lo posible para facilitarle las cosas. Siempre estuvo convencida de que había dicho: «No pasa nada, *hermana*», pero no era verdad. Lo vio quitarse la guerrera del oficial alemán y arrojarla al fondo del granero, para después marcharse con las manos en los bolsillos, la espalda erguida, los hombros altos, espigado, triste y orgulloso: Denis.

Cuando la panadera salió al mostrador, se quedó sorprendida al verlo.

—¿Es usted?

—Sí —dijo Denis—, quisiera una hogaza.

Ella sonrió, sin moverse.

—¿Se han acabado los amoríos? ¿La hermana vuelve al redil?

Denis se encogió de hombros.

—Quisiera una hogaza —repitió.

La mujer continuó sonriendo, una sonrisa congelada en la ironía y la malevolencia. Se acercó a las hogazas y cogió una. Luego volvió hacia él.

—Se acabó lo que se daba —dijo.

—Deme el pan.

Denis sacó un billete y unos cupones para el pan y se los tendió. Ella miró el billete y sonrió con más malevolencia aún.

—¿Es suyo este dinero? ¿Es ella quien te mantiene? ¡Pues vaya negocio para una puta!

—Puta lo será usted —dijo Denis, y le arrebató el pan.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

—¡He dicho puta!

Ella le cortó el paso gritando:

—¡Puta! ¡Me ha llamado puta!

Alertado por las voces, su marido acudió. Tenía las manos blancas de harina y sus anchos hombros peludos estaban desnudos bajo una camiseta de tirantes. Avanzó sacando pecho. Parecía muy fuerte y, sobre todo, muy enfurecido.

—¿Ha sido él? ¿Ha sido él quien te ha llamado así?

—Sí, me ha llamado puta —dijo la mujer, y abrió la puerta para seguir gritando en la escalera, en medio de la oscuridad.

Inmediatamente llegaron algunas personas y entraron en la panadería. El panadero, agarrando a Denis de un brazo, les dijo:

—Ha llamado puta a mi mujer.

—Miserable —dijo un anciano—. Miserable.

Denis intentó desasirse y el viejo le asestó un bastonazo en la espalda. El panadero le dio un bofetón. Denis sintió que salía disparado contra una pared. En ese momento, el muchacho que había acompañado a la superiora fue corriendo a avisar a sor Clotilde. Los demás observaban la escena y los hombres se reían. Denis se pasó una mano por la mejilla haciendo un esfuerzo para recuperarse. El panadero ya volvía a acercarse a él con la mano levantada.

—Déjeme en paz —dijo Denis.

Miró a toda aquella gente y tuvo la sensación de que se encontraba en medio de una pelea en el colegio. Se quitó el reloj y se lo guardó en un bolsillo de los pantalones.

—Te vas a enterar —dijo el hombre, tras un instante de desconcierto—. Te acordarás de esto toda tu vida.

Dio otro paso adelante para pegarle, pero Denis no se quedó esperando una segunda bofetada y, apuntando a los ojos, le propinó un puñetazo con todas sus fuerzas. El impacto hizo retroceder al hombretón. El viejo del bastón y otros habitantes del pueblo se dispusieron inmediatamente a agarrar al muchacho.

—¡Sujetadlo! —dijo el panadero—. ¡Sujetadlo, que le voy a enseñar lo que es bueno!

Y empezó a golpear al tuntún, con los puños cerrados. Denis se tambaleó, consiguió liberar una mano y lanzó un puñetazo al vacío, pero no pudo hacer nada más.

—¡Déjenme pasar! —gritaba—. ¡Déjenme pasar!

Lloraba. Había ido corriendo desde casa. Apartaba furiosamente a las personas que se agolpaban en la puerta de la panadería. Los hombres que hacía un momento sujetaban a Denis habían retrocedido, pálidos y acobardados. Ella retrocedió también, con el rostro demudado por las lágrimas y el horror, al ver al muchacho tendido en el suelo. Estaba de rodillas contra la pared, con una pierna doblada bajo el cuerpo y los brazos apoyados en el suelo. Chorreaba sangre por las orejas, la boca y la nariz. La camisa y los pantalones estaban salpicados de manchas rojas. Intentaba levantarse, pero no lo conseguía.

—¡Denis! ¡Pequeño mío!

Lo levantó cogiéndolo por los hombros y él se apoyó en ella, rodeándole el cuello con los brazos y manchando su blusa blanca.

—No es nada —dijo Denis con un hilo de voz, justo lo bastante fuerte para que pudiera oírlo.

—Apóyate en mí.

Lo sujetó porque estaba a punto de desplomarse de nuevo. Denis volvió a ponerse en pie, contrayendo las facciones y apretando los dientes. Sus dientes estaban rojos y su rostro se retorció convulsivamente.

—Ven, mi vida.

Lo condujo al exterior y una chica le tendió la hogaza, que había ido a parar a la escalera. Ella no la cogió. Sostuvo a Denis, asqueada por todas aquellas personas que se apartaban en silencio.

Se encaminaron los dos hacia la casa, lentamente, en medio de la oscuridad, ella sosteniéndolo y susurrando palabras que había creído que nunca le diría.

—Apóyate en mí, mi vida. Agárrate bien fuerte. No te dejaré, ya verás, no te dejaré. Nunca te dejaré, amor mío. ¿Te duele? ¿Te duele mucho?

Él sollozaba sobre su hombro y negaba con la cabeza.

—Todo va a ir bien —dijo ella—. Apóyate fuerte en mí. No volveré a dejarte.

En la habitación, cuando le hubo lavado la cara y Denis estuvo metido en la cama, bien arropado, más tranquilo ya, con una gasa cubriéndole una comisura de los labios, le dijo:

—Ahora vengo, no te muevas, vuelvo enseguida.

—No podré volver a besarte —dijo Denis.

—Sí. Mira.

Por fin sonreía. Tenía un ojo hinchado y una herida en el interior del labio. La nariz y las orejas habían dejado de sangrarle.

—No tardes.

—Es un momento.

—¿Y la superiora?

—Voy a hablar con ella.

—¿Te dejarás crecer el pelo?

—Hasta aquí.

Señalaba sus rodillas. Salió y cerró la puerta despacio. La superiora estaba abajo, con la espalda apoyada en una ventana. Tenía el reloj de pulsera de Denis en las manos.

—¿Está mejor? —preguntó.

—Está muy bien. ¿Tiene usted hambre?

—No.

—En ese caso, quisiera que se marchara —dijo la joven—. Encontrará alojamiento en el pueblo.

Se dirigió hacia la cocina. La superiora la siguió y dejó el reloj encima de la mesa.

—¿No ha cambiado de opinión?

—Yo nunca he tenido opinión —dijo la joven—. Ni una sola vez en toda mi vida. Siempre han sido los demás quienes la han expresado por mí. Pero ahora he tomado una decisión. Soy yo quien la ha tomado, ¿comprende? Yo.

La superiora no dijo nada. Salió de la cocina y cerró la puerta. La joven dejó que su corazón

se serenara, cogió un vaso y bebió un poco de agua del grifo. Después se enjabonó las manos para que la alianza se deslizara. El anillo llevaba mucho tiempo en su dedo, pero no tuvo dificultad alguna para quitárselo.

Ya está. Se ha acabado. Sea bueno o malo el camino que he emprendido, lo que cuenta es que he emprendido uno. Los dos lo hemos emprendido. Sin lamentaciones, ni siquiera por no haberlo hecho antes. Era preciso todo esto para que me diera cuenta. Ahora ya está hecho, por fin.

Como punto de partida no es gran cosa, lo sé. Pero, si hubiera dejado a Denis, habría sido un punto de partida todavía peor. De los dos, escojo el menos malo. Aunque hayamos tomado el mal camino, al menos lo hemos tomado juntos. Y vistas las cosas desde esta perspectiva, estamos en el buen camino.

Conservaremos nuestro amor. Dejaremos que pase el tiempo —¿cinco años, seis?— y nos pondremos de nuevo en pie. Levantaremos toda esta ruina con nuestro amor. Eso es lo esencial.

Quería estar junto a él y el corazón volvía a latir con fuerza en su pecho. Cuando salió de la cocina, la superiora estaba en el pasillo de entrada con la maleta en la mano.

—Me voy —dijo, sin duda esperando que la joven la retuviera.

—Váyase al infierno —dijo esta—. Déjenos en paz. Váyase al infierno si quiere.

Cogió la mano libre de la superiora, la abrió, le puso el anillo de plata en la palma y cerró los dedos sobre él, todo muy deprisa, sin apartar los ojos de los suyos.

—Está loca —dijo la superiora.

—Es una hermosa locura.

Empujó a la superiora hacia la puerta. Esta se desasíó y soltó la maleta.

—Un momento, hermana.

—Yo no soy su hermana —dijo Claudie—. ¿Lo soy acaso? No. Así que no diga que soy su hermana.

—Lo ha sido, y por eso siento cariño por usted.

—No quiero para nada su cariño. Váyase, por favor.

—Déjeme hablar —dijo la superiora.

Estaba pálida. Las dos estaban pálidas.

—Ya hemos hablado mucho —contestó Claudie.

—¿Ha pensado en los padres del chico? En cuanto regrese, iré a su casa para contárselo todo. Debería haberlo hecho ya.

—Cuenta lo que quiera —dijo Claudie—. ¿Qué efecto cree que tendrá lo que diga? Obligarán a Denis a volver, ¿no? ¿Y luego? La vida es larga, puedo esperar. Dentro de unos años, él será libre y yo también, y volveremos a estar juntos.

—Sabe muy bien que las cosas no sucederán así. Dentro de unos años, usted será para él un lastre, un remordimiento, un error monstruoso.

—¿Voy a tener que echarla a la calle? —replicó Claudie—. Dígame si tengo que hacerlo y lo haré.

—Un error monstruoso —repitió la superiora—. He oído su reloj hace un rato, y ¿qué cree que he oído? Hace tic-tac, tictac... —Cogió la maleta—. Hija mía, la compadezco.

—Yo no soy su hija —dijo Claudie—. No soy ni su hermana ni su hija. Y voy a echarla a la calle.

—Comunicaré su decisión al obispo. Puestos a romper los votos, habría preferido que lo

hiciera más dignamente, pero, ya que lo quiere así, solo le pido una cosa. Por sus padres, por los del muchacho y por ustedes dos. Por favor, llévelo de vuelta a casa. Y cuanto antes. Ahórrenos al menos verla sentada en el banquillo de los acusados.

—Voy a llevarlo —dijo Claudie.

—Que Dios la perdone.

—Ya me ha perdonado.

—Ya ha empezado a castigarla —dijo la superiora—. Él es quien manda en el cielo y las estrellas. Él es quien ha puesto en marcha el tictac.

Estaba de pie delante de la puerta abierta, con la mirada fija, muy pálida, y se marchó, inclinada sobre la maleta, a lo largo del camino desigual y oscuro. La joven se quedó en la puerta mirándola mientras se alejaba. Vio las estrellas titilando sobre el bosque. Subió corriendo al dormitorio, se metió en la cama junto a Denis, lo rodeó con los brazos, lo estrechó contra sí. Iba a decir algo, pero él le puso una mano sobre la boca y se lo impidió.

—Lo sé —dijo—. Lo he oído. Has estado de nota.

Y la estrechó también fuerte contra sí.

—Tú eres mi amante —dijo ella—. Ella dijo que debía ser la amante de Jesucristo, pero mi amante eres tú.

Después, se desnudó y volvió a acostarse a su lado. Estaban solos. No había nadie más que ellos, juntos, con su amor ultrajado pero vivo.

CAPÍTULO 24

Y ahora era el año en que Denis empezaba tercero.

Durante las vacaciones, no habían pintado los edificios ni arreglado los patios. Las contraventanas ya no brillaban tanto ni eran de un verde tan vivo. En el locutorio, los sillones eran los mismos, y en los pisos donde vivían los vigilantes seguían colgadas las mismas tarjetas en las mismas puertas. En las aulas no había ni bancos ni pupitres nuevos que olieran a limpio. Las aulas olían a aulas. Pero, en eso, los alumnos no se fijaban. En lo único que se fijaban al volver de vacaciones era en su nuevo vigilante.

Aquel año pusieron a Denis en la segunda división. Nunca había tenido al vigilante de la segunda división. A los vigilantes les habían dado una gran hoja con los nombres de los alumnos ordenados según la fila y el lugar que ocupaba cada uno en la sala de estudio. Incluso habían marcado con una cruz roja el nombre de los que no eran buenos alumnos, aquellos a los que llamaban «las lumbreras».

Antes de la primera hora de estudio, Denis, como todos los años, fue a mirar la hoja. Subió solo. Era la hora del recreo y los demás estaban en el patio. Como todos los años, no encontró a nadie en la escalera. Como todos los años, en la hoja que estaba sobre la cátedra vio una cruz roja junto a su nombre. No vio el nombre de Pierrot, y ese fue el único cambio. No podía ver el nombre de Pierrot porque Pierrot había muerto.

El primer día, cuando fue a examinarse, vio una esquila ribeteada en negro colgada en el vestíbulo. Leyó, incrédulo, que al día siguiente del inicio del curso se celebraría «una misa en memoria de Pierre Canny, fallecido el 20 de septiembre de 1944». Un temblor sacudió a Denis de los pies a la cabeza y salió al patio con lágrimas en los ojos.

En el patio vacío, se encontró con un alumno de las clases de los pequeños.

—¿Estás llorando? —le preguntó.

—Pierrot ha muerto.

—¿No lo sabías?

—No. Este verano no he estado aquí.

—Es horrible. —El alumno miraba con curiosidad las lágrimas que se deslizaban por las mejillas de Denis—. Pierrot era tu mejor amigo. Te guardaba los libros cuando te peleabas con alguien.

—Sí —dijo Denis—. Me guardaba los libros cuando me peleaba con alguien. Era mi mejor amigo.

Pensó en Pierrot, en todas las tardes que lo había visto mientras se alejaba por la acera, con su pelo tan rubio y rizado.

—¿Cómo ha muerto? —preguntó.

—Pisó una mina y saltó por los aires —respondió el niño—. ¡Bum!

—¿Cómo?

—Sí, estaba jugando con otros chicos en un descampado, cerca de la playa. Todos saltaron por los aires.

—¡No! ¡No puede ser! —exclamó Denis—. ¡No puede ser que Pierrot haya muerto así!

—¿Sabes?, sus padres vendrán a la misa.

—Sí, he visto la esquila en el vestíbulo.

—Es horrible. Recuerdo que te guardaba los libros cuando te peleabas con alguien.

Y el niño se fue, dejando a Denis completamente solo en el patio, con el recuerdo de Pierrot, que era su mejor amigo, y al que un día, en clase, le había dado una bofetada, y que reía y reía cuando armaban jaleo en las clases del padre Bellon: el único recuerdo del colegio que más adelante le resultaría entrañable, junto con el de su impaciencia, las tardes de estudio, porque Pierrot era un chico estupendo, un chico realmente estupendo.

Así que en la hoja ya no estaba su nombre con una cruz roja al lado. Ya no volvería a estar nunca más. Cuando bajara al patio, Denis ya no podría gritarle a nadie: «¡Tienes una cruz!». Y nadie contestaría: «Lo sabía. Todos los años la tengo».

En el colegio, la vida iba a reanudarse como siempre, y sin embargo, todo había cambiado. Iban a comenzar otro retiro. Los primeros días siempre son así. Tendrían libros nuevos. Los alumnos estarían tranquilos y no harían ruido con los pies en la escalera. En clase, todo el mundo se pelearía por conseguir los sitios que están más cerca de la cátedra. Durante el retiro no estudiarían demasiado. En la capilla, cuando los sermones fueran tediosos, fingirían que prestan atención y que se arrodillan. Pero pensarían una vez más dónde se rompió la pierna aquel chico esquiando sobre hierba y se sentarían en el borde del banco para descansar. El prefecto seleccionaría las buenas voces para el coro. Habría chicos que no querrían formar parte del coro y desentonarían adrede. Pero, aun así, el prefecto los escogería. Un prefecto reconoce las buenas voces. Por la tarde, los que formaran parte del coro irían a la sala de estudio después que los demás y se dirigirían a sus bancos con aires de superioridad. Cada uno de ellos les diría a los demás que es el «ojito derecho» del vigilante. Cada uno de ellos se creería el «ojito derecho» y pensaría que los demás no lo son.

Los primeros días siempre son así.

Denis continuaba deambulando por el patio y pensando en todas las cosas que habían cambiado. Debaucourt ya no iba a ese colegio. Ramon se había marchado con sus padres a vivir a América. Jacky Renaud recibía clases particulares; lo habían expulsado. El nuevo prefecto era un hombre delgado y antipático. Gargantúa se había ido. El padre Bellon también se había marchado a un colegio de algún lugar del norte de África. Todo presentaba el mismo aspecto, pero, además de Denis, montones de cosas no volverían a ser nunca iguales.

El vigilante también paseaba por el patio, entre los alumnos que disfrutaban del recreo, y Denis lo miró. Andaba despacio, empujando piedras con la punta del pie. Era joven y no muy alto, de tez pálida y semblante fatigado. No levantaba los ojos y, al igual que todos los vigilantes,

paseaba con aire desganado. A Denis le pareció oír la voz de Pierrot diciendo: «No parece que sea un hueso».

«Nunca parecen serlo, y lo son», repitió Denis para sus adentros en respuesta a Pierrot.

Cuando el vigilante pasó junto a él, Denis se detuvo. El vigilante levantó la cabeza y Denis hizo lo mismo. ¡Sabía eso desde hacía mucho!

—¿Usted es Leterrand? —le preguntó en un tono bastante pausado.

—Sí —respondió Denis—, soy yo.

El vigilante asintió con la cabeza y se fue. Denis lo vio alejarse. Todos los recuerdos acudían a su mente a la vez. Y fue el deseo de mantenerse fiel a ellos lo que le hizo abrir la boca para hablar solo.

—Vale, ¿y...? —dijo muy bajito.

Denis no se quedó mucho tiempo en el colegio. El rector, al que habían puesto más o menos al corriente de su aventura, había aceptado que asistiera a clase algunos días, hasta que sus padres tomaran una decisión. Había rogado a los Leterrand que el asunto no trascendiera, de modo que, aparte del rector, la superiora y la familia del muchacho, en la ciudad fueron pocas las personas que se enteraron de lo que había sucedido durante los meses precedentes.

Denis empezó tercero y aguardó con serenidad que se tomara una decisión sobre su futuro. Nunca le había gustado el colegio y ahora no le gustaba más que antes. El edificio de los comedores había sido ocupado de nuevo. Soldados americanos se sentaban en el umbral para fumar y charlar, pero los alumnos, cuando bajaban al patio, no los miraban, porque eran unos bárbaros escandalosos, gente que venía de otro mundo, y corría el rumor de que atropellaban a las personas con sus camiones y se abalanzaban sobre cualquier cosa que llevara faldas. Contando historias de este tipo, Cossonier no tenía rival. Sabía montones de ellas y le hacían repetirlas todos los días. Una bandera ondeaba encima de la puerta de entrada, como antes.

Sin embargo, para Denis, aquel año todo había cambiado de verdad.

CAPÍTULO 25

La semana siguiente al inicio del curso, los Leterrand tomaron una decisión. No la tomaron a la ligera, habían pedido opinión a toda la familia, que estaba escandalizada. Conforme a la sana moral de sus costumbres, habían reflexionado. Incluso habían escuchado, y de manera muy especial, los consejos del rector del colegio. Y una tarde, a la vuelta de una entrevista con este último, los dos hablaron con Denis y le anunciaron que ya habían tomado una decisión.

—Te queremos —dijo el señor Leterrand con las manos apoyadas en los brazos de su sillón—. Solo deseamos tu bien. Por eso hemos decidido enviarte a un internado. ¿No has cambiado de parecer? ¿Quieres continuar viendo a esa monja renegada? ¿Sigues igual de obstinado?

—Sí —dijo Denis—, igual de obstinado.

—En ese caso, tus maletas están hechas. Telefonaré para que vengan a buscarte. Te marcharás el sábado.

—Como queráis —dijo Denis, de pie contra la pared.

—Vivirás en otra ciudad, lejos de nosotros —dijo llorando la señora Leterrand, sentada en una butaca.

—Como queráis —dijo Denis.

—Si tuvieras un mínimo de compasión por tu madre —dijo el señor Leterrand—, no...

—¡No tiene ninguna, absolutamente ninguna! —lo interrumpió su esposa—. ¡Se ha vuelto loco! Y ha sido ella, ha sido esa perdida, esa..., esa...

Los sollozos y el resentimiento la ahogaban. El señor Leterrand se levantó.

—No saldrás de ese colegio hasta que termines el bachillerato.

—Como queráis —dijo Denis.

—Y si es preciso, no tendrás vacaciones.

—Como queráis —dijo Denis—. Tengo todo el tiempo por delante para vivir. Esperaré lo que haga falta. No es una cuestión de años, es una cuestión de vida.

—¡Una cuestión de vida! ¡Lo que me faltaba por oír!

—¡Se ha vuelto loco! —dijo la señora Leterrand—. ¡Completamente loco!

—Te irás el sábado —repitió el señor Leterrand—. Ni siquiera te acompañaremos a la estación.

—¿Adónde voy? —preguntó Denis.

—El rector me ha recomendado un buen internado en Grenoble. Pero, te lo advierto, si esa renegada tuviera la funesta idea de hacer cualquier cosa para intentar verte, la denuncio, ¿me oyes? ¡Y me da igual que haya un escándalo o deje de haberlo, no pararé hasta que la encierren!

—No hará nada —dijo Denis.

—Más le vale. No permitiré que sea tu perdición. ¡Antes que eso, prendo fuego a esta casa con los tres dentro!

—Es imposible que sea mi perdición —dijo Denis.

—Ya lo veremos. Estar interno te hará reflexionar.

—Ya he reflexionado todo lo que tenía que reflexionar —replicó Denis, que continuaba inmóvil contra la pared.

—No, ni mucho menos. Cuando empieces a hacerlo, quizá te des cuenta de la atrocidad que es todo esto.

—¿Qué es una atrocidad? —dijo Denis, avanzando de improviso—. ¿Qué he hecho? ¿Qué hemos hecho?

—Tú, estupideces, solemnes estupideces —dijo el señor Leterrand, de pie delante de su hijo—. Lo que ha hecho ella no tiene nombre. ¡Ella es una mujer adulta!

De repente, Denis se abalanzó sobre su padre e intentó pegarle. El señor Leterrand lo agarró por las muñecas, atónito, y, con lágrimas en los ojos, lo sujetó mientras él gritaba tratando de desasirse:

—¡Pero dímelo! ¡Dímelo! ¿Qué hemos hecho?

Su madre lo había cogido por la cintura para sujetarlo también. Denis sintió la cara de su madre sollozando contra su espalda, vio los ojos anegados de lágrimas de su padre y, con un gesto brusco, se soltó sin dejar de gritar:

—¿Qué hemos hecho? ¡Hemos ido a una casa, éramos felices, no hemos pedido nada a nadie, y ahora resulta que todo eso es una atrocidad! ¡Vosotros hacéis las normas y vosotros las aplicáis! *Verboten! Verboten!* ¡Pero lo cierto es que vuestras normas no se tienen en pie! ¡No se sostienen! ¡Están minadas! *Achtung Minen!* ¿De qué atrocidad hablas?

—¡Dios mío, cálmate! —dijo su padre—. ¡Cálmate!

—¿Y Pierrot? ¿Lo de él entra en vuestras normas? —vociferó Denis—. ¿A Pierrot le das matrícula de honor? Ya no os creo, ¿comprendes? ¡Ya no os creo! ¡Mentís! Yo sé que lo que nos ha sucedido era maravilloso y estaba bien. ¡Yo sé que nadie tiene derecho a escandalizarse o a hablar de atrocidad por lo que hemos hecho, cuando Pierrot ha saltado por los aires por pisar una mina! ¡Sois unos mentirosos! ¡Sois unos mentirosos!

—¡Estás loco! —gritó su padre—. ¡Yo no tengo nada que ver con eso!

Y de buenas a primeras, la furia de Denis se aplacó. Se produjo un largo silencio durante el cual miró a sus padres, primero a uno y luego al otro, para acabar encogiéndose de hombros y marchándose a su cuarto. Al pasar por delante de su padre, le dijo:

—Este verano vi a unos soldados alemanes. No sé cómo explicártelo, pero en lo que respecta a vuestras normas hago lo mismo que ellos: me quito la guerrera y las insignias y abandono por mi cuenta y riesgo el campo de batalla.

—Está loco —dijo llorando la señora Leterrand.

Antes de su partida, prevista para el sábado, le impidieron ver a su amante y ni siquiera le permitieron salir de casa. El jueves, ella se presentó, suplicante, en el domicilio de los Leterrand. Denis, que estaba encerrado en su habitación, oyó que su padre la echaba con cajas destempladas. Oyó sus pasos en la escalera y dio unos fuertes golpes en las paredes.

Al día siguiente, ella volvió y se repitió la misma escena cruel. Su padre profería insultos y ella suplicaba en vano que la dejara ver a Denis una sola vez. Él oyó sus pasos en la escalera y golpeó con fuerza las paredes.

Prieffin, después de enterarse de que dejaba el colegio y la ciudad, se presentó en su casa la misma tarde de su partida. Denis le dijo que sor Clotilde sentía no haberlo visto desde hacía meses y le sugirió varias veces que fuera a visitarla. Le dio su dirección, en la calle Woudoux, pues desde su vuelta ocupaba el pequeño piso de Madeleine.

—Si tengo un rato... —dijo Prieffin.

Estaba ordenando una habitación cuando Prieffin llamó a la puerta. Abrió y se sintió desconcertada al ver a aquel chico que miraba su ropa y sus cabellos con ojos atónitos.

Lo invitó a entrar, le ofreció asiento, habló del hospital, sacó unas chokolatinas de un cajón y, con las manos agarrotadas, se las puso en las suyas.

Finalmente, Prieffin levantó los ojos para mirarla a la cara y, bajándolos inmediatamente, se atrevió a preguntarle en voz baja algo que ella no entendió, pero intuyó, pues lo esperaba desde su llegada.

—No, he renunciado al velo —dijo.

¿A santo de qué había ido? Deseaba que se fuera, que se fuera de inmediato. De repente tuvo una corazonada. Su dirección. Solo podía haberse enterado de su dirección por Denis.

—¿Ha visto a Denis? —preguntó, sin perder la calma.

—Sí, hace un rato. ¿Sabe que se marcha de la ciudad? He ido a verlo para despedirme.

Tuvo que apoyarse en un mueble y, a fin de mantener la compostura, desplazó un jarrón y un cenicero para acabar poniéndolos en el mismo sitio que estaban.

—¿Se va pronto? —preguntó en un tono que intentaba aparentar indiferencia.

—Esta tarde —respondió Prieffin.

El muchacho se levantó, decepcionado porque solo hablaban de Denis. Ella le pidió que se quedara un poco más y puso agua a hervir para preparar un té.

—¿Denis está bien? —preguntó desde la cocina—. Hace tiempo que no lo veo.

—Sí, está bien —dijo Prieffin.

Claude, incapaz de seguir esperando, regresó con dos tazas. Las dejó sobre una mesa baja y le indicó a Prieffin que se acercara.

—Estoy haciendo té —dijo—. Lástima que Denis no esté aquí. ¿A qué colegio va a ir?

Dejó de mirarlo. Sabía que había comprendido.

Él fue cruel sin proponérselo. Habría sido muy fácil decirle simplemente la hora de salida del tren y su destino. Sonrió, se puso en pie adoptando un aire varonil, con la ironía inconsciente de los hombres, alargando el momento.

—¿Por qué no me pregunta directamente a qué hora sale su tren? —Con las manos en los bolsillos, observaba su rostro, que la humillación y la exasperación teñían de rojo—. Sale a las siete —dijo por fin—. Pero debía habérmelo preguntado antes, no pensaba en otra cosa. No lo enviarán fuera a causa de usted, ¿o sí?

Se bebió el té, charló un poco más, divertido por su desasosiego. Le dijo que Denis iba a ir a un colegio de Grenoble. Ella no dejaba de mirar el reloj. Prieffin, con un brillo sarcástico en los

ojos, se despidió por fin, estúpidamente orgulloso por su malicia.

Cuando se hubo quedado sola, apoyó la espalda contra la puerta e intentó rezar. No pudo. Se puso una gabardina y salió. Caminó lentamente, cambiando de acera al llegar al final de cada calle para recorrer el camino en sentido contrario, pensando en su amor, en el verano que había quedado atrás, y a las seis estaba en la estación, con la mente atormentada por mil angustias y el cuerpo cansado.

Denis caminaba entre los dos sacerdotes. Cada uno llevaba una de sus maletas. Iban callados. Cuando le dirigían la mirada, sonreían amablemente. Eran de mediana estatura y uno de ellos bastante mayor. Llevaban sotanas que parecían nuevas. Al llegar, habían intentado hablarle de su colegio, pero Denis no había querido saber nada. Así que guardaban silencio.

Se abrieron paso entre el gentío. En el vestíbulo de la estación se oía un murmullo de conversaciones superpuestas. El reloj marcaba las seis y media.

—Tenemos asientos reservados —dijo uno de los sacerdotes con voz pausada.

Denis los siguió sin decir palabra. Miraba a su alrededor, decepcionado por no verla entre la gente que se agolpaba junto a las ventanillas. No estaba en ninguna parte, y el sacerdote que había hablado —el más joven— tiró de él con suavidad, pero a la vez con firmeza, para que saliera al andén. El empleado picó los billetes y les dijo dónde estaba estacionado el tren que iba a Grenoble. Era un hombre gordo y triste. Todo era triste en la estación, y Denis sintió una punzada al pensar en el día que partió para Villarguier, unos meses antes, con la joven. Recordó su ilusión mientras aguardaban, cogidos de la mano, a que arrancara el tren de sus vacaciones más hermosas.

Confió en que estuviera en el andén, miró una vez más hacia atrás. Los dos sacerdotes se alejaron con las maletas mientras él se quedaba inmóvil delante del revisor. Entonces la vio correr entre la multitud, con la gabardina atada a la cintura y el semblante descompuesto, irreconocible. Levantó el brazo, aliviado. Ella tuvo que apartar a algunas personas para abrirse paso.

Lo abrazó, sin aliento y temblando. La barrera metálica del andén se interponía entre ellos. Denis notaba las rodillas de ella contra las suyas.

—No se me ha ocurrido comprar un billete para acceder a los andenes —dijo, jadeando—. ¡Qué tonta! Pero la pena no me dejaba pensar... Voy ahora mismo, mi vida..., tú espérame.

—No, no te vayas. No nos queda mucho tiempo y tengo un montón de cosas que decirte. —Ella lo miró, inquieta—. Me acompañan dos sacerdotes. Han ido hacia el tren, pero volverán.

—Sigue hablándome. Yo te aviso cuando los vea. Sigue hablándome, mi vida.

—No llores.

—No lloro. No te preocupes. No lloro, mira, soy fuerte.

—¿No olvidarás nada, cuando esté lejos?

—Denis...

Claude rompió a llorar, con el rostro apoyado en su hombro, y él empezó a temblar. Denis tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no echarse a llorar también.

—Es increíble la cantidad de lágrimas que se pueden derramar en momentos así.

—Denis, mi vida, amor mío, iré a vivir a Grenoble... Estaré cerca de ti, conseguiré hacerte llegar cartas..., haré lo que sea.

—Mis padres se enterarían. Tienes que llevar cuidado, harían cualquier cosa para

perjudicarte, están locos.

—No temas, me las arreglaré, ya verás... Ya verás como somos felices pese a todo... Ya verás cuánto te quiero, amor mío... Haré lo que sea, lo que sea...

—No llores. Se me hiela el corazón cuando te veo llorar. No quiero que llores.

—No lloro más... Ya está... ¿Lo ves? Ya no lloro.

Él la besó en la boca y notó el sabor de las lágrimas en sus labios. La rodeó con los brazos, la estrechó con fuerza contra sí por encima de la barrera metálica, abrazando a la vez todo un cúmulo de desdicha que se cernía de golpe sobre ellos. Dejar de verla, risueña y tierna. Dejar de oírla. Dejar de besarla. Dejar de hacer el amor con ella. Dejar, dejar, dejar.

—Sobre todo —dijo—, no olvides, no olvides nada. Te lo juro, todo esto no tiene ninguna importancia comparado con la vida que podremos reanudar juntos después.

—Sí, sí. Sí, amor mío. Pero ¿seguro que no te arrepientes de nada?

—Calla.

—Si les hubieras dicho a tus padres que te plegabas a su voluntad, no tendrías que irte.

—Calla.

—No sé, mi vida...

—No me habrían creído. Y yo no habría podido evitar verte, ni tú tampoco verme a mí. El resultado habría sido el mismo. Me habrían encerrado de todas formas. Todos están contra nosotros.

—No pasa nada, mi vida. Esperaremos. ¿A que sí que esperamos? Seguirás queriéndome, ¿verdad?

—Te querré siempre.

—Eso me da fuerzas. Ya no lloro y soy fuerte. ¡No dejaré de pensar en ti ni un segundo!

Se echó de nuevo a llorar sin dejar de mirarlo.

Después, con expresión temerosa, levantó la cara hacia el tren. Tenía los ojos muy abiertos y miraba por detrás de Denis, rodeándolo con los brazos, como para protegerlo.

—¿Vienen? —preguntó él, sin volverse.

—No. Sí. Bésame, y no olvides tú tampoco, no olvides...

Denis se apoderó de sus labios y la estrechó más fuerte contra sí. En el mismo momento, notó las manos de los dos sacerdotes sobre sus hombros y, sin dejar de besarla, intentó desasirse.

Ellos tiraron con fuerza de él.

—¡Suéltlenlo! —gritó ella—. ¡Por favor!

La gente se volvió, y el revisor, que estaba mirándolos, le cerró el paso a la chica cuando intentó entrar en el andén.

—Reténgala —le dijo uno de los sacerdotes al revisor—. Es una mala mujer. Quiere llevar a este niño a la perdición.

—¡Suéltlenlo! —seguía gritando ella entre sollozos—. ¡Les digo que lo suelten!

Denis se debatía con todas sus fuerzas, y un agente de policía que había acudido al lugar lo agarró por un brazo con la intención de reducirlo.

—¿Qué sucede? —preguntó el agente.

—Tenemos que llevar a este muchacho a un colegio y quiere escaparse.

El policía echó una mano a los dos hombres con sotana y, con dificultad, arrastraron al

muchacho metro a metro en medio de un grupo de personas que parecían divertirse presenciando la escena. La gente hacía comentarios en voz alta y murmuraba. Sus miradas iban de la joven al muchacho, y, pasados los primeros minutos, algunos se mostraron inquietos.

Claude intentaba apartar al empleado que le impedía pasar y este la empujó con fuerza contra la barrera.

—¡Eh, más espacio! —dijo—. ¡Cálmese!

—¡No tengas miedo! —gritó Denis entre los hombres—. ¡No tengas miedo, Claudie! ¡No podrán con nosotros!

Ella se abandonó contra la barrera, apretando con las manos el metal frío mientras sollozaba.

—Denis, Denis, vida mía...

Cuando el muchacho hubo desaparecido del andén, detrás de los vagones, se cubrió el rostro con las manos y continuó llorando. Una mujer se acercó y le puso una mano sobre el hombro. Ella se desasió y permaneció erguida mientras la mujer se alejaba. La gente se dispersaba lentamente meneando la cabeza y el empleado reanudó su trabajo picando billetes.

Se quedó allí hasta que salió el tren.

Cuando el tren se puso en marcha, esperó a que hubiera desaparecido por completo. Se secó los ojos. Ya no lloraba. Era fuerte, como él quería. Avanzó entre las miradas de curiosidad y salió afuera. En la calle circulaban coches, y sobre los coches se extendía el cielo. Vio los tejados de las casas, más abajo, y las nubes también sobre los tejados. Caía la noche, los ruidos se atenuaban poco a poco. Una caja de cerillas vacía flotaba en el agua que discurría junto a la acera. Se agachó para coger la caja y la estrujó con la mano. Echó los trozos al arroyo, se levantó el cuello de la gabardina y metió las manos en los bolsillos. Un tren silbó lejos de la estación y ella se esforzó en no oírlo.

Después volvió a casa, caminando lentamente por las calles.



SÉBASTIEN JAPRISOT

(1931-2003). Su nombre de pluma es un anagrama de Jean-Baptiste Rossi, su verdadero nombre. A lo largo de su vida ejerció como novelista, guionista, traductor y director de cine. *El mal camino*, su primera novela, escrita con apenas dieciocho años, fue un gran éxito de ventas y le valió el Prix de l'Unanimité en 1966.

Considerado a menudo como el «Graham Greene francés», destacó sobre todo en el género policíaco; su novela *Trampa para Cenicienta* le valió el Grand Prix de Littérature Policière en 1963. Se le considera uno de los escritores franceses más leídos en el extranjero.

En la Marsella ocupada por los nazis, Denis, un adolescente de catorce años, y Clotilde, una religiosa de veintiséis, tienen una relación apasionada, libre y, sobre todo, prohibida. Los amantes llevarán su historia hasta las últimas consecuencias y sin remordimientos, aunque ello suponga enfrentarse a la familia, a las instituciones educativas y a la jerarquía eclesiástica.

Ambos emprenderán una huida hacia la paz y la soledad, pero la suya es la historia de un amor condenado.

En esta delicada novela, que fue galardonada con el Prix de l'Unanimité en 1966, Japrisot plasma con una sutileza y una sabiduría extraordinarias el descubrimiento del amor y la tensión erótica entre dos jóvenes primerizos. En 1976, el propio Japrisot dirigió la adaptación cinematográfica de *El mal camino*.

«Uno de los escritores más originales de su tiempo.»

Emmanuel Carrère

NOTAS

[1] En el sistema educativo francés, el primer ciclo de la enseñanza secundaria está compuesta de cuatro cursos: sexto (11-12 años), quinto (12-13 años), cuarto (13-14 años) y tercero (14-15 años). (*N. de la T.*)